

T
552

 XOCHIMILCO SERVICIOS DE INFORMACION
ARCHIVO HISTORICO

91905



Casa abierta al tiempo

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
XOCHIMILCO**

**Intimidad masculina.
Cultura de género y performatividad en
las relaciones interpersonales**

T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
DOCTOR EN CIENCIAS SOCIALES
CON ESPECIALIDAD EN ESTUDIOS
DE LA MUJER Y RELACIONES
DE GÉNERO**

**P R E S E N T A
SALVADOR CRUZ SIERRA**

**DIRECTORA DE TESIS
DRA. ELSA MUÑOZ GARCÍA**

MÉXICO, D.F.

2006

A mi madre

A José Luis Sánchez, Sergio, Octavio, Rafael, Rafa, Juan, Luis Alfonso y Raúl, con quienes he recorrido caminos de amistad llenos de encuentros y desencuentros, misterios, momentos distantes y cercanos que me han llevado a vivir y construir mi experiencia de la intimidad, como dice Irigaray, de esa luz que ilumina sin develar.

Asimismo, agradezco a Elsa Muñiz por su apoyo y guía; a Emily Ito y Luciana Ramos por sus constantes asesorías y compromiso con mi trabajo; a Elsa Guevara, Mary Goldsmith, Margarita Baz y Ana Lau por sus enriquecedores comentarios; a mi hermano Miguel y a mis hermanas Lourdes y Ale por su solidaridad y apoyo; finalmente, a los hombres que compartieron sus experiencias para el presente trabajo.

Índice

Introducción	5
I Sociedad actual y cultura de género	21
1.1 Modernidad versus posmodernidad	22
1.2 El capitalismo actual	25
1.3 Identidades	29
1.4 Relación individuo-instituciones sociales	35
1.5 Intimidad masculina	38
II La sociedad intimista	46
2.1 Comunidad social e intimidad	47
2.2 El narcisismo social	53
2.3 El concepto de intimidad en los hombres	59
2.3.1 La experiencia consigo mismo	60
2.3.2 La intimidad como elemento de vínculo con el otro	68
2.3.3 La intimidad como experiencia	70
III Máscaras y performatividad en la interacción social	79
3.1 Apariencia y autenticidad	80
3.2 Performatividad	81
3.3 Las máscaras	95
3.4 La expresión de los sentimientos y la intimidad	100
IV Dos planos de la intimidad: Personal subjetivo- interpersonal social	108
4.1 Plano personal-subjetivo	109
4.1.1 Subjetividad masculina	110
4.1.1.1 Seguridad ontológica	111
4.1.1.2 Identidad de género masculina	113
4.1.1.3 El conocimiento de sí	118
4.1.1.4 El cuerpo masculino	120

4.2	Plano interpersonal- social	125
4.2.1	Las relaciones amorosas de los hombres	127
4.2.2	La construcción de nuevas relaciones	134
V	Reflexiones finales	138

Bibliografía

Anexos

Introducción

Las formas de relación interpersonal vigentes en la sociedad contemporánea han tendido a privilegiar los vínculos considerados íntimos. Asimismo, han evidenciado diferencias y malestares en torno a la manera en que viven y expresan esta experiencia los hombres y las mujeres. En particular, prevalece la imagen social de una incapacidad de los hombres para la intimidad.

Los modelos deseables en torno a las relaciones interpersonales que imperan en la sociedad actual consideran la intimidad como un referente importante; de ello es pensar que las “buenas” relaciones son aquellas en que las personas se desnudan en cuerpo y alma.¹ Es decir, la ideología propone una forma de vivir la intimidad que se basa en las confesiones de información privada, en la revelación de la personalidad –en mostrar cómo se es realmente – con el fin de conocer al otro y ser conocido por él.

La intimidad entendida en los términos de un modelo que hace deseable la comunicación de información privada y personal es problemática. Lo anterior en tanto está presente el poder en este microespacio de interacción social, dadas las condiciones asimétricas de los géneros.

Lo dicho hasta el momento nos plantea que, el género, en tanto relación social articulada por el poder, tiene implicaciones en la vida privada de las personas, en la manera en que hombres y mujeres experimentan la intimidad. Las relaciones íntimas entre hombres y mujeres, así como entre hombres, representan un espacio privilegiado para observar la articulación entre el género, el poder, la performatividad y las formas de organización de las relaciones sociales dentro de una sociedad que valora la intimidad de forma importante.

¹ Predominantemente, la intimidad ha sido estudiada como un elemento central en la vida personal y de pareja en las sociedades modernas. La autorevelación, entendida como la verbalización de aspectos personales y privados, es considerada en la actualidad una de sus expresiones más contundentes, aunque también se incluyen otros indicadores conductuales como el contacto físico, la expresión de afectos y el apoyo mutuo, que llevan a las personas a compartir un sentimiento de cercanía física y emocional. Sin embargo, es un fenómeno complejo que tiene diversas aristas, expresiones, niveles y ámbitos de análisis.

La cultura de género,² que produce sujetos masculinos y femeninos, modela cuerpos y psiquismos que asumen estas identidades y posiciones simbólicas y sociales. Esta cultura marca además, de forma determinante las relaciones sociales que se establecen entre los géneros, es decir, las maneras en que interactúan, se vinculan y expresan su vida afectiva y emocional hombres y mujeres.

Si el género, como lo plantea Joan Scott (1996), es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen a los sexos y es una forma primaria de relaciones significantes de poder —en otras palabras, es el campo que posibilita la articulación del poder—, entonces se habla de que esta categoría organiza la vida social. Un eje estructurante del que se desprenden instituciones, normas, valores, significados culturales y prácticas sociales. Pero también representa un organizador de la vida personal en tanto conforma internamente las psicologías masculina y femenina.

En este sentido, el género posibilita la conformación de una subjetividad masculina que incluye no solamente una identidad, una imagen corporal, pensamientos, deseos y fantasías, sino también un sentido de sí mismo particular; éste último resulta del registro de las primeras relaciones con la madre. Así, el género se constituye como el referente primario que permite al infante significar de forma única el mundo, sus relaciones y sus realidades.

En la arena social, el género influye en la sociabilidad y en las dinámicas de interacción, esto es, las pautas de contacto cotidiano entre individuos y las formas de relación interpersonal. En la interacción entre hombres y mujeres pueden observarse formas que van de la llamada caballerosidad —que determina conductas y códigos de trato entre hombres y mujeres— a estilos de relación que reproducen patrones asimétricos y altamente violentos. En el caso de las emociones se observa, por ejemplo, el que las mujeres tiendan más a la cercanía y los hombres a la independencia.

² El concepto se ha retomado de Muñiz (2002), quien la considera como aquella que produce sujetos “masculinos” y “femeninos”, inmersos en un contexto marcado por posiciones, lugares y relaciones de poder, que dan cuenta de la fragmentación y la heterogeneidad de la estructura social. A su vez, éstos surten efectos en los cuerpos y en la subjetividad de las personas, donde coexisten cambios que siguen direcciones opuestas, permanencias, avances y retrocesos. Mediante coerciones individuales, internas y externas, todos éstos han mantenido una única dirección a lo largo de varias generaciones: el dominio de los hombres sobre las mujeres.

En la relación entre la subjetividad, es decir, el mundo interno, y la vida social, el mundo externo, el género opera en los cuerpos y en las psiques de los sujetos en función de las significaciones culturales predominantes. En virtud de ello, el ser y el hacer de hombres y mujeres se producen en el propio hacer mismo. Así, un sujeto se define como hombre o mujer en razón de que se comporta, piensa, siente y desea como tal, pero no como un devenir natural, sino que cada quien debe construirse mediante la permanente representación de ser un hombre o una mujer “de verdad”.

En este sentido, si consideramos el género como una relación primaria significativa de poder, entonces representa un eje fundamental de análisis de las relaciones entre hombres y mujeres en los diferentes planos de la vida social, incluida la intimidad. La distribución diferenciada e inequitativa del poder coloca a los sujetos masculinos en una posición de privilegio. Esta posición que no es fija ni se reduce al cuerpo biológico de los hombres, pero en su lógica se caracteriza por reproducir las relaciones de dominación de los hombres sobre las mujeres.

Las relaciones de dominación y de subordinación que se establecen entre los sujetos de género, pasan por la afectividad y la emocionalidad. No hay sentimiento que no implique una reacción, un enlace, una conexión con el mundo. La intimidad, que se basa en una relación afectiva, permite ver la articulación entre la “naturalización” de los sentimientos y el mismo ejercicio de poder presente en las relaciones asimétricas entre hombres y mujeres en la esfera social.

Las exigencias de la vida moderna –que influyen en las formas de sociabilidad y establecimiento de vínculos interpersonales: de pareja, de amistad, familiares y sexuales, entre otros– están produciendo una tendencia hacia el individualismo, una atención centrada en la persona y un establecimiento de relaciones sociales múltiples y variadas, que sustituyen la relación cara a cara por el uso de la tecnología electrónica. Lo anterior concentra la atención en las apariencias y en las formas de “representarse” ante los demás, es decir, en la performatividad en las relaciones interpersonales.

Por un lado, estas demandas de la vida social están generando, en conjunto, una predilección por el aislamiento, el anonimato y la implantación de barreras simbólicas entre los sujetos que interactúan en una sociedad cada vez más aglomerada y

multitudinaria. En ella, el individuo se pierde entre la multitud, lo que genera una mayor atención en la elección de las personas con que se desea y se puede establecer una relación y, de forma mucho más especial, en la selección de aquellas con que se pretenda entablar una relación considerada “íntima”.³

Por otro lado, los sujetos manifiestan una “necesidad” de establecer relaciones significativas⁴ con otras personas, así como una búsqueda persistente por encontrar lazos afectivos que compensen los sentimientos adversos de vivir en un mundo social cada vez más impersonal. En la actualidad existe mayor dificultad para lograr una sociabilidad que acerque a los seres humanos.

Lo anterior tiene como consecuencia una paradoja: al alejarse de un mundo social más amplio y comprometido con la colectividad, el individuo se centra cada vez más en sí mismo, situación que lo lleva a sobrevalorar las relaciones consideradas “íntimas”. Ante el alejamiento de lo social, la búsqueda de privacidad y el cuidado de los asuntos personales, los individuos enfrentan sentimientos de soledad, vacío, fragmentación o desvalorización. En otras palabras, ante un mundo social más amplio, los individuos presentan mayores dificultades para la sociabilidad. En este sentido, aunque la intimidad se anhela mucho, las condiciones existentes son adversas para su realización, lo que a su vez afecta de forma importante la vida personal y social de los individuos.

La intimidad es una dimensión de la vida social y personal que ubica al individuo en una intersección entre las condiciones estructurales, su interacción cotidiana con otros sujetos y su subjetividad. La intimidad es una experiencia en que convergen el mundo personal-subjetivo y el mundo interpersonal-social.

³ El interés y la atención puestos a la intimidad se corresponden con la disposición del yo en una sociedad narcisista, que debilita los lazos sociales y se ensimisma en la atención al cuerpo y la búsqueda del bienestar espiritual, intelectual y físico personales, así como en el mejoramiento personal por medio de sesiones terapéuticas, y al obsecado fin de pretender establecer relaciones íntimas bajo la modalidad de las revelaciones y las confesiones de los aspectos más personales, lo que ha llevado a plantear que en la actualidad padecemos de intimismo en la sociedad actual.

⁴ Se puede entender una relación significativa como aquella que envuelve y pone en movimiento diversos sentimientos en las personas involucradas (Heller, 1999).

En el nivel de la estructura social, la intimidad está marcada por lo económico, político y social, particularmente por la división sexual del trabajo y la posición asignada por la clase social, la edad, el color de piel y el género de las personas. En el nivel de la relación interpersonal, la intimidad responde a una forma de interacción establecida por un orden, ritos y modalidades sociales de relación cara a cara. En el plano individual, la intimidad se relaciona estrechamente con la experiencia que tienen los individuos respecto de sus relaciones primarias más significativas, sus fantasías, sus pensamientos, su conciencia de sí, su identidad, su cuerpo, su afectividad y su emocionalidad.

En el presente trabajo la intimidad se considerará como una relación social que plantea la intersección de los mundos personal-subjetivo e interpersonal-social, y que se concentra en el vínculo afectivo que permite al sujeto generar un sentimiento de unión consigo mismo o con otra persona. En este sentido se plantean dos planos de intimidad: como relación consigo mismo y como relación social.

A su vez, la intimidad como relación social abarca los lazos amorosos, de amistad, familiares y sexuales. La intimidad como relación consigo mismo comprende el autoconocimiento, la introspección y la relación con el propio cuerpo y permite la autoaceptación y la valoración positiva de sí mismo. La relación se basa en la confianza, la sinceridad y el respeto que permiten mostrar y compartir aspectos internos privados y de gran significancia para el individuo.

A partir de lo anterior se ha formulado la siguiente interrogante que sirve de guía al presente trabajo: ¿Qué papel cumplen las experiencias de la intimidad masculina para definir la cultura de género en la sociedad contemporánea?

De este modo, la hipótesis es: si la intimidad se concibe como una relación social que está determinada por el género, en la intimidad también se establece una relación de poder. Esto permite considerar las experiencias de la intimidad masculina como productos y como parte del proceso de conformación de la cultura de género. Es decir, la intimidad de los sujetos está determinada por la cultura de género al mismo tiempo que las experiencias o las formas que adopta la intimidad refuerzan el género.

Las experiencias de la intimidad masculina desempeñan un papel muy importante en el reforzamiento de los esquemas de género tradicionales al proponer, mediante actos performativos, un modelo ideal de relación basado en la confianza y la apertura mutuas. Ello sin tomar en cuenta que se parte de valoraciones asimétricas asignadas a lo masculino y lo femenino, con lo que se logran, en el mejor de los casos, cambiar algunas formas de expresión en las interacciones pero que no trastocan las estructuras de inequidad de género subyacentes en el orden social.

Objetivos

1. Caracterizar la sociedad contemporánea desde lo económico y lo social, y desde la cultura de género.
2. Analizar la importancia de la intimidad en la sociedad actual, así como el modelo que propone para contrastarlo con los sentidos que los hombres construyen a partir de sus experiencias íntimas.
3. Identificar las formas de representación y de performatividad que recrean la cultura de género y el modelo ideal de intimidad.
4. Identificar la intimidad como una forma de experiencia subjetiva en la relación del sujeto consigo mismo.
5. Reconocer la intimidad como una relación social que comprende los vínculos amorosos, familiares, sexuales y de amistad.

Los ejes analíticos empleados son:

- El vínculo
 - Como relación social amorosa
 - Amistad
 - Familiar
 - Sexual
 - Como relación consigo mismo
 - Autoconocimiento
 - Introspección
 - Cuerpo
- El sentimiento
 - Proximidad
 - Distancia
- La equidad en el vínculo
 - Ejercicio de poder
 - Instrumental
 - Afectivo

Para explorar las experiencias de la intimidad masculina, se recurrió a la observación empírica. El presente trabajo se enfoca en la sociedad mexicana actual, específicamente en hombres de clase media de la Ciudad de México. En el trabajo participaron hombres jóvenes y adultos, casados y solteros, heterosexuales y homosexuales, y con estudios mínimos de licenciatura (Anexo 1).

Se buscó integrar una muestra heterogénea con el propósito de contar con diversas experiencias y opiniones respecto al objeto de estudio. Lejos de pretender una representatividad de la población masculina, simplemente se recurrió a una heterogeneidad inclusiva que permitiera considerar distintos discursos en torno a una experiencia común a todos ellos: la intimidad.

El trabajo se condujo con hombres de clase media en virtud de que este sector de la población representa, en términos ideológicos, el agente reproductor de los modelos

normativos que regulan la vida social entre hombres y mujeres.⁵ En este sentido, se consideró como hombres de clase media a los individuos que han cursado estudios universitarios, desarrollan una actividad profesional calificada y tienen una calidad de vida y un poder adquisitivo que les permite el acceder a la educación, la cultura y el entretenimiento.

La inclusión de hombres bisexuales y homosexuales en la muestra obedece a la premisa de que, como colectivo, los hombres son socializados, educados y habilitados según la misma cultura de género, por lo que comparten las mismas prescripciones que la masculinidad dominante. Sin embargo, como también se reconoce que al interior de este colectivo existen diversas masculinidades y formas en que los hombres asumen subjetivamente el género, en este sentido se busca incluir una diversidad dentro de la homogeneidad del grupo de hombres.

En relación con los dos grupos de edad, jóvenes y adultos, se consideró pertinente establecer un contraste en virtud de que estas dos generaciones corresponden a momentos históricos específicos y a grupos de edad con experiencias e intereses particulares, así como con lugares diferentes dentro de la familia y la sociedad. Lo anterior supone una vivencia de la intimidad diferenciada por dichos factores, pero con la experiencia común de la identidad y las relaciones de género prevalecientes en el momento actual en nuestra sociedad.

El perfil sociodemográfico, de los hombres al que pertenecen los participantes del presente estudio, permite identificar las principales diferencias generacionales –que competen a los adultos entre los 40 y 55 años de edad y los jóvenes de 20 y 24 años– y proporcione un marco para el análisis de la información obtenida en el trabajo.

A partir de datos proporcionados por los Censos de Población y Vivienda de 1950, 1970 y 1990, así como por el Censo de Población y Vivienda de 1995, Minello (2003) señala al describir perfil sociodemográfico mayoritario del hombre mexicano de mediados de la década de 1990:

⁵ En nuestro país, desde inicios del siglo pasado, las clases medias se convirtieron en el sector ejemplar, en cuanto a la generación de autoacciones, tabúes y que actúa sobre la ideología ubicada en la frontera que separa lo normal y lo anormal, que asume los códigos burgueses de prescripciones y prohibiciones, las valoraciones del trabajo, de los buenos modales y de la sexualidad (Muñiz, 2002).

En resumen, es un hombre que llega a la tercera edad, urbano, generalmente casado/unido y que vive con su cónyuge/compañera y sus hijos/as. Es asalariado en la microempresa, generalmente en el sector de los servicios y gana como máximo tres salarios mínimos pero trabaja casi 45 horas semanales en promedio. Sabe leer y escribir y buena parte de ellos alcanzan una escolaridad de secundaria incompleta. Mantiene muchos rasgos de la imagen tradicional del hombre: es jefe del hogar, proveedor principal, si no único; tiene rasgos homofóbicos; políticamente se declara partidario de los cambios pero gradualmente; tiene una religiosidad difusa y asiste poco a la iglesia o templo, pero cree en la suerte, en la Virgen de Guadalupe y en los santos.

De la misma fuente de información se desprende que la generación de hombres adultos nacidos en las décadas de 1950 y 1960, y que ahora tienen entre 40 y 50 años (según datos para el Distrito Federal), tiene una esperanza de vida de 70.4 años, que es 3.9 años mayor que la del resto del país. La proporción de solteros es cinco puntos superior al porcentaje de todo el país y, por ende, hay una menor cantidad de casados. Los hombres de estas dos décadas residentes en el Distrito Federal son, en una alta proporción, migrantes que nacieron en otras localidades. 10 % de los varones de 25 años o más no aprobaron ningún curso escolar, el 62.7% tenía entre uno y seis años de escuela primaria. La tasa de actividad laboral de los varones en el Distrito Federal es un poco más baja (3.8 puntos) que en el resto del país, es decir, en la capital del país las mujeres tienen desde 1950 más presencia en el mercado de trabajo (diferencia que se mantuvo dos décadas después, pero se duplicó en la década de 1990).

Para el grupo de hombres jóvenes nacidos en las décadas de 1980 y 1990 en el Distrito Federal se observa una disminución relativa de la población de entre 0 y 29 años (64.5 contra 71.8 %), un aumento en los adultos (casi seis puntos más que en 1970) y casi una duplicación en las edades de 65 años o más. Es decir, la población masculina en el D.F. envejece con más claridad. Tiene casi dos años de ventaja en esperanza de vida con respecto a todo el país y mantiene una pequeñísima primacía (0.8%) en el porcentaje de hombres solteros, pero aumenta en 3.3 puntos el de casados/unidos. Ahora la proporción de migrantes es mucho menor que en las décadas anteriores. En términos de escolaridad, en los varones de 25 o más años aumenta la proporción de los que aprobaron al menos un año de escuela primaria (62.7%) y disminuye 26.5 puntos la de quienes no cursaron ningún año de estudio. En cuanto a la población económicamente

inactiva (PEI) que realiza trabajo doméstico, los porcentajes aumentan en todos los tramos de edad con respecto a 1970 aunque la cifra más alta se mantiene entre quienes tienen de 15 a 29 años (es decir, aquellos que nacieron entre 1960 y mediados de la década siguiente).

Para concluir, Minello refiere que a lo largo de las cuatro décadas analizadas (1950, 1960, 1970 y 1990) hay rasgos que permanecen con muy pequeños cambios, mientras que otros se modifican con mayor o menor alcance. Entre estos últimos se incluyen el aumento en la esperanza de vida, el mayor número de años de educación formal, el incremento de la educación formal en las mujeres, la disminución de las jefaturas de hogar masculinas, la participación de los hombres en el trabajo doméstico y la mayor presencia de la mujer en el mercado de trabajo. Los aspectos que permanecen casi iguales son la edad de unión (24 años), la preferencia por el matrimonio⁶ y el aumento de la proporción de hombres solteros.⁷

De acuerdo con el XII Censo General de Población y Vivienda de 2000, existe una población masculina nacional que asciende a 47,592.253 hombres, de los cuales 3,129,927 radican en el Distrito Federal (D.F.). El total de la población de hombres de 20 a 24 años de esta misma entidad es de 832,517 y la de 40 a 54 años, de 1,371,964 (cuadro 1, anexo 2). El porcentaje de hombres jóvenes casados o en unión libre es de 26.5 %, en tanto que el de los hombres de 40 a 55 años asciende a 83.8 % (cuadro 2, anexo 2).

En el D.F., 23 % de los jóvenes mayores de 15 años cuenta al menos con un año de estudios en educación superior, y los mayores de 25 son solamente 27.2 %. El 47.2 % de los hombres jóvenes y el 47.9 % de los adultos son católicos. Finalmente el promedio de horas de trabajo doméstico de los hombres ha crecido en las últimas décadas, particularmente entre la población joven (cuadros 3,4,y 5, anexo 2).

⁶ Para este autor, el casamiento continúa siendo un rito iniciático masculino, tanto en el medio rural como en el urbano, además de mantener un imaginario conservador en términos del concepto de familia.

⁷ Sobre este punto, Minello señala que podría sugerir una menor preocupación por la virilidad y la responsabilidad varonil, cuyos indicadores serían los hijos y la adopción del papel de proveedor económico.

Los anteriores datos estadísticos permiten hacer algunas inferencias en relación con las características de la población de la que forman parte los hombres participantes en el presente estudio. También establecer diferencias generacionales importantes entre el grupo de jóvenes y el de adultos.

El grupo de hombres adultos, nacidos en las décadas de 1950 y 1960, tuvo mayor formación universitaria que sus padres, vivió el ascenso de las mujeres en el ámbito educativo, laboral y profesional y el incremento de las jefaturas femeninas. El grupo de los jóvenes, que nacieron en las décadas de 1970 y 1980, tuvo en mayor proporción padres urbanos, profesionistas centrados en la familia nuclear con menor número de integrantes, así como madres incorporadas al mercado laboral.

Lo anterior permite considerar diferencias generacionales importantes entre los jóvenes y los adultos en relación con cambios en la estructura y funcionamiento familiar, en que la posición ocupada por los hombres no siempre es superior o de mayores privilegios que la de sus congéneres mujeres. Se trata de un momento histórico de cambios significativos en las relaciones entre géneros. Si hay mayor número de solteros, si hay mayor participación de los hombres en el trabajo doméstico, si hay menos hombres jefes de familia, si ha dejado de ser fundamental el rol de proveedor, cabe suponer que se han flexibilizado las prescripciones de género, al menos para las generaciones más recientes de hombres.

Por las características de la temática y de la población de estudio, se recurrió a un abordaje cualitativo que permitió entender la convergencia de la subjetividad masculina, de las relaciones intersubjetivas y de la construcción del sentido social que tiene la intimidad en la sociedad. Este sentido da cuenta del orden social y de las condiciones socioculturales y económico-políticas que lo regulan.

Las fronteras del adentro y del afuera, del núcleo y de la periferia, de la interioridad⁸ y de la exterioridad, sólo son posibles mediante la palabra, mediante la construcción discursiva que habla de estas realidades diversas. Al hablar de sus sentimientos, los hombres construyen lingüísticamente las significaciones afectivas y

⁸ Entendida la interioridad como el conjunto de pensamientos, sentimientos y deseos personales.

cognoscitivas de sí mismos. En este sentido, se asume que la experiencia emocional está constituida por el lenguaje que la describe.

En el presente trabajo se busca conocer, por medio del discurso de los hombres, la construcción del sentido y la significación de sus experiencias en torno a su intimidad. Todo ello se hace con el propósito de explorar la interconexión entre las condiciones sociales y culturales de los hombres y las vivencias y los sentimientos personales que conforman su historia de vida. Se asume entonces, que usamos las experiencias y los sentimientos del pasado para dar una significación y forma al presente, a la vez que los deseos y las fantasías inconscientes modelan, constituyen y dan significación parcial al sentimiento y a la experiencia consciente (Chodorow, 2003).

Para conocer el sentido social que dan los hombres a la intimidad, se emplearon técnicas de entrevista en profundidad y grupos de discusión. Las primeras se usaron con la intención de recabar un conjunto de conocimientos privados, que marcan una acción personal determinada y dan cuenta de una experiencia personalizada, biográfica e intransferible (Alonso, 1995). Los grupos de discusión, por su parte, se utilizaron en razón de que constituyen un dispositivo que permite reconstruir el sentido social en el seno de una situación grupal-discursiva (Canales y Peinado, 1995). Es decir, los grupos de discusión reconstruyen los sistemas de representación del objeto de estudio, siempre en su carácter colectivo.

El empleo de las entrevistas en profundidad complementa, en este sentido, las representaciones que prevalecen socialmente sobre la intimidad. Ambas técnicas recurren a la narrativa, la cual permite dar cuenta de la experiencia vivida y, como tal, de la subjetividad de los entrevistados y la intersubjetividad de las relaciones sociales. Por medio de la palabra, las personas construyen discursos que van entretejiendo y dando cuenta de la realidad personal y social, así como de su interioridad y su hacer cotidiano, de sus pensamientos y sentimientos y, en el trabajo grupal, de la realidad compartida y la experiencia social construida colectivamente.

Se llevaron a cabo cinco entrevistas individuales y se organizaron cuatro grupos de discusión: dos con jóvenes estudiantes de licenciatura, uno de hombres *gay* y otro de hombres heterosexuales adultos (Anexo 1). Las entrevistas se condujeron en el

domicilio del investigador, pero no en el caso de los jóvenes, a quienes se entrevistó en instalaciones de la universidad. Las entrevistas duraron aproximadamente dos horas y media.

La selección de los participantes se realizó mediante una convocatoria a través de diversas redes sociales. El primer contacto se estableció por medio de referencias de amistades y colegas. Después, el investigador se puso en contacto directo con los posibles participantes. A todos los candidatos se les indicó que se trataba de un trabajo de investigación sobre masculinidad. Con quienes aceptaron participar, se programó una cita para una entrevista individual o para el grupo de discusión.

Las entrevistas individuales se realizaron con base en una guía de entrevista (Anexo 3). La guía fue elaborada por el investigador a partir de los datos extraídos de la literatura especializada. Los grupos de discusión iniciaron con base en la siguiente consigna de trabajo grupal: hablar de las relaciones afectivas de los hombres y del sentido que atribuyen a los siguientes conceptos: cercanía, proximidad, confianza, complicidad y cuerpo. Cabe señalar que fue escasa la intervención del investigador.

La realización de los grupos de discusión fue particularmente complicada dadas las dificultades para reunir a varios hombres en un mismo día y a una hora particular. Así, hubo frecuentes cancelaciones e inasistencias a las reuniones programadas. Con todo, una vez iniciado el trabajo grupal, los participantes se mostraban abiertos e incluso solicitaban más tiempo del programado inicialmente.

Las entrevistas se grababan y se transcribían para su análisis. Es importante señalar que los nombres de los sujetos se sustituyeron por seudónimos asignados por el investigador. Como es comprensible, se procedió así para mantener el anonimato de los participantes.

A fin de comprender mejor el sentido social que confieren los sujetos a sus experiencias en torno a la intimidad, en primera instancia se procedió a identificar las categorías que daban cuenta de los puntos centrales de la discusión y que reflejaban los temas de interés de los entrevistados, todos ellos se construyeron individual y colectivamente. Para lo anterior, se elaboró una matriz de datos en una hoja de cálculo

del programa Microsoft Excel, donde se concatenaron cada una de las participaciones individuales, las cuales se agrupaban en una categoría dependiendo del sentimiento de la acción o idea, el tipo de vínculo que establecían con otros(as), o consigo mismos, y el aspecto personal o relacional al que se referían.

Asimismo, cada entrevista se interpretó desde una perspectiva hermenéutica. De este modo, se identificaron los datos relevantes presentes en los discursos vertidos, bajo un análisis holístico del proceso de entrevista o discusión grupal, para posteriormente establecer una relación entre ellos y buscar las estructuras subyacentes.

El trabajo se estructuró con base en el material vertido por los entrevistados. Los capítulos se elaboraron tomando en cuenta la teoría, los testimonios de los entrevistados y algunas reflexiones y análisis planteados por el autor. Además de darles voz a los hombres, el enriquecedor intercambio entre estos actores permitió establecer una estrecha relación entre la elaboración teórica y los datos empíricos, así como una lectura conjunta entre el marco teórico y los resultados.

Asimismo, la presentación de resultados intercalados en los capítulos aspira a hacer amena y fluida la lectura del material. Los testimonios seleccionados ilustran los puntos centrales en la discusión y representan la tendencia mayoritaria en que los hombres dan sentido a la experiencia de la intimidad.

El trabajo se ha estructurado en tres partes. En la primera, conformada por los capítulos I y II, se exponen los factores sociales en que se enmarca la intimidad. En la segunda parte, compuesta por el capítulo III, se aborda los procesos de interacción personal. En la última parte, el capítulo IV se elabora una mirada más individualista de la experiencia de la intimidad. Con todo lo anterior se busca establecer una conexión entre los niveles social, interpersonal e individual.

En la introducción se exponen el objeto de estudio y los fundamentos teóricos y políticos que lo sustentan, así como el proceso seguido para desarrollar la investigación.

El capítulo I se inicia con un análisis de los aspectos sociales y estructurales que se vinculan con la cultura de género en la sociedad actual. El apartado integra una

discusión sobre el contexto contemporáneo, que a su vez incluye una reflexión sobre la modernidad tardía versus posmodernidad, la globalización, el capitalismo, el rol de proveedor, la división sexual del trabajo y sus implicaciones en la intimidad. Todo ello obedece al propósito de analizar la relación existente entre los aspectos sociales y los factores subjetivos.

En el capítulo II se aborda el lugar que ocupa y la importancia que ha adquirido la intimidad en la sociedad contemporánea, tanto en el nivel global como en el interpersonal e individual. En este apartado se analizan también las distintas concepciones que tienen los hombres sobre la intimidad y los elementos que resalta la bibliografía especializada para definirla. En este segundo capítulo, los testimonios vertidos por los entrevistados se analizan a la luz de las definiciones teóricas. Estos mismos testimonios se analizan, en los capítulos posteriores, según los distintos niveles de intimidad.

El capítulo III aborda el nivel interpersonal, es decir, las relaciones establecidas cara a cara. Éstas implican la conformación del yo y del sí mismo en el contexto de la red de relaciones e interacciones que se dan entre los sujetos: entre subjetividades individuales. Para el análisis, se recurre a la metáfora del mundo como un gran teatro donde se representan papeles, se crean personajes y se montan actuaciones. De este modo, las máscaras y el *performance* servirían como instrumentos y caminos para la interacción personal, el funcionamiento social y la sociabilidad. Este apartado trata también de la relación de estos aspectos con el manejo de los sentimientos y de la intimidad.

El capítulo IV se enfoca en el nivel personal-subjetivo y su interrelación con el nivel interpersonal. Este capítulo considera las implicaciones que tienen la subjetividad, la seguridad ontológica y el yo del individuo en la experiencia de la intimidad. Asimismo, se analizan las repercusiones de estos factores subjetivos en los vínculos que establece el individuo con las personas con que interactúa en el mundo social, en particular en el caso de su vida emocional y sus relaciones amorosas.

Por último, en el capítulo V se ofrecen una discusión general y conclusiones sobre los aspectos analizados a lo largo del trabajo. Así, se abordan elementos fundamentales para la experiencia de la intimidad en los hombres, como el poder, la identidad, la

subjetividad, el cuerpo, la sexualidad, la afectividad y las emociones. Todo ello se discute a la luz de los estudios sobre masculinidad.

Capítulo I

Sociedad actual y cultura de género

La persona concreta se realiza sólo en la dimensión social, económica y política que le asignan sus límites (Augé, 1996). El momento histórico que vivimos, la cultura de género, las funciones asignadas a hombres y mujeres y las condiciones económicas influyen en el nivel psíquico, y por ende, en la subjetividad, la identidad y la vida sentimental de las personas.

La cultura de género produce sujetos “masculinos” y “femeninos” en un contexto determinado por posiciones, lugares y relaciones de poder. En este contexto hay además una fragmentación y una heterogeneidad de la estructura social y coexisten cambios que siguen sentidos opuestos, permanencias, avances y retrocesos, con la característica de mantener una única dirección a lo largo de varias generaciones: el dominio de los hombres sobre las mujeres (Muñiz, 2002a).

Como resultado de la cultura de género, los sujetos masculinos han incorporado una ideología y han adoptado papeles, prácticas y comportamientos dictados por modelos dominantes de la masculinidad. Ésta constituye un referente que delinea la identidad y la subjetividad, así como la forma de ser de los hombres y las prescripciones que deben acatar sus actos y prácticas. Asimismo, representa una de las formas sociales de dominación basada en el sexo de las personas y es un concepto que señala el lugar de privilegio que han ocupado los hombres en relación con las mujeres.

En el mundo social contemporáneo coexisten diversas formas de respuesta y reproducción de las posiciones de lo masculino y lo femenino, así como distintos procesos, niveles y aspectos que llevan a repensar la situación de los hombres y las mujeres en la sociedad actual. Las formas de producción y capitalismo vigentes, la transformación de las instituciones sociales, la diversidad de los estilos de vida en las grandes ciudades, enorme cantidad de información y de medios para difundirla, la clara tendencia hacia la especialización de las personas en campos específicos del

conocimiento humano representan, entre otros aspectos, el marco en que se producen las actualizaciones de la cultura de género.

Pensar la cultura de género en la sociedad actual lleva a reflexionar sobre diversos aspectos, no únicamente en cuanto a las actuales formas del capitalismo o al hecho de encontrarnos en la modernidad tardía (Giddens, 1998a), en la sociedad de riesgo (Beck, 2000) o en la posmodernidad (Gergen, 1992), sino también en cuanto a proponer un cuestionamiento de las vigentes identidades sexuales y de género, a las relaciones entre los individuos y las instituciones, así como a las relaciones entre hombres y mujeres, dentro del contexto de la llamada sociedad democrática (Muñiz, 2002b).

En este capítulo se analizan las situaciones sociales que imperan en la actualidad y que se reflejan en las formas en que se relacionan hombres y mujeres, que, sin lugar a dudas, repercuten en el modo en que los individuos experimentan la intimidad. Las condiciones que impone la modernidad, la hegemonía del capitalismo y su efecto en las condiciones laborales, los roles sociales —principalmente los de proveedor y de género—, los cambios generacionales y la educación, representan, todo en conjunto, el marco en que se desarrolla la llamada intimidad y, por consiguiente, el impacto en la forma en que la viven los hombres.

Obedeciendo a esta lógica, el apartado se dividió en cuatro subtemas que abordan en particular los aspectos antes señalados: modernidad y posmodernidad; las formas del capitalismo avanzado y su impacto en las identidades sociales; la relación de los individuos con las instituciones modernas y, finalmente, el efecto en la vida emocional y la experiencia de la intimidad en los hombres.

1.1 Modernidad versus posmodernidad

La complejidad de las sociedades actuales ha propiciado que se intente caracterizar el tiempo presente desde diferentes puntos de vista teóricos. Según Giddens (1998a), la modernidad comprende a las instituciones y los modos de comportamiento impuestos en Europa tras el feudalismo y que en el siglo XX adquirieron un carácter histórico

mundial.⁹ Pero para este teórico, el momento actual corresponde a una modernidad tardía¹⁰ o reciente que se caracteriza por el desarrollo interrelacionado de los medios impresos y la comunicación electrónica, así como por el escepticismo de la ciencia y la tecnología. Por su parte, Beck (2000) considera que dentro de la modernidad hay rupturas que alejan a la sociedad industrial clásica de la actual sociedad de riesgo. Esta se caracteriza por una reflexividad –que implica un escepticismo del progreso– y una distribución de daños que se comparte mundialmente –como las inequidades de la clase y la posición social, las nuevas desigualdades internacionales, la explotación económica y la destrucción de los recursos naturales–, sin que los países más desarrollados compartan los beneficios de semejante modernidad.

Por su parte, Gergen (1992) considera que la época que se vive actualmente corresponde a una posmodernidad, la cual es en gran medida un producto colateral de las tecnologías de saturación social surgidas en el siglo pasado. Según Gergen, en la posmodernidad las personas viven en un estado de construcción y reconstrucción permanentes, y, dados los nuevos lugares comunes de la comunicación, se manifiesta una supresión contemporánea del yo individual, en que coexisten diversas identidades parciales. En palabras de este teórico, “está apareciendo un estado multifrénico en que comienza a experimentarse el vértigo de la multiplicidad ilimitada”.¹¹

Sin embargo, aún cuando es interesante y enriquecedora la propuesta de entender el momento actual como una posmodernidad, resulta complicado aplicar sus postulados a la realidad social concreta, al menos a contextos culturales, económicos y políticos como el mexicano. Por lo anterior, la discusión se centrará más bien en identificar qué aspectos de la modernidad ayudarían a entender la vida social actual y local.

Si se utiliza el concepto de sociedad de riesgo de Beck (2000), podría decirse que, a pesar de que en nuestro país no se concreta la fase de distribución de bienes – como se definiría una sociedad moderna–, sí vivimos una nueva fase de distribución de

⁹ Este autor señala también que dicha modernidad se caracteriza por un dinamismo que incluye: la separación de espacio y tiempo, los mecanismos de desenclave y la reflexividad institucional (Giddens: 1998a: 33-34)

¹⁰ *Ibidem*, p.39.

¹¹ *Ibidem*, p. 76.

daños, desempleo, inseguridad social, mayor distanciamiento entre ricos y pobres, crecimiento incremento de la pobreza extrema y destrucción del medio ambiente. En su conjunto, todo ello genera incertidumbre y búsqueda de referentes que aporten seguridad.

Se está viviendo efectivamente una sociedad de riesgo si la modernidad plantea nuevos retos de adaptación ante los vertiginosos cambios del desarrollo. Éstas incluyen fallas de las instituciones sociales, crisis económicas, escepticismo, incertidumbre ante el futuro, carencia de valores y falta de un sentido de dirección e incluso interrogantes sobre la identidad.

En este sentido, Guevara propone, al igual que Beck, que habría que pensar la situación de México en términos de una sociedad de riesgo (Guevara: 2004: 258-259), dado que:

“[...] una sociedad como la nuestra regida por la vigencia de muchos patrones tradicionales, pero en un contexto de globalización donde ocupamos como país una posición subordinada en el plano internacional y donde el control heterónomo de las instituciones no ha sido sustituido plenamente por el control autónomo de los individuos [...] donde los altos índices de desempleo o empleo precario, la falta de seguridad social y de un estado patrimonial que no garantiza el mínimo de bienestar social a su población, está destruyendo las normas mínimas de convivencia en la esfera privada [...] afecta directamente la esfera de la intimidad”.

Como sociedad de riesgo, nuestro país atraviesa por importantes cambios y transformaciones culturales, políticas y económicas. En relación con este último aspecto, las recientes crisis económicas han generado en particular mayor distanciamiento entre ricos y pobres, así como un aumento de la pobreza extrema. Estos aspectos son producto de las nuevas formas que ha adoptado el capitalismo actual.

1.2 El capitalismo actual

La situación económica mundial, regional y nacional tiene como referente inmediato el fenómeno de la globalización. El nuevo orden social se percibe ahora desde un plano mundial dadas la influencia, las redes, las interconexiones y las relaciones económicas, sociales y políticas que los Estados, capitales y grupos financieros establecen fuera de las fronteras geográficas de sus países de origen.¹²

Ante las nuevas formas del capitalismo, la situación económica actual propicia mayor interdependencia de las economías regionales y menor participación de los gobiernos en los procesos económicos y políticos, así como un deficiente desempeño de éstos al interior de las naciones. Aunado a lo anterior, los discursos en torno a la democracia, la ciudadanía y los derechos humanos han fomentado una mayor conciencia política de determinados sectores de la población –como las mujeres, los grupos de la diversidad sexual y otros actores sociales–, que convierten todo ello en una compleja interrelación de factores que demandan nuevas condiciones de vida y márgenes de acción para las mujeres y los hombres. En otras palabras, estas transformaciones están trastocando diversos ámbitos de la vida social y personal.

Entre las consecuencias resultantes de la forma actual de la economía capitalista,¹³ se encuentran aspectos como la alta migración, la concentración demográfica en determinadas zonas urbanas, el empobrecimiento de la mayoría de la población, el aumento del desempleo, la sobreoferta de profesionistas y la competencia laboral de hombres y mujeres por los escasos empleos. A lo anterior se suman ritmos de trabajo que propician una menor dedicación del tiempo libre a los aspectos personales.

¹² La mundialización, como lo refiere Petrella (1997), es “la multiplicidad de lazos e interconexiones que existen entre los Estados y las sociedades que construyen el actual sistema mundial”. En este sentido la mundialización de la economía puede representar una oportunidad de enriquecimiento para aquellos que cuentan con recursos para competir. Por otra parte, implica el enorme riesgo de que las clases o grupos sociales más desprotegidos caigan en una pobreza y marginación aún más graves.

¹³ Almeyra (1998) señala además la erosión y fragmentación del funcionamiento básico del Estado-nación, lo que provoca menor capacidad de éste para garantizar una estabilidad y bienestar a la ciudadanía, produce desastres ecológicos, el vaciamiento del campo, el cambio del uso del suelo, migraciones masivas y pérdida de la seguridad alimentarias, la heterofobia o la homofobia diferencialista, entre otras consecuencias.

Como país que cuenta con poca tecnología propia y que pretende atraer capitales financieros mediante la oferta de mano de obra barata y concesiones arancelarias, México genera condiciones cada vez más desfavorables para sus habitantes. En primer lugar, la situación del país propicia cambios en el modelo tradicional de familia. Particularmente, se observan ajustes en las funciones que cada quien cumple al interior de esta institución, los cuales se reflejan en un desempeño distinto de los roles tradicionales hombre-proveedor y mujer-ama de casa.

Si bien, por una parte, en su mayoría los hombres continúan desempeñando el papel de proveedores,¹⁴ por otra, se observan también cambios cualitativos muy importantes que promueven el incremento de las jefaturas femeninas, lo que hace evidente una menor capacidad de los hombres para cubrir por sí solos las necesidades de manutención de la familia.

El orden social actual, emanado del modelo de acumulación capitalista, no garantiza la reproducción de los roles tradicionales de proveedor y ama de casa al no pagar un sueldo suficiente al hombre para que mantenga por sí solo a la familia y su esposa pueda dedicarse a la crianza y la educación de los hijos. Un fenómeno que se da ahora es que también se explota la mano de obra femenina para abatir costos a fin de que los productos sean competitivos en el mercado global.¹⁵

Pese a ello, la división sexual del trabajo sigue siendo uno de los mecanismos de que abusa el capitalismo para reproducir un orden social favorable al sistema económico. La especialización que da la división del trabajo a cada género en diferentes ámbitos de la producción humana se ha considerado como un mecanismo encaminado a constituir un estado de dependencia recíproca entre los sexos (Rubin, 1996). Elementos como históricos, sociales y morales convierten a la esposa en una necesidad para el trabajador,

¹⁴ El INEGI ha reportado que al 2002 el 74 % de los hogares del D.F. corresponden a jefaturas masculinas, y el 26 % a jefaturas femeninas. Asimismo, a la misma fecha, los jefes de familia contribuyen con el 46.1 % del ingreso al hogar, el cónyuge con el 21.3 % y los hijos(as) con el 26.3 % (Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares, 2002)

¹⁵ Izquierdo (1998) analiza la relación entre capitalismo y patriarcado. Ambos implican relaciones sociales de explotación sexual y económica, y su efecto no se observa únicamente en el flujo de los grandes capitales financieros sino también en la reproducción de determinadas estructuras que continúan manteniendo condiciones no reconocidas de desigualdad para hombres y mujeres, así como reforzando mecanismos de control y de poder que los hombres, como colectivo, ejercen sobre las mujeres.

pues de este modo ella cubrirá sus requisitos personales y domésticos, al tiempo que ella pierde la autonomía, el poder público y el económico.¹⁶

Por una parte, en la actualidad se observa aún la vigencia de la función tradicional de la esposa –y otras mujeres– de cubrir las necesidades de cuidado, afecto, alimentación y limpieza de la ropa y la casa para el esposo, los hijos, los ancianos y los enfermos, a la vez que el hombre cumple en la actividad productiva y en su rol de proveedor. Por otra parte, el trabajo doméstico y de crianza sigue hasta la fecha teniendo un valor más bajo, en términos monetarios, en relación con el trabajo que desempeña la persona que trae el ingreso a casa.

Asimismo, el ingreso de las mujeres al mercado laboral remunerado no las ha eximido de la carga de las labores domésticas; de ahí que se hable de que cumplen con una doble o triple jornada. En el caso de los hombres, en general participan poco en las labores de la casa. El capitalismo actual aprovecha la mano de obra femenina barata, en algunos casos en forma nada más temporal, y no propicia una transformación en la división sexual del trabajo ni relaciones de mayor equidad entre hombres y mujeres, sino que explota todos los recursos en detrimento de la estructura y el bienestar de la llamada familia tradicional.

Tenemos entonces que se mantiene vigente la división sexual del trabajo que, aun cuando ha habido cambios en torno a ella, éstos no han logrado otra transformación que una mayor explotación de la mano de obra de las mujeres y de un incipiente incremento de la participación de los hombres en el ámbito doméstico. En conjunto, todos estos pequeños cambios y ajustes están trastocando de forma importante aspectos vinculados con la subjetividad de hombres y mujeres. Lo anterior ocurre en razón de que la división sexual del trabajo no nada más especializa o habilita a los hombres en lo

¹⁶ Para Rubin, existe una recíproca interdependencia entre la sexualidad, la economía y la política (en Lamas, 1996). En su clásico trabajo “el tráfico de mujeres” da cuenta de cómo la posición que tienen las mujeres en la sociedad está dada por las formas en que están determinadas las relaciones sociales. Para la autora, el parentesco juega un papel muy importante no sólo como un sistema de categorías y posiciones, sino también como relaciones que conforman sujetos con un sentido de sí como poseedor de derechos y decisiones sobre otros, en el caso de los hombres, y como objetos o mercancía de intercambio en el caso de las mujeres.

instrumental y a las mujeres en lo afectivo-emocional, sino que también conforma subjetividades.

Según Izquierdo (1998), el impacto de la división sexual del trabajo en la subjetividad de las personas construye una subjetividad femenina orientada al cuidado, a la unión con los demás y a la disposición a satisfacer las necesidades ajenas, que ubica a la mujer no como sujeto sino como objeto, mientras que al hombre lo predispone para la provisión y la protección. El hombre que desempeña el rol de proveedor —o como lo llama la autora “ganador de pan”— conforma una ética del trabajo que lo impulsa a salir y competir con otros hombres para conseguir el ingreso familiar, enfrentando en el camino amenazas y riesgos.

Ante las actuales condiciones que impiden el desempeño cabal de su rol social histórico, algunos hombres se ven obligados a realizar cambios y ajustes en las funciones que desempeñan. Así, esperan mayor participación de las mujeres, pero no una inversión de roles. En este sentido, comentarios de algunos hombres hablan de que no han recibido una respuesta de las mujeres y además consideran que ellas mismas, a fin de cuentas, demandan un apego a los modelos tradicionales. El género es relacional y, como tal, existen resistencias y miedos de parte de hombres y mujeres para transformar las prescripciones de género. Asimismo, las instituciones no ofrecen un soporte que apoye las recientes transformaciones, lo que sólo despierta un sentimiento de mayor incertidumbre y temor.

La economía mundial es un factor que ha agravado las asimetrías de género. Otra asimetría se da en el caso del desplazamiento en el mercado laboral de hombres y mujeres de mayor edad por mano de obra barata de gente más joven. Es decir, se han agudizado las problemáticas e inequidades por cuestiones de género y de edad.

El capitalismo actual ha ejercido una gran influencia en las formas de vida social y personal. En los medios de comunicación y las conversaciones informales se puede apreciar que hay una tendencia hacia la automatización y rigidización de la vida privada en aras de la productividad, hacia la sustitución de la vida afectiva interpersonal por el consumo, y hacia el uso de los medios electrónicos, que cada vez sustituyen más la

interacción cara a cara por un anonimato que despersonaliza y genera relaciones estériles. Sin duda, lo anterior está produciendo a su vez cambios en los significados de la amistad, el amor, la pareja, la familia y las prácticas sexuales.

Las condiciones en que se vive en la sociedad de riesgo y las que adopta el capitalismo actual repercuten en la identidad de los sujetos, la relación de los individuos con las instituciones sociales y la experiencia emocional de hombres y mujeres. Por ende, todos estos factores, influyen también en la experiencia de la intimidad masculina. A continuación se reflexiona en torno a estos tres aspectos.

1.3 Las identidades

La identidad se va construyendo por medio de la interacción social que mantiene el sujeto con sus propias acciones y las reacciones de los otros. Inmerso en un mundo de relaciones, interacciones y múltiples contactos, cada individuo va conformando un sentido de sí en un contexto histórico, social y cultural determinado. La identidad es la experiencia del sujeto en torno a su ser y existir (Lagarde, 1997), lo que necesariamente implica la participación del yo y, en consecuencia, de una conciencia de quién se es frente al mundo.

Si bien la identidad masculina se construye poco a poco desde que se nace y se hace múltiple¹⁷ mediante distintos procesos de identificación respecto a diversos discursos sociales sobre el ser “hombre”, “joven”, “hijo” o “estudiante”, entre otros, también es verdad que permanece un sentido de unidad, de cierta integridad y, en algunos casos, posiblemente de un sentimiento de esencia de quién es la persona. Es decir, la identidad del sujeto constituye un sistema abierto que, si bien funciona por periodos con cierta regularidad y estabilidad, no es cerrado ni acabado. Se trata, en suma, de un sistema dinámico en continua interacción con el medio y, por lo tanto, susceptible de transformarse.

¹⁷ Laclau (1991) visualiza al sujeto como producto de relaciones de parentesco, de educación, de género, de producción, de los vínculos afectivos que establezca en el orden social, aspectos que se van incorporando como puntos de referencia para el sujeto y como polos de identidad.

En este sentido, Gergen (1992) habla de la imposibilidad de hablar de la identidad como un concepto acabado, coherente y permanente, dado que en la modernidad las personas viven en un estado de construcción y reconstrucción continuas. Para él, las nuevas tecnologías posibilitan el establecimiento de redes de comunicación con círculos cada vez más amplios de individuos, con lo que se llega a generar un estado de saturación social. En este estado, el yo se fragmenta como consecuencia de la multiplicidad de relaciones incoherentes e inconexas, las cuales incitan a desempeñar una variedad de roles en que se esfuma el concepto mismo de “yo auténtico” –dotado de características reconocibles– o aparecen una diversidad de yoes.¹⁸

Para el mismo autor, todo lo anterior representa manifestaciones de un cambio social profundo, que expone a las opiniones, valoraciones y estilos de vida de otras personas, al tiempo que empuja a adquirir una nueva conciencia de nosotros mismos. Esta nueva conciencia posmoderna presenta una multiplicación del yo y, gracias a la tecnología, “una capacidad para estar significativamente presente en más de un lugar a la vez”.¹⁹ Todo ello, permite aumentar continuamente la cantidad y la variedad de las relaciones que establecemos, la frecuencia potencial de nuestros contactos humanos, la intensidad expresada en dichas relaciones y su duración, así como la adquisición de múltiples y dispares posibilidades de ser. Por lo mismo, cuando este aumento se torna extremo, llegamos a un estado de saturación social.

Según Gergen, a medida que avanza la saturación social, “acabamos por convertirnos en pastiches”,²⁰ en imitaciones baratas de los demás.²¹ Entonces, el yo ya no se define como una esencia en sí, sino como un producto de las relaciones, un yo relacional, donde, como en el cuerpo mismo, cada movimiento forma parte de una orquestación que busca producir un efecto social en que se abandona toda sinceridad.

¹⁸ En el mismo sentido que Gergen, Castilla (2001:46) señala que la imagen que el sujeto tiene de sí mismo se basa sobre cuatro módulos y en función de los cuales elabora sus respuestas/propuestas: a) el erótico, b) el actitudinal, c) el de la corporeidad, d) el intelectual. La imagen que el sujeto tiene de sí mismo en cada una de las áreas compone el *self*. Posición que coincide con Gergen al considerar que en el sujeto adulto la identidad se ha diversificado y no hay un *self* conjunto, sino varios referidos a cada una de estas áreas.

¹⁹ *Ibidem*, p. 83.

²⁰ La personalidad “pastiche” la considera como un camaleón social que toma en préstamo continuamente fragmentos de identidad de cualquier origen y los adecua a una situación determinada (*Ibidem*, p.196).

²¹ *Ibidem*, p.103.

Indudablemente, el yo es relacional, pues está implícito desde la constitución misma del sujeto. Sin embargo, si un individuo, por su posición social, profesión o estrato social, establece múltiples “interacciones” sociales, es dudoso que ello imposibilite mantener una identidad y el sentido de un yo integrado. Puede decirse que la flexibilidad o adaptabilidad del yo no llega al límite de perder toda integridad psicológica ni de perder el sentido de quién se es.

Más que pensar a los sujetos como pastiches o carentes de todo sentido de integridad o unidad identitaria, los individuos son hábiles en el manejo de la variabilidad de sus relaciones sociales. La complejidad y la diversidad de funciones, posiciones y papeles que debe desempeñar un individuo, hacen que algunos de los múltiples aspectos que conforman su identidad se resalten en determinada circunstancia y el resto permanezca irrelevante en ese mismo momento.

De igual manera, es discutible la idea de que en una relación interpersonal todo se vuelva imagen y pierda fuerza la diferencia entre lo real y lo simulado. La imaginación y la realidad representan dos entidades psicológicas: de absorber la primera a la segunda, se correría el riesgo de entrar en un estado de esquizofrenia. Asimismo, en la fusión del yo con un otro, se enfrenta la pérdida de la calidad de sujeto.

En nuestra realidad social es posible observar la vigencia y la utilidad de las diversas identidades que, si bien no son cerradas ni estáticas, tampoco se puede decir que ya se hayan diluido. Una persona se sigue definiendo a sí misma, en general, como “hombre” o “mujer”. Por lo mismo, dichas identidades se siguen asociando con rasgos, atributos y los mismos roles de, podría decirse, siempre. Por ejemplo, los hombres se siguen considerando como responsables de la manutención de la familia y protectores de mujeres y niños(as). En este sentido, los hombres jóvenes siguen reproduciendo diversas acciones consideradas masculinas y ritos iniciáticos, como las peleas con otros jóvenes y la policía y el consumo de alcohol y otras drogas; las competencias en el deporte, en el número de relaciones sexuales, en masturbaciones colectivas, en ligar con las novias de los amigos y en el tiempo para conocer a una mujer y acostarse con ella,

así como en la iniciación sexual con sexoservidoras,²² todo lo cual les siguen otorgando el reconocimiento social de ser “hombres de verdad”.

En la sociedad contemporánea coexisten diferentes tendencias visibles: modas en la forma de vestir, estilos de vida y prácticas diversas que han flexibilizado la visión dicotómica masculinidad-feminidad. La tendencia *unisex*, la androginia y el reconocimiento de la parte femenina en los hombres y la masculina en las mujeres como rasgos positivos para ambos géneros, son ejemplos de propuestas atractivas para algunos. Sin embargo, ello no elimina la separación entre quienes pueden ejercer mayor poder ni sobre quienes. Por más feminizados que pudieran parecer los ahora llamados hombres “metrosexuales”, no ocupan el mismo lugar de subordinación que un homosexual ni los lleva a establecer relaciones de mayor equidad con las mujeres. Un fenómeno parecido se observa con grupos de jóvenes urbanos que han creado la llamada cultura *dark*, que se caracteriza por una apertura a la diversidad y formas más homogéneas de vestir y maquillar el cuerpo de hombres y de mujeres. Sin embargo, estos jóvenes son tachados de “maricones” por lo roqueros o los cabezas rapadas.

En relación con las identidades sexuales, a diferencia de países desarrollados, en México las autodenominaciones de ser heterosexual, bisexual u homosexual se mantienen como los referentes que cada individuo emplea para dar cuenta de la preferencia de su deseo sexual. Así, la identidad *gay* sigue siendo la forma predilecta de identificación entre personas homosexuales. Por su parte, la identidad bisexual presenta algunos intentos incipientes y frágiles por tener mayor presencia en la vida social de un sector de la población de la diversidad sexual. De modo que la politización de las identidades sexuales sigue siendo el instrumento de lucha de las minorías para lograr el reconocimiento de derechos ciudadanos. Aquí cabe aclarar que estas identidades no han sido sustituidas en el habla común por ningún otro término anglosajón, como el llamado *queer*, que presume de anular todo intento de etiquetamiento o identidad.

²² Cruz, Salvador. (2005, septiembre) *Subjetividad masculina: cuerpo y vida emocional en hombres jóvenes*. Ponencia presentada en el Coloquio “Relaciones de género al inicio del siglo XXI: una reflexión colectiva”, en la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México.

En nuestra sociedad, en la actualidad también se puede observar que algunos hombres buscan el derecho a ejercer una paternidad activa, cercana y afectiva con su progenie. Esto significa que están reivindicando un derecho a disfrutar, expresar y compartir una relación que se distancia de los viejos discursos científicos, ideológicos y políticos que hablan de una supuesta frialdad masculina. Esta identidad se está conformando a partir de un reflejo entre los cambios sociales y la propia identidad de éstos como hombres.

En el caso específico de la identidad masculina, el rol de proveedor ha sido históricamente un componente central de la definición de "hombre de verdad". Un hombre adquiere sentido de serlo con base en las respuestas, actitudes y comportamientos de los otros. Esto implica una manera de autorreconocerse y de ir construyendo una identidad, una imagen para sí y para los demás.²³

El rol social no solamente ubica a las personas en determinada posición y las relaciona e interconecta con otras dentro de un sistema jerárquico (Deutsch y Krauss, 1992), sino que cada posición implica también obligaciones, derechos, funciones, normas, tareas, expectativas y prescripciones que se desprenden de ellas, además de la participación de la persona como agente activo, con convicciones y conciencia de su adopción y reproducción.

Para la perspectiva institucional de la psicología social:

El individuo no es un ser que reaccione a estímulos, sino alguien que pertenece a un complejo sistema sociocultural del que forman parte instituciones y organizaciones de muy diverso orden, y participa de una fecunda realidad simbólica a la que se encuentra asilado por vínculos tan sólidos y definitivos como el lenguaje. Su comportamiento, por consiguiente, no es fruto de la incidencia que sobre él tengan unas situaciones de estimulación, sino de la asimilación e integración de unos modelos normativos, valorativos, lingüísticos y comportamentales propios de un sistema social (Blanco, 1988: 167).

²³ Desde una perspectiva más cercana al interaccionismo simbólico, se entiende que el rol "posee también un nivel intersubjetivo hermanado con las actitudes y comportamientos que se materializan en situaciones específicas, con la postura y actitud que un individuo adopta en una relación interpersonal como respuesta a las actitudes mantenidas por otros respecto a él. Tiene que ver con modelos de conducta recíproca e intersubjetiva dentro, lógicamente, de los marcos definidos por las expectativas" (Anne-Marie Rocheblave, citada en Blanco, 1988: 185)

Lo anterior permite entender que, si bien el rol puede señalar determinada pauta o conducta a seguir, nunca se garantiza su total cumplimiento. Por ejemplo, en nuestra sociedad, el rol de padre se reducía, hasta hace algunos años, a la aportación económica de los hombres, en el mejor de los casos, y la ausencia y el abandono eran muy frecuentes gran cantidad de ellos. De modo que puede decirse que los roles se van desempeñando con cierta conciencia de los sujetos a partir del manejo de una distancia entre su yo y el papel que le toca desempeñar.

El “deber ser” no siempre coincide con lo que se es en la realidad. Un punto cuestionado en este sentido es la invisibilización de la participación de las mujeres en la manutención del hogar y la ausencia del hombre proveedor en muchas familias, al menos en su concepción de proveedor absoluto. Esto último ha llevado a plantear la idea del proveedor como una ficción más que como una realidad. A pesar de todo, se sigue considerando al hombre como proveedor y jefe de la familia.

En la actualidad, a la demanda de que el hombre asuma el rol de proveedor y la mujer adopte el de ama de casa se aparea a una incompatibilidad con los cambios y las condiciones económicas actuales, que dificultan el desempeño de los roles para los que cada quien fueron educados. Sin embargo, patrones asociados con la masculinidad tradicional —como la competitividad y la lucha por colocarse como líderes, emprendedores y exitosos— se reducen finalmente a la acumulación de dinero y otras formas de capital simbólico.

Sin duda, los cambios sociales han repercutido en las formas en que hombres y mujeres resignifican su concepto de sí. Sin embargo, no se puede generalizar pues en ello influyen contextos socioculturales, históricos y económicos particulares: no se trata de un modelo universal ni único. Aún así, en términos de tendencia, en el caso mexicano —incluso en las grandes ciudades, que permiten mayor anonimato y flexibilidad en cuanto a las diversas posibilidades de representarse ante los otros—, las categorías de género, clase social, color de piel, edad y orientación sexual aún cumplen un papel muy importante en cuanto a saber quién se es y las acciones que desarrollan hombres y mujeres en nuestra sociedad.

1.4 La relación individuo-instituciones sociales

Pensar la sociedad contemporánea en términos de las transformaciones en la relación individuo-instituciones sociales requiere cuidado y detenimiento. Si, como señala Guiddens (1998a: 33), “la transformación de tiempo y espacio, unida a los mecanismos de desenclave, libera la vida social de la dependencia de los preceptos y prácticas establecidas”, entonces es necesario observar los cambios, las permanencias y las renovaciones que se están presentando en nuestra realidad social actual.

Entendido como el desprendimiento de los sujetos respecto a las instituciones modernas, el desenclave representa otro indicador que da cuenta de las formas de vida de la modernidad reciente. La divergencia, la liberación o la simple distancia respecto de ciertos preceptos y prácticas establecidos en relación con las instituciones, es un proceso que indudablemente se produce de forma particularizada, contextualizada y con efecto diferenciado en los diversos aspectos de la vida social. Sin embargo, la interrogante es si los cambios y las transformaciones generan mejores condiciones de vida para hombres y mujeres, propician relaciones más equitativas entre los géneros o simplemente actualizan viejos patrones de asimetría.

Es bien sabido que la perspectiva de género se ha incorporado en el discurso “políticamente correcto” de hombres y mujeres, sean líderes políticos, empresarios, gobernantes, etcétera. También se sabe que este discurso no lleva aparejada una práctica que muestre una mejoría en la condición de mujeres, homosexuales e indígenas; es decir, particularmente de aquellos grupos que ocupan situaciones más desventajosas.

En ciertos ámbitos no es raro escuchar comentarios acerca de que los roles e identidades tradicionales de género han quedado en el pasado, que ahora la mujer sumisa y el hombre macho son parte de la historia. Es cierto que hoy día hay hombres que comienzan a asumir que no son y no pueden ser los responsables absolutos de la protección y manutención de la familia y que están más dispuestos a explorar y mostrar su sensibilidad, afectividad y emociones. Sin embargo, también hay estadísticas que

muestran un incremento en los índices de la violencia hacia las mujeres, el abuso sexual y físico contra menores, la pornografía dura e infantil, la prostitución, los asesinatos de mujeres y homosexuales por motivos de género; todos estos son ejemplos de que las cosas no están tan bien como se cree.

Si confiamos en las estadísticas, en su mayoría la población mexicana es católica, cree en la virgen de Guadalupe o en algún santo, los jóvenes aún prefieren el matrimonio a la unión libre y los hombres se casan a la edad promedio de 24 años.²⁴ Como se ve, los cambios en el nivel institucional parecen ser más lentos y presentan mayores dificultades para el reconocimiento y ajuste de diversas prácticas divergentes que se están manifestando. Por ejemplo, antes de hablar siquiera de que se reconozcan las familias homoparentales ante la ley, las mujeres lesbianas llevan años constituyendo familias con los hijos(as) procreados con anteriores parejas heterosexuales. En otro caso, aunque no se respeta universalmente la prohibición del coito para las mujeres, éste sigue condicionado a la conyugalidad.²⁵ Es decir, existen prácticas sociales divergentes de la normatividad social que no reconocen las instituciones sociales y que, por lo mismo, los cambios que conllevan no logran transformar las estructuras y permanecen como transgresiones aisladas, clandestinas o anónimas.

Caracterizada por una alta densidad de población, un incipiente intento de vida democrática y una aparente política gubernamental contra las inequidades de género – aunque con la clara negativa a reconocer las diferentes formas de expresión de la sexualidad no heterosexual– y un fuerte bombardeo dirigido al consumismo, la industria del sexo y la introducción de nuevas tecnologías electrónicas, la Ciudad de México está transformando en varios sentidos las formas de contacto y los vínculos entre las personas. Pero lo anterior no logra visualizarse del todo en la divergencia respecto de las prácticas institucionales. Esto se observa en el hecho de que la mayoría de los(as) jóvenes siga prefiriendo la institución del matrimonio, aun cuando se ha incrementado el número de parejas que deciden vivir en unión libre.

Los estilos de vida que se pueden adoptar en las grandes ciudades supondrían mayores posibilidades de divergencias respecto de las prescripciones sociales

²⁴ Para mayor detalle consultar Minello (2003).

²⁵ Amuchástegui, Ana (2005, Octubre 6) El mito virginal. *La jornada*, Suplemento Letra S.

tradicionales, sin embargo. Sin embargo, tampoco esto está garantizado. Una urbe, como la Ciudad de México, puede pensarse como un espacio en que existen diversas opciones de estilos de vida y un acceso a la información y a la alta tecnología, así como al anonimato y al relajamiento de las prácticas convencionales. No obstante, en ella coexisten y convergen también diversas prácticas que se apegan a la tradición y a las visiones y posiciones conservadoras, así como a la institución familiar. Aunque la ciudad vive una transformación de las instituciones más significativas para la vida social, como la familia, el matrimonio, la Iglesia, el Estado y las leyes, los cambios surgen en ella de manera más lenta y gradual en comparación con otros países.

Según Guevara (2004), en nuestro país, el impacto de la modernidad en la esfera de la intimidad se empieza a sentir hasta los primeros años del siglo XX a raíz de la separación del Estado y la Iglesia, y la modificación de las políticas públicas y la legislación. Esto permitió abrir nuevas posibilidades de “autonomía personal en la esfera de la intimidad; como el debate sobre el derecho de las mujeres a su sexualidad, la anticoncepción, el matrimonio, el divorcio o las uniones consensuales”, y trajo como consecuencia “la modificación de muchas prácticas y discursos, en ciertos sectores, que redujeron las asimetrías de género. Algunos hombres y mujeres empezaron a ensayar nuevas formas de relación en su vida erótica y afectiva, así como nuevas formas de ejercicio de la paternidad y la maternidad (Guevara, 2004: 252-253).

Sin embargo, visto de esta manera, además de los supuestos avances, el impacto de la modernidad en la sociedad actual ha acarreado algunas desventajas para las mujeres y mayores fricciones entre éstas y los hombres. Si bien se han generado cambios en las relaciones entre los géneros, también es cierto que la llamada triple jornada que desempeñan las mujeres y la mayor libertad de que gozan en el ejercicio de la sexualidad femenina son aspectos que han beneficiado más a los hombres. En consecuencia, puede decirse que aún no se alcanzan los estándares de bienestar y transformación en diversas esferas de la vida social y personal características de la modernidad tardía en sociedades desarrolladas. De ahí, que en este sentido se habla de México como una sociedad de riesgo.

1.5 Intimidad masculina

Los diversos factores que caracterizan a la sociedad contemporánea, algunos de los cuales son legados del pasado y con pocos cambios y otros con renovadas expresiones u otros que emergen dadas las condiciones históricas –como las actuales formas de capitalismo, la transformación de las instituciones sociales, las identidades– están transformando las relaciones entre los individuos, las maneras de socialización y la experiencia de la vida emocional de los hombres.

Como la cultura de género dominante mantiene la división sexual de los roles afectivos,²⁶ a los hombres se les sigue asociando prioritariamente con los roles públicos y a las mujeres con los privados. Por ello se puede afirmar que la cultura de género continúa teniendo un peso importante en la arquitectura sentimental de las personas.

El modelo de masculinidad dominante, caracterizado por la frialdad, la fuerza y la racionalidad, y que ha resultado funcional para varias generaciones de hombres, sigue influyendo en las identidades, la vida emocional y las prácticas de la mayoría de ellos. Asimismo, a pesar de la llamada “feminización” de los hombres y del cuestionamiento hecho a la ideología de género, hombres y mujeres se siguen apegando a las formas tradicionales de vivir la masculinidad y la feminidad. En este sentido, la flexibilidad observada en algunos aspectos va más por el lado de su vida emocional. Lo anterior ocurre en virtud de que ahora se considera deseable que los hombres expresen sus sentimientos y, a través de ello, se pretende manifestar la vivencia de una intimidad basada en un mayor compromiso, sinceridad y honestidad en las relaciones interpersonales. Aún así, estas transformaciones son más lentas y graduales en los hombres.

²⁶ María Jesús Izquierdo (1999) considera la división sexual del trabajo, desde un punto de vista estructural, como la generadora de formas de relación entre las mujeres y los hombres que condicionan el resto de sus vidas lo que, sin duda, incluye a los sentimientos, es decir, a la vida emocional de las personas.

Las experiencias emocionales individuales están determinadas por la cultura, así como por los diversos significados y sentidos que se atribuyen a las emociones mismas. Sentir ciertas emociones y expresarlas de un modo determinado está condicionado por la clase social a la que se pertenece, al lenguaje, a las nociones de qué es lo más "propio" o adecuado en cada situación y para cada género y grupo de edad. Está, en suma, en función de ciertos contextos histórico-culturales.

La idea de que el hombre encarna el pensamiento y la mujer el sentimiento es un producto de la era burguesa y de la estructura económica (Heller: 1999: 255), dado que el lugar que ocupan los hombres y mujeres en la división sexual del trabajo determina el "marco" en que el individuo puede mantener en orden su gestión doméstica emocional". De modo que puede decirse que el trabajo y el manejo interno de los sentimientos se vinculan siempre con las tareas que impone la sociedad.

Los modelos, referentes, sentidos y significados de la masculinidad y su relación con el ejercicio de poder influyen en la identidad de los hombres y en la forma en que éstos viven su emocionalidad. La vida emocional de los hombres es un tema poco explorado. Seidler (1995) señala que, a partir de la tradición cartesiana, ha sido fácil asimilar los pensamientos a la mente, pero las emociones y los sentimientos son remitidos difusamente a alguna parte del cuerpo. De ello se desprende que en los hombres no existe una conexión entre pensamientos y sentimientos, por lo que, según el autor, las vidas emocionales de los hombres no se reconocen como parte del yo, sino que se consideran una amenaza para la integridad del mismo.²⁷

En este sentido, la vida emocional de los hombres también está determinada por la cultura de género. En el proceso de "llegar a ser un hombre" los aspectos culturales, sociales, económicos e históricos producen, en el nivel subjetivo, identidades masculinas; en el plano psíquico generan una posición simbólica definida por la actividad; y en la vida emocional provocan la represión de determinados sentimientos: los que se vinculan con la feminidad.

²⁷ Desde el género, se entiende que la masculinidad que viven los hombres es el resultado de una estructura basada típicamente en la distancia emocional respecto de los otros. La masculinidad se codifica como el rechazo a la madre y a la feminidad (Badinter, 1993), esto es, un rechazo a las cualidades asociadas con la crianza y el apoyo emocional. Cuando los hombres perciben que son amenazados, cuando se sienten sin poder o han perdido el control de la situación, se afirman a través de los medios disponibles

Con frecuencia se ha señalado que los hombres rehuyen al compromiso, a la cercanía emocional, a la apertura y a la comunicación honesta con la pareja. Como los hombres han sido habilitados más para la racionalidad y, en términos instrumentales, para el logro de objetivos concretos y prácticos, les resulta difícil satisfacer la demanda de ser más afectivos. Los aspectos culturales, que asocian la afectividad con la feminidad, y las condiciones económicas limitan la vida emocional de los hombres, dado que vulneran en mayor medida la condición masculina ante el sexo opuesto, que no deja de tener expectativas muy altas respecto del “sexo fuerte”.

Dado que un costo social de asumir la posición de poder de la masculinidad es una clara sanción social por mostrar afectos, la represión de los mismos sirve de protección y de respaldo al sentido de virilidad. En la vida emocional de los hombres se ha privilegiado la expresión de sentimientos como la furia, la alegría, los celos, el odio, la cólera y el afecto sexual. Sin embargo, existen otros como el amor, la ternura o el cariño, que resultan más difíciles no sólo de expresar sino de experimentar.

Dichas dificultades surgen no nada más en las relaciones de pareja, de amistad o familiares, sino también en la paternidad. Lo anterior se observaba quizá de manera más evidente en generaciones pasadas, cuando los padres dejaban de tocar y acariciar a sus hijos de cierta edad por miedo a despertar en ellos tendencias homosexuales. Sin embargo, aun en la actualidad los niños pequeños dejan de tener súbitamente cualquier contacto corporal y emocional con sus padres sin que medie explicación alguna. Cabe mencionar que al mismo tiempo ya se observan cambios en este tipo de expresiones de cariño entre padres e hijos.

Si bien la intimidad no es un sentimiento, sí se podría considerar como una cualidad que surge en el vínculo que permite la vivencia y la expresión de diferentes emociones y afectos que se experimentan de forma intensa y significativa hacia y por otras personas. También podría considerarse como un atributo de la relación: la intimidad como resultado de la presencia en un vínculo interpersonal de sentimientos como el amor, la confianza y la seguridad, en conjunto que llegan a generar al parecer bienestar individual.

Los cambios en las relaciones de género han trastocado los roles sociales, las prácticas y los significados de masculinidad y feminidad, así como de la intimidad misma. Asimismo, las relaciones cotidianas de la vida amorosa, de la pareja, de la sexualidad, de amistad y del trato con los hijos son aspectos en que repercuten los cambios recientes en las nuevas formas de relación entre hombres y mujeres.

Si los hombres son habilitados para la producción y el control del dinero, y a las mujeres para la afectividad, y si se considera que los hombres han sustentado su poder en la disposición de recursos materiales y económicos con los que pueden comprar amor y sexo,²⁸ la carencia de estos mismos recursos los vuelve impotentes para acceder a los privilegios que les otorga su condición de género. La falta de confianza, tanto en términos de la obtención de recursos económicos como de la estabilidad con la pareja, dificulta a los hombres establecer una mayor cercanía emocional y un mayor compromiso con las mujeres, entre otros aspectos posibles.

Las amistades, los/as hijos/as y las relaciones de pareja son algunos vínculos donde se reflejan algunas de las dificultades derivadas de los cambios y ajustes en los roles entre hombres y mujeres. El manejo de la amistad y sexualidad con las mujeres, la equidad con la pareja, el dinero que aporta cada miembro de la pareja, las labores domésticas, la educación de los hijos, la independencia, la sexualidad y la amistad con otros hombres son aspectos importantes que influyen en la experiencia de la intimidad de los hombres.

Al relacionarse con el género opuesto, los hombres están enfrentando diversos cambios y ajustes, particularmente con aquellas mujeres que asumen una mayor independencia. Se habla de que algunas mujeres han cambiado de posición en nuestra sociedad; se menciona de su acceso al mercado laboral, a un mayor nivel de educación formal y a un más alto desarrollo profesional, lo que les ha permitido ser más asertivas y activas en torno a demandar una vida sin violencia, a una vida sexual armoniosa, a una relación más afectiva y cercana emocionalmente con sus parejas, a pedir mayor

²⁸ María Jesús Izquierdo en una interpretación del chiste "¿A dónde vas Vicente? A comprarle un collar a Maritita mi mujer. Pues yo saco a mi mujer sin nada y no se me ha escapado", lo considera como la manifestación latente de la carencia de conseguir amor sin la compra del mismo (Análisis realizado dentro del seminario "De la teoría de la desigualdad de género a la investigación". Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM, enero-abril de 2004)

participación y responsabilidad de los hombres en las labores domésticas. Lo anterior, en teoría, ha planteado como consecuencia nuevos retos para los hombres. De lo que no hay duda es que esto tiene implicaciones directas en las relaciones interpersonales de los hombres.

Un gran problema que enfrentan actualmente los hombres es la imposibilidad de cumplir con su función de proveedores y protectores de la familia. Ello también desempeña un papel importante en las dificultades que encaran en el intento de ser más cercanos, abiertos y honestos con las mujeres y otros hombres.

Un elemento fundamental de la intimidad es la confianza. Sobra decir que difícilmente puede darse en condiciones de explotación, violencia, dominación, inestabilidad e, incluso, reajuste de los roles sociales de hombres y mujeres. Aunado a lo anterior, en el imaginario social, los hombres han percibido tradicionalmente a las mujeres como un peligro en tanto depositarias de la vida afectiva de la pareja. Al respecto, uno de los participantes señaló: “a las mujeres ni todo el amor, ni todo el dinero”. Si los hombres perciben que las mujeres son expertas en manejar, controlar o manipular hombres por medio del afecto y el amor, se comprenderían en alguna medida los miedos que sienten para la vivencia de la intimidad con las mujeres.

Una de las consecuencias que puede generar lo antes señalado es una ruptura de la respuesta emocional. En el caso específico de los hombres, se fractura e interrumpe el flujo sentimental del cuerpo masculino al reprimir emociones consideradas “femeninas”, se individualiza la experiencia y se procura aparentar autonomía, decisión, singularidad, seguridad y responsabilidad a la vez que se demuestran respecto de sí y de los otros.

Se puede concluir que en la sociedad contemporánea, las condiciones históricas, sociales, económicas, políticas y culturales presentan un panorama de cambios y transformaciones que afectan de forma importante tanto los aspectos personales como los de la relación entre hombres y mujeres. Particularmente, los hombres están inmersos en una serie de procesos y ajustes para corresponder a las expectativas y demandas que el contexto social actual les impone.

En una sociedad como la nuestra que, como se dijo, podría definirse como una sociedad de riesgo, ya presenta algunos de los malestares que trae consigo la modernidad tardía. Los cambios en las formas de producción, las identidades, las instituciones sociales y la relación entre los géneros han influido en las relaciones interpersonales y en la manera en que se establecen los vínculos afectivos de hombres y mujeres. Sin duda, este conjunto de factores está cambiando la forma en que los hombres experimentan la intimidad.

Las consecuencias en las actuales formas de intimidad, que generan condiciones culturales, sociales y económicas, tienen distintas repercusiones según el género, la clase social y la edad de las personas. La relación entre hombres y masculinidad es uno de los aspectos particulares que ha acarreado lo anterior.

Si la masculinidad se entiende como “un lugar en las relaciones de género, en las prácticas a través de las cuales los hombres y mujeres ocupan ese espacio en las relaciones de género, y en los efectos en la experiencia corporal, en la personalidad y en la cultura” (Connell: 2003: 109), entonces estamos hablando que la modernidad ha mantenido esa misma posición por medio de instrumentos tradicionales como la división sexual del trabajo y los roles y las identidades de género, que a pesar de los cambios y las transformaciones aún continúa la reproducción de una asimetría entre género y edad.

La masculinidad que otorga una posición de privilegio y que no está fija sino condicionada por categorías de diferenciación social, como la clase, la raza, la edad y la orientación sexual, no es exclusiva de los hombres pues las mujeres también las reproducen. Tampoco es universal porque en cada país existen condiciones culturales diversas que producen formas específicas de opresión de género. Asimismo, no es una cuestión individual sino estructural y referida a un colectivo: el de los hombres en particular.

Los efectos de dicha posición constituyen parte importante de la compleja configuración personal, cultural y social de un orden social jerarquizado. Si bien es cierto que las formas en que se configura el poder y las variantes en que lo ejercen los

hombres no son de carácter universal sino local, contextual y específico a un tiempo y espacio determinado, tampoco lo son las consistencias y permanencias que llevan a hablar de la llamada “dominación masculina.”²⁹

Es importante señalar que no se puede hablar de “la” masculinidad como realidad única, acabada, coherente ni lineal para todos los hombres. Tampoco hay una forma única de establecer relaciones de poder respecto de las mujeres. La cultura de género actual se conforma de avances, retrocesos, contradicciones y ambivalencias, no solamente en su carácter teórico sino en el trabajo político. Y esto ocurre no únicamente en el colectivo de hombres, sino también en el de las mujeres, en cada individuo en sí, en cada trayectoria de vida inmersa en la compleja y cambiante cotidianidad.

Como resultado de la globalización, las transformaciones en la economía, el empleo y las condiciones sociales actuales han afectado también las formas de vivir la masculinidad, lo que a su vez provoca cada vez más inconformidad, miedos, angustia y violencia.

Los hombres mencionan constantemente la importancia de los roles sociales, en particular el de proveedor, pero aluden a ello en un sentido de cambio, ajuste y transformación. No obstante, lo que muestra es su vigencia y una gran importancia de las prescripciones de género en la identidad masculina. Si bien ponen mucho en tela de juicio estos roles, éstos continúan teniendo mucho peso en sus vidas. Ello se refleja en la forma de vincularse con las mujeres, las relaciones de competencia con otros hombres, las maneras de vivir la intimidad y el desgaste emocional por la dificultad de mantener una imagen “adecuada” ante las demás personas. En este sentido, en los testimonios se observa que, aún cuando los hombres cuestionan los roles, estos siguen siendo muy importantes para su imagen, su identidad y sus relaciones sociales.

Los hombres saben que viven un periodo de ajustes y transformaciones, pero también de continuismo y resistencias. Así, en estos tiempos coexiste igualdad en

²⁹ Por ello, no empleo el concepto “masculinidades” dado que no se pretende describir la pluralidad de formas de ser de los hombres, sino de la lógica que mantiene, produce y reproduce dichas asimetrías de poder entre hombres y mujeres.

ciertos aspectos y diferencias o asimetrías en otros. Más que nada hay ambivalencias respecto hasta dónde se permitirá una verdadera equidad entre hombres y mujeres.

Como en tantos otros aspectos, el acelerado ritmo con que se dan los cambios sociales y de la economía tiene implicaciones en la identidad y la vida emocional de los hombres. Las personas requieren mayor acoplamiento a las actuales demandas y necesidades para lograr una vida más justa y equitativa para todos. Las relaciones democráticas necesitan un clima propicio para el libre desenvolvimiento de las personas como seres íntegros y dignos de respeto.

Capítulo II

La sociedad intimista

Como parte de la modernidad³⁰ y de la instauración de la sociedad burguesa, la intimidad alcanzó en el siglo pasado una presencia y un valor predominantes en las formas de relación interpersonal contemporáneas. La época moderna trajo consigo una serie de transformaciones radicales en las formas de interacción y socialización que se dan en el mundo occidental. Así, del siglo XVIII al presente, la intimidad forma parte importante de la vida personal e interpersonal como nunca antes se había visto.

Si bien históricamente han existido formas de convivencia e interacción personales y formas de establecer vínculos afectivos y emocionales, así como formas de atender a los asuntos privados, Richard Sennett (1978) considera que en nuestros días padecemos un “intimismo”, y esto es, una compulsión por la intimidad que se instaura como un fin en sí.³¹ De este modo, la intimidad se establece como el parámetro que han de seguir las relaciones consideradas significativas: las que el individuo establece consigo mismo, la familia y las amistades. Se busca este tipo de vínculos en virtud de que fortalecen al yo a la vez que dejan en segundo término los lazos sociales más amplios.

Al parecer, esta sociedad intimista se organiza alrededor de los principios del narcisismo y el *Gemeinschaft*³² destructivo (Sennett: 1978: 274). El primero implica la

³⁰ Giddens (1998a: 26-27) ubica el concepto de modernidad equivalente a la expresión “mundo industrializado” —mismo que no se reduce únicamente a su aspecto institucional— y que integra además las nuevas formas de capitalismo.

³¹ El autor contrasta visiones de otros momentos históricos para dar cuenta del sentido que ha adquirido la intimidad en la actualidad. Señala, por ejemplo, que en el imperio romano se buscaba en privado un foco para las energías emocionales, representando un principio basado en la trascendencia religiosa del mundo. Esta visión es contraria a la época moderna, en donde no se busca un principio sino una reflexión sobre la naturaleza de las psiques, se busca lo que es auténtico en los sentimientos y se pretende encontrar en la familia, los amigos y la pareja, calor, confianza y una abierta expresión de sentimientos.

³² El sociólogo Ferdinand Tönnies trató de describir el sentido no geográfico de la comunidad. *Gemeinschaft* se refiere a la comunidad en el sentido de las relaciones emocionales plenas y abiertas, que existían en el mundo precapitalista y preurbanizado de fines de la Edad Media o en las sociedades tradicionales (Sennett: 1978: 273).

búsqueda de gratificación del yo y el segundo alude a un vigoroso énfasis sobre la comunidad. Pero ésta es una comunidad en que la revelación de aspectos privados a otras personas se considera un bien moral en sí mismo, al margen de las condiciones sociales, lo que genera que las personas se hieran mutuamente al tratar de mantener entre si relaciones emocionales plenas y abiertas. Con ello se reproduce, según el autor, el mito de que los males de la sociedad pueden ser comprendidos todos como males de la impersonalidad, la alienación y la fragilidad, lo que él llama en conjunto la ideología de la intimidad.

Como punto de partida, tomemos los siguientes dos aspectos para pensar la intimidad en la sociedad contemporánea: las características de la comunidad actual y el narcisismo social.

2.1 La comunidad actual y la intimidad

Diversos procesos históricos, culturales, económicos y políticos han permitido configurar el sentido que se otorga a la intimidad. A lo largo de la historia han existido distintas prácticas y formas de relación interpersonal que han reflejado modos particulares de vivir los afectos y las emociones en la vida social. La intimidad, como producto histórico, está determinada por una serie de elementos que le confieren existencia, por lo que resulta importante revisar brevemente algunos antecedentes que conforman el sentido que ha adquirido actualmente la intimidad.

Si la modernidad ha concebido la intimidad como aquello que “alude a lo más recóndito e intrínseco de la persona; a lo más interno e inexpressable del hombre y que apunta a una zona sagrada de la naturaleza humana” (Béjar: 1995: 44), dicha concepción implica un sentido de individualidad y de propiedad que delinean el concepto mismo de intimidad; por ejemplo: la propiedad privada, la privacidad, el individuo, elementos que implican un sentido de persona, de derechos, de espacios, de márgenes de acción e intervención propia y ajena, así como una moral determinada. De igual manera, a estos aspectos subyacen las dicotomías: público-privado e individuo-sociedad.

La noción de intimidad tiene como referente el de privacidad, mismo que podría remitirse a la idea de propiedad privada.³³ Cuando el individuo dice: “esto me pertenece” señala que nadie más tiene poder sobre el bien material o el aspecto personal en cuestión.

De esta manera, lo privado lleva a configurar la noción de privacidad y, a su vez, ésta conduce a la idea de la individualidad,³⁴ espacio circunscrito por barreras de discreción, distancia, secreto, y cuya violación equivale a un ataque a la persona. En este sentido, la privacidad se ha visualizado, tradicionalmente, como el espacio en que se desarrolla la vida personal, el lugar para el cultivo de los sentimientos y de la expresión abierta. Estas nociones reproducen la dicotomía de lo público como aquello que es impersonal, instrumental y convencional. En cambio, lo privado se asimila a lo trascendente, a los sentimientos y a lo auténtico.

Lo privado se erige como la protección que cubre de la mirada e intervención ajenas y que da seguridad al individuo en su interacción social. Representa también los límites que se imponen al otro para no socializar más allá de lo deseado. Y aunque la intimidad no es sinónimo de privacidad (Pardo, 1996), ésta se ha considerado como el espacio simbólico donde se desarrolla la primera. En este sentido, la privacidad se ha concebido como el lugar que resguarda lo más sagrado, inefable, indescifrable e inexplorable de la persona: la intimidad.

La conceptualización de la privacidad y la noción de individualismo recorren un camino paralelo en su construcción histórica. Para Béjar (1995:126) el individualismo surge como consecuencia de dos aspectos: por una parte, la relación entre la mentalidad capitalista y la ética protestante; por otra, la democracia. Según esta autora, para Lutero la gracia se alcanza por medio de la pureza de la conciencia y de la fortaleza de la fe, en condiciones de soledad absoluta, en que el fuero interno se constituye en centro de la

³³ Béjar (1995: 15) hace referencia a ello al señalar: “Según Rousseau, el primer hombre que acotó un trozo de tierra y dijo ‘esto es mío’ estableció la propiedad privada. Del mismo modo, el primero que cerró una puerta para aislarse de su entorno fundó la esfera privada”.

³⁴ Béjar (1995: 80) ve a la privacidad como el espacio de la soberanía individual y como el ámbito del individuo racional que afirma su voluntad de desarrollo, pero por otra, como el reducto de un sujeto temeroso que se repliega en la esfera que ansía controlar.

individualidad y en ámbito supremo de comunicación con Dios.³⁵ Es decir, la introspección es el mejor camino para alcanzar al todopoderoso, por lo que se ve al individuo como valor, como un ser intrínsecamente moral.

Con la democracia, el individualismo emerge en condiciones históricas que posibilitan la ciudadanía, esto es, el reconocimiento del individuo como unidad política. El surgimiento de estos conceptos permitió a los sujetos adquirir un sentido de lo que les es propio, el derecho de protegerse de la mirada ajena, y de reservarse para sí los aspectos que le pertenecen sólo a cada uno. Sin embargo, la delimitación de lo que le pertenece sólo a la persona se enmarca en un contexto cultural que dotará de contenido a aquellos aspectos que corresponden a lo público o a lo privado con base en valoraciones morales sobre lo correcto-incorreto, adecuado-inadecuado y moral-inmoral, así como en las prácticas relacionadas con lo íntimo.

En el mundo occidental, la historia de la moral sexual ilustra la transformación de los sentidos respecto al recato, el pudor y la higiene, así como respecto a las prácticas que se consideran “adecuadas” según el espacio público y el privado.³⁶ Lo anterior da margen a la concepción de los asuntos considerados personales e íntimos. En este sentido, el arte, la moda, el lenguaje, los gestos y los comportamientos han reflejado las formas de decencia pública y privada predominantes en cada época. Por ejemplo, la costumbre que seguían en el siglo XVI los hombres y las mujeres de todas las edades de dormir completamente desnudos³⁷ es sustituida por la absoluta hipocresía moral según la cual las mujeres debían estar por completo vestidas del cuello a la punta del pie a principios del siglo XIX.³⁸ La moralidad se constituye así como una ideología que penetra la totalidad de los intereses vitales de una época, si bien diferenciada por los intereses de clase específicos (Fuchs, 1996a).

³⁵ *Ibidem*, p. 128.

³⁶ El acto de la defecación y la relación sexual son cosas que corresponderían a lo privado, actos que corresponden a espacios físicos específicos: el cuarto de baño, el dormitorio, el estudio, etcétera, siendo la acción de cerrar la puerta una forma simbólica de defender un dominio que, una vez violado, supone un atentado al derecho del sujeto

³⁷ (1996a, 124).

³⁸ (1996b, 152).

La instauración de la propiedad privada y el surgimiento de la institución del matrimonio, que se añan a la moral sexual que prevalecía en la época burguesa.³⁹ suscitó a mediados del siglo XVIII— diversos cambios y transformaciones en las sociedades modernas industrializadas. En esa época, la ideología burguesa obligó a vivir en un mismo espacio elementos antes disociados. En consecuencia, el amor, el sexo y la intimidad se consideraron parte de la institución del matrimonio, sin que por ello se perdiera la finalidad de garantizar la protección y la salvaguarda de herencias y bienes materiales de cónyuges e hijos. Y es también a partir de este momento cuando la familia, como parte del ámbito privado, cobra mayor importancia. Ésta se convierte así en ámbito de la autenticidad y la subjetividad, de una interioridad libre y desenvuelta; en esfera de la afectividad, en refugio frente al dolor y en guarida donde las personas se protegen de la mirada exterior; es decir, representa la base para la actual sociedad íntima (Béjar: 1995: 165)

Pero no es sino hasta el siglo XX cuando surge la nueva forma de intimidad. Sennett (1980) identifica una transmutación entre las formas de intimidad del siglo XIX y las del XX,⁴⁰ caracterizadas estas últimas, según las condiciones de la sociedad industrial avanzada, como mutuamente destructivas para quienes buscan acercarse entre sí. En su libro *El declive del hombre público* (1978), el mismo autor puntualiza que la intimidad es consecuencia del vacío que deja el ámbito público y el recogimiento en el mundo privado. Cuando los individuos son sometidos a una vigilancia, decrece la sociabilidad y el silencio constituye la única forma de protección, lo que a su vez genera que los seres humanos necesiten mantener cierta distancia con respecto a la observación íntima de los demás a fin de sentirse sociables: cuanto más íntimo, menos sociable.

³⁹ Para Fuchs (1996b: 70) Desde un punto de vista histórico-cultural, el renacimiento significó el ascenso y triunfo de un orden económico plenamente nuevo en la historia del hombre europeo "[...] En el orden político, significa el nacimiento, la infancia y la juventud del mundo burgués, el decir, el origen de la burguesía de las ciudades y su primer florecimiento [...]" El punto culminante de esta profunda transformación fueron los siglos XV y, sobre todo, XVI (p.90).

⁴⁰ Los cambios generados por la transmutación del erotismo a la sexualidad moderna y de las formas de intimidad, han contribuido a que las personas pretendan establecer relaciones cercanas. La sexualidad en la época victoriana se basaba en creer que los sentimientos y el carácter se mostraban involuntariamente, por ello, el cuidado en el vestir, en las formas de caminar que, como resultado, trajo un sentido contradictorio: por un lado leer a los demás mediante los signos de sus vidas privadas, pero por el otro, el cuidado y protección de las personas para evitar descubrirse. Como consecuencia de ello, la moralidad de la vida sexual se llevó a todas las esferas de la vida social, por ejemplo, el que una madre adúltera no podía ser buena madre. (Fuchs: 1996b: 46).

Desde esta perspectiva, la sociedad padece un intimismo en razón de que los vínculos interpersonales significativos se cifan a un modelo que privilegia la intimidad, entendida ésta como una forma de conocerse por medio de los aspectos más personales y ocultos,⁴¹ como son compartir la esencia inherente de nosotros mismos y estar abiertos a la integridad de los otros (Kane, 1997), llegar al conocimiento “real” de las personas y lograr un grado de simpatía y entendimiento emocional, que implica un *insight* profundo en el yo de cada sujeto (Jamicson, 2002). Dicho metafóricamente, se entendería como “desnudar el alma”.

Con lo anterior, Sennett (1978) plantea que esta compulsión por la intimidad es destructiva por los factores siguientes: porque tiende a lastimar y destruir a las personas que buscan mostrarse entre sí sus aspectos más privados y reservados; porque la revelación de información personal se da como un intercambio de mercancías; porque se pone el acento en los aspectos de la personalidad y hace que se visualice como problema psicológico de un individuo;⁴² porque se torna en una pesada carga para el yo; y porque se presenta un desinterés por la vida pública y un incremento del narcisismo del sujeto.

Para este teórico, se ha dejado de lado el sentido de pertenencia a una sociedad, a un mundo social más amplio y se ha tendido a la búsqueda de vínculos con algunas pocas personas selectas del entorno inmediato, lo que genera un sentimiento de que el mundo exterior, el mundo impersonal, parece vacío. Lo anterior ha llevado a otorgar mayor atención e importancia al yo de cada persona, pero con la intención de conocerse a sí mismo como fin único, en lugar de ser un medio para conocer el mundo. El problema radica en que cuanto más privada es la psique, menor interés y estimulación hay por sentir o expresar los sentimientos.

⁴¹ A mediados de los años cincuenta del siglo pasado, ya se consideraba que “en la intimidad uno entiende al otro como una persona completa, lo experimenta como un ser que no está dentro ni fuera de nosotros, y en afán de conocerlo, se da una exposición desprotegida de los aspectos más personales y ocultos de uno mismo” (Marcel, citado en Osnaya, 2003: 17).

⁴² Una de las preocupaciones de Sennett es que la atención a los aspectos de la psique y la menor participación social se confunda como una consecuencia psicológica en sí misma, que se interprete como que el individuo pierde el “deseo” y busca ayuda terapéutica, porque ello invisibiliza las condiciones que la han originado, como la privatización que el capitalismo produjo en la sociedad burguesa en el siglo XIX y el debilitamiento de la vida pública, considerando este ámbito como moralmente inferior y reduciendo la intimidad a la familia o a los amigos cercanos.

A Sennett lo asiste toda la razón al decir que la intimidad se ha convertido en un valor moral en sí⁴³, según el cual ser honesto, auténtico y sincero serían los elementos indispensables para la transacción de confesiones y promesas de confianza que definen a las personas como buenas o malas, y porque la revelación y la confesión se han considerado como los únicos medios que permiten intimar.

Sin embargo, para otros autores prevalecen dos visiones del fenómeno de la intimidad (Jamieson, 2002): a) una visión optimista que ubica la intimidad como una presencia intensa en que las relaciones íntimas constituyen el punto crítico de la vida privada, de la vida personal separada de la familia, y en la cual se considera que una buena relación es aquella en que se da una apertura íntima, de cercanía entre iguales, dada la supuesta ruptura de los roles tradicionales madre-casa/padre-trabajo, y en la cual el conocimiento verdadero y el entendimiento de cada uno son el punto clave de estas relaciones; y b) la visión pesimista que lamenta la pérdida de vestigios de la economía, la religión y la base normativa del matrimonio, al tiempo que despierta miedos con respecto al colapso de la vida familiar y el debilitamiento del compromiso hacia la pareja.

Si bien es cierto que en la actualidad podemos observar el desencanto por el romanticismo, el compromiso y la entrega incondicional que surge en las nuevas relaciones,⁴⁴ también es verdad que difícilmente puede darse por hecho la existencia de relaciones democráticas, la ruptura de los roles tradicionales mujer-ama de casa/hombre-proveedor, o la desaparición de la división sexual de los roles afectivos mujer-afectividad/hombre-instrumentalidad, pues éstos siguen vigentes aún. Por lo

⁴³ Para Sennett (1980), cuando las personas se abren unas a otras y se exponen sus sentimientos, se crea un grupo moral-social, que resulta destructivo, porque a través de confesiones se demuestra que se es buena persona y el único fin es legitimarse ante el otro. Por otra parte, para Giddens (1995) los males que se presentan en la actualidad –como la pérdida del sentido o valor de la vida y el aislamiento existencial– se deben a la crisis de las cuestiones morales, en donde la valorada “autenticidad” constituye un proceso moralmente atrofiado, en tanto las instituciones sociales en la modernidad han excluido programas de “política de la vida”, política interesada por la realización humana del yo, tanto en lo individual como en lo colectivo, y donde la actual línea moral de realización del yo se basa en “ser fiel a uno mismo”.

⁴⁴ Para los teóricos de la posmodernidad (Gergen, 1992) existen nuevas clases de relación: los amantes amigables o las relaciones de microondas. Porque la intimidad y el compromiso afectivo se esfuman gradualmente de las relaciones personales, se convierten en relaciones fraccionarias. La intimidad comprometida se dificulta en la posmodernidad, dado que una “relación profunda” implica que la gente posea una identidad nuclear a la que tiene que acceder para lograr ese nivel de contacto. Esta idea romántica es anterior al modernismo, que se enfrenta con un ser que no tiene ese núcleo interior y sí una multiplicidad del yo colonizado: el sujeto posmoderno.

anterior, por un lado, se mantienen formas tradicionales de ser hombre y ser mujer, de subjetividades masculinas y femeninas que interpelan a los sujetos de acuerdo con las mismas necesidades afectivas, pero donde instituciones, como la familia o el matrimonio, no llegan a cubrir ese modelo de intimidad deseable. A ello se suma que ahora se pretenda conformar dicha intimidad según vínculos democráticos y con sujetos hombres y mujeres libres y autónomos.

Otro indicador de esta sociedad intimista se observa en que los medios de comunicación masiva han explotado, de forma más notoria en los últimos años, el interés social por los asuntos privados e íntimos, no sólo de las figuras y personajes públicos, sino también de la persona común y corriente. Ejemplo de ello es la prensa escrita que despierta un fuerte sensacionalismo al publicar la vida privada y situaciones bochornosas de miembros de la nobleza, millonarios, artistas y políticos. Asimismo, los *reality shows* muestran tanto a famosos como a personas comunes en espacios artificiales para “conocer” lo que hacen, cómo se relacionan y cómo viven sus conflictos detrás de una puerta. Así se cumplen las fantasías de muchas personas que aspiran conocer los misterios ocultos dentro de cuatro paredes.

Por lo tanto, se puede decir que en nuestra sociedad actual prevalece un modelo de intimidad –basado en una supuesta cercanía por conducto de la comunicación personal y privada– que se esfuerza por alcanzar una sociabilidad cimentada en la revelación y el conocimiento mutuo de los aspectos más privados y personales, pero que tiene como consecuencia un mayor distanciamiento social y una mayor dificultad de las personas para concretarla.

2.2 El narcisismo social

Por todos lados se pueden observar cambios culturales, económicos y sociodemográficos que han creado un estilo de vida más individualista y un aumento en el sentido del yo. Aspectos de la personalidad, como el cuerpo, la imagen, la seguridad y la confianza que se proyecta, así como la pretendida apariencia de autonomía, autosuficiencia e indiferencia por los aspectos afectivos, han cobrado una importante

notoriedad en la interacción personal cotidiana. La interrogante es si este tipo de personalidad que se está conformando se corresponde con el modelo de vínculo interpersonal que promueve la sociedad intimista.

Aparejado a ello, en algunas personas surge la sensación de vacío, soledad y falta de compromiso personal y social, así como una tendencia al ensimismamiento. Asimismo, la centralidad que ha cobrado el bienestar individual depende, en parte, en la estabilidad emocional y afectiva de la persona. Sin embargo, esta estabilidad emocional se basa a su vez en mantener relaciones consideradas “íntimas”: la compulsión por tratar de establecer relaciones en que sus integrantes se abran en cuerpo y alma ante los otros como medio para establecer relaciones “sinceras” y “comprometidas”.

Para el mismo Sennett (1980), la sociedad de hoy, con apoyo del capitalismo moderno, ha movido las fuerzas del narcisismo, que se encuentran potencialmente en todos los seres humanos, mediante la intensificación de un culto a la personalidad en las relaciones sociales hasta el punto en que éstas aparecen ahora sólo como espejos del yo y en que el logro de éstas descansa en el ejercicio de la capacidad y la legitimación personal. Es decir, para fortalecer el yo es necesario ser reconocido y compartir e intercambiar sentimientos y pensamientos profundos con otras personas. Así, el yo se fortalece cuando el individuo se reconoce en los otros como “buena persona”, en tanto es catalogado como una persona confiable, aunque su relación con el resto del mundo sea precaria.

El narcisismo, en este sentido, radica en la importancia que ha adquirido la personalidad. El yo se fortalece al establecer vínculos “íntimos” que lo legitiman. De este modo, puede decirse que las personas buscan relacionarse con quienes refuercen la imagen que desean proyectar sin dar importancia al resto de la sociedad. En este contexto el narcisismo no debe entenderse como la idea de amor por uno mismo, sino como la tendencia a ver al mundo como un reflejo del yo, mismo que limita la capacidad del sujeto para vincularse socialmente con otros.

Sennett (1980) sostiene que el narcisismo, como producto del individualismo extremo,⁴⁵ representa la dimensión psicológica de la dependencia hacia formas sustitutas de religión, como la terapéutica, con lo que se llega al punto de sentir una preocupación narcisista por el yo. Ejemplo de ello es que la gente esté convencida de que lo importante en la vida es la mejoría psíquica personal, la conexión con los sentimientos propios, de ingerir alimentos saludables, de tomar lecciones de ballet o danza del vientre, de imbuirse de la sabiduría oriental, de trotar, de aprender a “relacionarse”, de superar el “miedo al placer”, es decir, se ha construido una necesidad de atender los asuntos del yo.

Según Lasch (1999), el narcisismo deriva de la pérdida de un sentido de la comunidad histórica, una pérdida del sentido de pertenencia a una secuencia de generaciones originada en el pasado y con implicaciones en el futuro,⁴⁶ en que —al contrario de lo señalado por Sennett— lejos de promover la vida privada a expensas de la vida pública, cada vez se vuelve más difícil hacer amigos, lograr encuentros amorosos o matrimonios duraderos. Esto provoca que las relaciones interpersonales adopten las características de una lueha, belicosidad que debilita los vínculos sociales y refleja una defensa narcisista ante la dependencia.⁴⁷

Pensar la vida social contemporánea en términos de una tendencia al narcisismo, lleva a identificar algunos indicadores que den cuenta de ello. Es el caso de los medios

⁴⁵ Para Sennett (1980: 134), hay una diferencia entre individualismo y narcisismo. El primero lo retoma de otros teóricos que lo entienden como “un sentimiento apacible y moderado que lleva a cada ciudadano a aislarse de la masa de sus iguales y a retirarse en el círculo de su familia y sus amigos [...]. Además, habiendo creado esta pequeña sociedad para su tranquilidad inmediata, abandona voluntariamente la sociedad mayor para seguir su propio camino”. Mientras que para él, el narcisismo es el que lleva al individuo a percibir la sociedad como un reflejo de sí mismo.

⁴⁶ Por lo que para este autor, posterior al torbellino político de los sesenta, del siglo pasado, los ciudadanos occidentales se replegaron a cuestiones puramente personales. La mejoría psíquica personal, el cuidado del cuerpo y, particularmente, la terapéutica, generaron la pérdida del sentido de la comunidad histórica y se centraron en el yo, en el bienestar personal, en la salud y la seguridad psíquicas, por lo que el narcisismo representa la dimensión psicológica de esa dependencia al *self* (Lasch, 1999).

⁴⁷ Lasch (1999) considera que las nuevas modalidades sociales requieren un nuevo tipo de personalidad, nuevos modos de socialización y de organizar la experiencia. Una personalidad que parece como “liberada”; que presume de una pseudoconciencia de la propia condición, de pansexualidad promiscua, fascinación por el sexo oral, temor a la madre castradora, hipocondría, superficialidad como defensa, huida de la dependencia, incapacidad para afligirse y pavor ante la ancianidad y la muerte, encuentra en el narcisismo la mejor forma de lidiar con las tensiones y ansiedades de la vida moderna.

masivos de comunicación y la publicidad, que proyectan imágenes del “nuevo hombre” o de la “nueva mujer” regidas por sus prácticas de consumo.⁴⁸

Al parecer, el consumo se ha convertido en paliativo para cubrir, al menos momentáneamente, diversas carencias afectivas. Así, consumir moda, deporte, salud e higiene se ha convertido en una nueva moral.⁴⁹ Es decir, la movilización de la afectividad en el nivel colectivo está presente en diversas manifestaciones sociales.⁵⁰ El incremento en el consumo de drogas, la terapéutica, el sometimiento a peligrosas cirugías para embellecer el cuerpo y la práctica de deportes extremos pueden ser indicadores de la búsqueda de algo que complete la felicidad del sujeto.

Aunque estos paliativos se utilizan como recursos para lograr el bienestar psicológico y la felicidad personal, no logran sustituir los lazos afectivos entre las personas y mucho menos abatir la sensación de vacío o el deseo por tener la relación perfecta que impone un supuesto modelo ideal. Es decir, en la sociedad existen expresiones que reflejan malestares y molestias como resultado de la falta de capacidad para cubrir los requisitos de una intimidad acorde con los nuevos modelos de persona. Aun así, estos paliativos sí representan recursos alternativos para algunas personas.

De igual forma, es frecuente observar que las personas consideran cada vez más que toda relación interpersonal debe proporcionar beneficios mutuos. En este sentido es clara la tendencia a buscar y mantener vínculos con individuos que permitan reflejar la imagen que cada quien quiere dar de sí y que desea que reconozcan los otros. Por ello, se selecciona únicamente a aquellos sujetos que se considera que pueden contribuir a un enriquecimiento personal, y con ellas se busca establecer relaciones profundas, sinceras y abiertas, con lo que se conforma un pequeño círculo familiar o de amistad. Así, la

⁴⁸ María de Fátima Severiano (2005: 27) analiza y cuestiona el siguiente perfil “sociológico” y “psicológico” del “consumidor potencial”. “Perfil psicológico – Actitud ante la vida: individualista. No se aferra a nada. Egocéntrico. Liberal. Su libertad está por encima de todo. Seguro de sí mismo. Autorreferente. Los cambios son una constante en su vida. Dinámico. Su actitud es la actividad constante. Con temperamento, carisma y fuerte personalidad. No se deja influenciar fácilmente. De gran serenidad. Sabe mantener el tipo. Práctico en función de sus intereses. Le preocupa y cuida su imagen, pero le gusta ser único. Es exquisito y exigente en sus gustos. Lo tiene todo en sus manos: imagen, seguridad, dinero. Es un aventurero empedernido. Siempre dispuesto al ¿por qué no?”

⁴⁹ En el caso de la moda, al parecer, ha dejado de ser apariencia para convertirse en personalidad profunda (Fernández: 2000: 12).

⁵⁰ Pablo Fernández (2000: 13) señala que la afectividad mundial está en plena efervescencia, pero esta afectividad colectiva se escapa a toda lógica racional, a toda posibilidad de explicar sus razones y sus motivos, crece y madura en la ausencia del lenguaje “cuando se calla el *logos*, se oye el *pathos*”.

persona cultiva solamente aquellas relaciones que considera que fortalecen al yo. Podría decirse que con ello se resta importancia, se desatiende y se muestra incluso indiferencia ante el resto de la sociedad. Asimismo, se pierde interés en otras posibilidades de mundos y la “sociedad”, como un todo, puede volverse impersonal y poco atractiva y gratificante.

Sirva el siguiente anuncio como ejemplo de una serie de malestares que emergen y se manifiestan como sentimientos de depresión, vacío y soledad. Como se ve, tiende a ser trastornos más cercanos a la afectividad.



Los sentimientos de vacío interior, soledad e inautenticidad que aquejan a la sociedad actual, no son de ningún modo irreales ni carecen de contenido social. Además, abarcan a la sociedad en su conjunto dados los peligros y las incertidumbres circundantes y la pérdida de certeza en el presente y de confianza en el futuro. Estos malestares representan síntomas de un desajuste en las condiciones de vida y reflejan las molestias e insatisfacciones que experimentan los individuos ante ellos.

La interrogante es si el desinterés por la vida social y el sentimiento de que el mundo social no satisface las necesidades afectivas y emocionales de los individuos están conduciendo realmente a un narcisismo que se centra cada vez más en el individuo y no en la sociedad, la cual, hay que decirlo, produce las condiciones para que se dé tal

situación. Tal parece que en este tipo de servicios que se ofrecen a la población, el problema radica en la psique de las personas y no en la sociedad, pues la visión se centra en la persona “enferma” y no en una sociedad impersonal y deshumanizada.

En semejante estado de cosas, las condiciones de vida social exigen mayor competitividad entre hombres y mujeres y, en general, mayor superficialidad en las relaciones. Todo apunta a la conformación de hombres y mujeres esencialmente antisociales, más preocupados por su bienestar y gratificación personales que por una mejora de los intereses colectivos.

Si se tiene la impresión de que la vida pública actual se caracteriza por la superficialidad de las máscaras, las imágenes creadas y la apuesta por la personalidad del individuo, se genera un temor ante la sinceridad y la confianza en la gente, además de que se dificulta la interacción cara a cara y se obstaculiza el intercambio y el contacto personales en espacios públicos e incluso privados. En las clases medias urbanas en particular, con alta densidad de población, se considera una intromisión detener la mirada para observar los actos de otros o ponerse a intercambiar palabras con desconocidos, quienes incluso en algunos casos pueden sentirse violentados. Sin duda, habría que considerar las pautas y dinámicas de relación impuestas por los tiempos y estilos de vida de las grandes ciudades en que prevalece la imposibilidad de acercamiento, así como el sentido que está adquiriendo la otredad. En otras palabras, la significación del otro representa un elemento importante en la conformación de la mismidad y en las relaciones que el sujeto establece en el entramado social.

¿A dónde se dirige la sociabilidad cuando se tiene la creencia de que la propia capacidad y responsabilidad personal son la solución para los problemas de una impersonalidad que se deposita en las capacidades individuales para el éxito y la felicidad de toda persona? Si bien es cierto que no se es media naranja de nadie, sino que cada persona es un ser completo e íntegro, también es verdad que somos lo que somos en función de los demás.

La abundancia de manuales, guías, obras psicoterapéuticas e instrucciones de autoayuda plantean que el trabajo individual es la solución para varias problemáticas de las personas. Se piensa que el problema radica en el mismo individuo, pero ello no

necesariamente implica mayor conciencia política, compromiso con la comunidad o solidaridad con la humanidad. Simplemente promueve, en el mejor de los casos, un cambio de actitud. Lejos de afianzar los lazos sociales, los cambios en materia de democracia, de derechos individuales y ciudadanos han enfatizado el carácter de la individualidad. Esto ha acarreado igualmente un mayor acento en las características y atributos personales como determinantes para la sociabilidad en la interacción social donde, pese a todo, el individuo se siente vacío o disociado de la gente que lo rodea.

La vida urbana moderna, caracterizada por la complejidad de su composición, funcionamiento y alta inclinación hacia el individualismo, ha desatado una situación paradójica: ante una mayor distancia interpersonal y una valoración positiva hacia el individualismo, se desea establecer relaciones cercanas y profundas con otras personas. La intimidad se ubica así como el punto que se evita pero, a la vez, como un objeto deseado de gran valor. O puede ser que se le otorgue mayor importancia al existir condiciones menos favorables que posibiliten su realización. Ante ello, más que asimilar la idea de intimidad a una naturaleza humana, ésta puede percibirse como condición humana en tanto las situaciones de tipo materiales, como las económicas y laborales, así como las demandas sociales y culturales, determinan formas particulares de vivir la afectividad. Tal parece que las sociedades modernas propician que los individuos establezcan vínculos sociales desligados del sentido de comunidad, forma de afectividad que exalta el valor de la sociedad de consumo, del individualismo, y con dificultades para establecer lazos sociales estrechos.

2.3 El concepto de intimidad en los hombres

En este apartado se analizarán las concepciones que tienen los hombres entrevistados respecto de la intimidad. Éstas se contrastarán con el desarrollo teórico que se ha dado al tema. Tales concepciones surgieron durante el desarrollo de las entrevistas y con base en ellas se ha organizado el material. Los testimonios recabados dan cuenta de la diversidad de sentidos que tiene la intimidad. Sin embargo, en general, los hombres refieren ideas o conceptos que se pueden agrupar en tres tendencias: 1. considerar la intimidad como una experiencia consigo mismo, que es única e intransferible; 2.

percibirla como una cualidad de la relación que fortalece y enriquece la vida interpersonal y 3. en mucho menor medida, verla como una experiencia ocasional, única e irrepetible.

2.3.1 La experiencia consigo mismo

La intimidad, como experiencia individual, ha representado una de las formas más presentes en el discurso de los hombres. En primer lugar, los hombres aspiran a establecer una intimidad consigo mismos. Así, el autoconocimiento, la introspección y la reflexión representan medios que les posibilitan dicha intimidad y les permiten tener un mejor manejo de su persona en la vida social, lo que se contrapone al hincapié que se hace en la bibliografía especializada donde se considera la intimidad como una relación diádica y recíproca (Strikwerda y May, 1992).

De manera reiterada, los hombres entrevistados consideran que tener intimidad con ellos mismos les genera mayor bienestar. El sentido que le otorgan a este concepto pone al yo en el centro de atención, convirtiéndolo en objeto de reflexión y conocimiento. Esto ubica la intimidad en una perspectiva personal e individual más que relacional; no implica cercanía con otros ni, necesariamente, contacto con las propias emociones o con el propio cuerpo. Pero, ¿qué implica el conocimiento de sí? ¿Por qué es importante para los hombres establecer una intimidad consigo mismos?

En el material de las entrevistas pueden identificarse tres tendencias o intereses particulares de los hombres sobre el conocimiento de sí: a) la intimidad como un espacio que se construye con uno mismo y que, mediante la autorreflexión o la introspección, permite un conocimiento profundo de sí mismo, esto es, la intimidad como medio para el conocimiento de sí; b) la intimidad como espacio que contiene todos aquellos aspectos negativos, destructivos o vergonzantes rechazados por la sociedad y por el individuo mismo. y c) la intimidad como autoconocimiento que permite establecer relaciones positivas y constructivas con otras personas.

a) El conocimiento de sí:

Yo pienso que intimidad es desnudarse a sí mismo, o sea, desnudar tu alma y afrontar todo [...] No puedes tener intimidad con otras personas si tú no te conoces a ti mismo (Grupo jóvenes).

El autoconocimiento parece ser una de las principales formas de intimidad que experimentan los hombres. La intimidad, en este sentido, se traduce en diálogo interno, conciencia, confrontación, aceptación e individuación, aun cuando sabemos que en el fondo no existe la individualidad en forma pura, pues siempre está además la alteridad que constituye parte de nosotros y que permite el diálogo interior.⁵¹ Sin embargo, este aparente egocentrismo posibilita a los sujetos masculinos establecer una comunicación consigo mismos y, al menos en teoría, les permite conocerse.

La intimidad, vista por los hombres como el conocimiento de sí, lleva a pensar en diversas conexiones, como establecer una relación entre saber y poder, poder que da el control y el manejo, al menos aparente, de las propias condición, historia, capacidades y limitaciones, así como de una particular forma de contacto social, individualista o relacional, que denota en el sujeto un determinado manejo de la cercanía o distancia social y personal.

Pensar la intimidad no como una relación diádica sino personal y entenderla como el conocimiento de sí permite traer a la reflexión el análisis de Foucault (1990) sobre las tecnologías del yo.⁵² Dichas tecnologías representan el interlocutor interior del sujeto: uno mismo que permite la reflexión acerca de los modos de vida, las elecciones de existencia, el modo de regular la conducta y fijarse uno mismo fines y medios. Estas tecnologías que van del “ocuparse por uno mismo”, que incluye el “conócete a ti mismo” de Delfos, al examen de conciencia, la reflexión, el análisis y diálogo interior,⁵³

⁵¹ Chodorow (2003) menciona que aunque pensemos en un nivel intrasíquico e individual siempre estaría introyectada la figura del otro, por lo que ese diálogo interno siempre será con el otro. Pero entiendo ese otro como un todo social, todo aquello que no es él.

⁵² Foucault las define como las técnicas que permiten a los individuos efectuar un cierto número de operaciones en sus propios cuerpos, en sus almas, en sus pensamientos, en sus conductas, y de un modo tal que los transforme a sí mismos, que los modifique, con el fin de alcanzar un cierto estado de perfección, de felicidad, de pureza o de poder sobrenatural.

puede decirse que permiten vivir mejor a las personas. Para los griegos, lo anterior se relacionaba con ser mejor persona y ciudadano y, para el cristianismo, con lograr la iluminación y el contacto con Dios.

Contrario a la concepción del “cuidado de sí” al que se refiere Foucault, en este estudio los hombres visualizan el conocimiento interior, la introspección y la reflexión personal como formas de experimentar la intimidad. En el mejor de los casos, éstas posibilitarían maneras de establecer vínculos cercanos con otras personas, es decir, establecer relaciones de intimidad. Sin embargo, en el discurso no aparece un propósito que vaya más allá del bienestar o satisfacción personal. Al parecer, lograr el modelo ideal de intimidad se mantiene como fin único: revelar la verdad de sí como forma de sentirse cerca a otra persona, dejando de lado al grupo social, a la colectividad.

El análisis de Foucault muestra las formas de subjetivación que han hecho del sujeto un ente que tiende a la revelación de la verdad. Desde la visión de Foucault, los mecanismos de poder del yo constituyen formas de control del sujeto sobre sí, que responden a dinámicas de funcionamiento y organización social particulares, así como a relaciones de control y poder de las instituciones o grupos sociales sobre los individuos. Si en la época romana el trabajo sobre sí implicaba una relación individuo-Estado y con el cristianismo una correspondencia siervo-Dios, en la actualidad parece obedecer a una cosmovisión individualista, centrada en el sujeto, en que él es el responsable de su ser y de su hacer.

Para los entrevistados, el autoconocimiento tiene funciones prácticas para sobrellevar la vida social, los estilos de vida y las condiciones y situaciones laborales o familiares. Significa una desconexión del mundo externo –problemas, competencias, infidelidades, luchas constantes–, lo cual implicaría a su vez un relajamiento, un

⁵³ El “cuidado de sí” incluía el famoso precepto delfico: “conócete a ti mismo”. Pero, según Foucault, se tratan de distintas formas del yo. Ya para los siglos I y II la nueva forma de experiencia del yo implica la introspección mucho más detallada, y es casi una transcripción de un estado de conciencia. Con el cristianismo, que pertenece a las religiones de salvación y con ello también una religión confesional, se retoma la idea de que la pureza del alma es una consecuencia del conocimiento de sí, y con el fin de acceder a la luz, a la iluminación, se requiere el descubrimiento del yo. Una de las formas principales de revelación del yo puede caracterizarse por la palabra *exomologesis* o reconocimiento del hecho, reconocimiento como pecador y penitente. Finalmente, dice Foucault, que desde el siglo XVIII hasta el presente, las técnicas de verbalización han sido reinsertadas en un contexto diferente por las llamadas ciencias humanas para ser utilizadas sin que haya renuncia al yo.

distanciamiento de ese mundo agresivo para reflexionar sobre su yo interno, el que debe fortalecer para superar las vicisitudes de la vida diaria, pero particularmente para proteger la llamada reserva, el espacio simbólico que permite resguardar para sí los aspectos personales que se consideran muy privados.

Al analizar los testimonios siguientes, se pueden identificar dos elementos importantes. En primer lugar, el sentido del autoconocimiento como medio para acceder a la intimidad. En segundo, el sentido instrumental de la intimidad, que sirve para encontrar el mejor desempeño y aprovechamiento de la vida cotidiana al planear, dar solución a problemas y establecer metas y proyectos futuros.

Antes de que haya intimidad con algo más, primero debe haber una intimidad interior. Tuve que conocerme, que analizarme, que soy capaz de hacer, ver mis virtudes mis defectos, saber realmente a que estoy dispuesto a proponerme [...] esa intimidad de hablar conmigo mismo y decir: estoy en este lugar, tengo estas posibilidades, qué es lo que quiero, qué es lo que realmente puedo hacer y de dónde voy a partir (Grupo jóvenes).

Saber qué quiero de mi vida, saber hacia dónde quiero ir, tratar de encaminar toda esa energía, y lo que siento hacia el objetivo, hacia el que quiero llegar. A veces no tiene uno tiempo en el trabajo, ni de relacionarse con las amistades, porque sale o huye uno de los problemas. Planear a futuro, me la paso planeando qué hacer más adelante, y trato de encaminar ese esfuerzo a esto, que le podría llamar momentos de mi intimidad (Daniel).

La intimidad, en este sentido, podría responder más bien a la noción de un sujeto que aspira a revelarse una verdad construida por sí mismo, desvinculado e incrédulo ante sus semejantes y asimilándose más al llamado narcisismo social que al “trabajo de sí”, que en el sentido griego llevaba a ser mejor ciudadano. Los hombres llevan a cabo la vivencia de la intimidad en silencio y soledad. Asimismo, representa una forma de renovar la confianza, porque se asume que es la propia persona la única en que se puede confiar. Esta tendencia se podría explicar, principalmente en los hombres, en razón de que a ello subyace la idea de ser un sujeto independiente, autónomo y autosuficiente, todos elementos presentes en la ideología de género y en la subjetividad masculina.

Por lo tanto, la intimidad entendida como autoconocimiento, elude el compromiso con otro y, aparentemente, se limita a un diálogo con el propio yo. En el mundo social, no podemos olvidar que somos “alguien” en virtud de que existen otros,

que somos “yo” porque hay un “tú” o un “nosotros”. Si bien somos individuos singulares y quizá únicos, ello es gracias a que estamos inmersos en una red de relaciones simbólicas e intersubjetivas que permiten establecer diferencias y similitudes entre los seres humanos. El siguiente testimonio deja ver que ese conocimiento interior debería posibilitar, en su diálogo con el exterior, relaciones de mejor calidad con el mundo, un mejoramiento en los vínculos que se establecen con otros sujetos pues, de lo contrario, se queda en lo utilitario.

La primera intimidad es con uno mismo. La intimidad es algo que sólo tú tienes, lo que realmente eres, no lo que nos decimos, es el producto de un diálogo interno. La intimidad reposa, obviamente, en la individualidad, y esa individualidad permite o no, dependiendo de condiciones económicas y culturales, un diálogo entre lo que te ocurre afuera y lo que tú realmente eres. Entonces, si no tienes ese primer diálogo interno, la intimidad se puede convertir en el terreno de lo instrumental y no vamos más allá. En nuestra cultura no hay educación para reconocer los elementos internos que tiene tu intimidad, tu ser tú mismo, entonces ahí se debe empezar (Grupo adultos).

Pensar la intimidad como una relación consigo mismo, en los términos descritos en el testimonio, lleva a plantear que ésta se constituye como un recurso que, al racionalizarse, permite acciones estratégicas, con lo que se acerca más a una instrumentación del sentimiento que a una escucha y atención de las emociones y el cuerpo. Asimismo, no se niega la posibilidad de que el llamado diálogo interno se limite a manipular los sentimientos para lograr fines específicos, más allá de lo que el individuo se permita vivírselos internamente y externarlos.⁵⁴ Se podría pensar que el no compartir o mostrar lo que se guarda en la reserva representa una estrategia para preservar una imagen de fortaleza emocional ante el mundo externo, ante todo y ante todos.

⁵⁴ El ser humano, en su proceso de socialización y desarrollo, va manejando la capacidad de ser cauteloso y guardarse para sí determinados pensamientos y sentimientos. Castilla (2001: 140) señala que el niño de dos a tres años descubre su mundo interior, su intimidad: “descubrimiento de la absoluta propiedad de sus representaciones, pensamientos, fantasías e imaginaciones, de sus objetos internos”, ámbito propio, exclusivo de él, creado a partir de la capacidad de mentir con éxito. Es decir, de poder pensar o sentir de manera distinta a lo que dice que piensa o siente. Esto es, comienza a ocultar su interioridad ante diversos acontecimientos que va viviendo en su interacción con el mundo, ello se va conformando en el mundo de la interacción social.

b) Lo abyecto:⁵⁵

La intimidad son cosas que te pasan o cosas que haces que la sociedad pueda interpretarlas como mal, por eso son íntimas, por eso son tuyas. La sociedad tiene su forma de pensar (Grupo jóvenes).

Como ha sido señalado antes, la intimidad remite en algún sentido a aquello que permanece oculto de la mirada pública, e incluso ante la propia; de eso que no se habla y que implica determinada relación de cercanía o distancia, de conciencia o aceptación de uno mismo. Es decir, se podría referir al diálogo interno que los individuos mantienen con aquellos aspectos que les disgustan o incomodan.

Abyecto, en tanto la normatividad social excluye lo diferente y establece una clara distinción entre lo legítimo de lo ilegítimo, ocupando, en este caso, ciertos aspectos de índole privada e íntima el lugar de la ilegitimidad. Sin embargo, ese lugar de abyección también posibilita al sujeto resignificar el orden y configurar los sentidos de lo moral e inmoral. El sujeto abyecto se concibe como una toma de posición respecto al orden simbólico (Dominguez: 2001: 31), lo que le permite dislocar dicho orden y distanciarse de la norma.

Los hombres entrevistados también consideran como intimidad ese espacio llamado reserva, misma que da cobijo a lo abyecto. En este sentido, la reserva representa el lugar de la indefinición y del distanciado de la norma que carga con todo el peso de la moral y del deber ser. La intimidad consigo mismo permite resguardar aquellos pensamientos, ideas, sentimientos y deseos —de todo lo cual está consciente el sujeto—, que dañan y dificultan la relación interpersonal. Así lo podemos observar en los siguientes testimonios.

La intimidad es muy tuya y es vulgar⁵⁶ y secreta (Grupo jóvenes).

⁵⁵ El sentido del concepto “abyección” va referido en el habla corriente al “estado en el cual las cualidades personales y morales de un hombre han llegado a su nivel más bajo” (Fundación Cultural Televisa, Diccionario Anaya de la Lengua).

⁵⁶ El concepto vulgar refiere a la carencia de educación o de distinción: una persona poco distinguida (Larousse Diccionario Enciclopédico).

Yo creo que es como un diálogo interno del individuo y es impenetrable; también hay pensamientos que uno tiene que si se externaran serían terribles. Como a veces los hijos deseamos que se muera el papá, tu mamá; bueno, lo piensas, quisiera matarle o no sé qué [...] ciertos pensamientos que tendrían consecuencias terribles externarlas, e incluso con los deseos de ejercer la autoridad, que hasta cierto punto es inevitable (Grupo adultos).

Una lectura de esta visión de la intimidad es considerar que los mecanismos psíquicos del propio individuo llevan a conformar una reserva, a la cual se remiten a su vez los aspectos que atentan contra el yo y contra la imagen que el sujeto ha construido de sí y de la imagen que ha elaborado para los demás. Si la interacción social humana se basa en un interjuego de imágenes, se ponen en peligro la credibilidad, el trato, el reconocimiento y la respuesta de los otros sujetos con que se interactúa. Pero el sujeto se cuida primero ante su propia imagen, porque es doloroso asumir ciertos aspectos de la propia persona. Sin duda, de igual manera, determinados pensamientos y sentimientos se llevan a la reserva para evitar lastimar a las personas con las cuales se establecen lazos afectivos fuertes.

En la relación con los otros, se pueden producir daños emocionales, particularmente a las personas más cercanas y vinculadas afectivamente. En la interacción cotidiana se pueden suscitar diversos sentimientos de rechazo, de agresión o de violencia. Si todo lo que se piensa o se siente se externara, se lastimaría a la otra persona y al vínculo establecido entre ambos, con lo que se produciría culpa o arrepentimiento. Por esto se valora la reserva como un lugar que resguarda diversos aspectos que atentan contra el equilibrio de la interacción social.

La intimidad pareciera ser un espacio al que se remite aquello que la conciencia castiga, un lugar que guarda los pensamientos, los actos o los deseos que dañan la imagen del individuo, la identidad del sujeto, un lugar en que se guardan los sentimientos negativos y los pensamientos ocultos. Lo anterior posibilita esa parte oscura de todo ser humano que remite a la existencia de algo escondido y que da lugar al secreto.

c) El conocimiento de sí para la intimidad

Al igual que la confianza, yo pienso que la intimidad viene de nuestro propio interior y es hacia fuera. La intimidad en los hombres tiene que pasar por esa etapa de confianza [...] Mi intimidad es un sentimiento hacia mí mismo [...] la intimidad radica ahí, pero primeramente viene de uno mismo (Grupo jóvenes).

El autoconocimiento y la reflexión interior para fortalecer los lazos afectivos con otra persona es la tercera tendencia de los significados que le atribuyen a la intimidad los entrevistados. Así, se tienen la visión del conocimiento de uno mismo y la reflexión como requisitos indispensables para posibilitar la intimidad con las otras personas.

¿Por qué debe surgir primero la intimidad con el sujeto mismo antes que con otro? ¿Se podría pensar que es una forma de mantener el control? El autoconocimiento o la introspección permiten tener elaborados algunos aspectos personales, particularmente aquellos que son puntos críticos en las relaciones interpersonales, esto es, aquellos que han sido causa de conflictos, frustraciones, desencuentros o simples molestias. Lo anterior surge tanto para tener una forma de autocontrol como para evitar el control de otros sobre uno mismo. Si se pueden identificar los puntos débiles, se pueden prever y disminuir riesgos porque, si “los sentimientos no están dentro de uno, si acaso uno está dentro de ellos” (Fernández: 2000:30), significa que las personas no controlan los sentimientos, sino que son éstos los que dominan a las personas.

Si el sujeto sabe que determinada emoción lo desestabiliza, la reacción es evitar ese sentimiento, bloquear y desalentar la sensación que lo provoca. Antes que afrontar, vivir y superar ese problema o sentimiento, se evita, rehúsa o rechaza, por lo que puede representar más a un desconocido al que se le teme que una experiencia adquirida, procesada y elaborada por el individuo.

Plantearse conocerse a sí mismos para conocer al otro y tener una intimidad consigo mismo para tenerla con otros, resulta en principio fundamental para la vida personal y social. Aun así, desde otra lectura, también significa que el sujeto es el centro de referencia y el punto de partida. No se reconoce al otro como un sujeto que, en la

interacción con él o ella posibilita también una transformación de ambos; tampoco se parte de un contacto de empatía y conexión con el otro: es el “yo” antes que el “tú” o el “nosotros”. Pero esta visión conlleva la desventaja de caer en el extremo de un soliloquio, de un individualismo exacerbado.

De igual manera, se pensaría que si el sujeto no se conoce o no tiene una intimidad consigo mismo, no podrá tenerla con otros, pues estaría inhabilitado y sería incompetente para establecer este tipo de vínculos. De ello se deduce que el sujeto no considera al otro como interlocutor y medio para el autoconocimiento, del cambio propio y la transformación propia. Entonces, ¿cuál es la finalidad del autoconocimiento sino la de establecer relaciones interpersonales más éticas y placenteras?

Un punto importante que hay que considerar es que el lenguaje que se construye para el diálogo interno o interpersonal debe posibilitar un mayor entendimiento entre los sujetos inmersos en una red de intercambios que participan en el entramado social.

2.3.2 La intimidad como elemento de vínculo con el otro

Para los sujetos que consideran la intimidad como producto de la interacción entre dos personas, el autoconocimiento o la intimidad consigo mismos no son condiciones para experimentarla con otra persona. En el vínculo con el otro se hace referencia, fundamentalmente, a las relaciones amorosas, de amistad o familiares. A la visión de la intimidad como resultado de la relación personal entre dos o más individuos, los hombres entrevistados la han considerado como segunda en importancia, después del conocimiento de sí mismos.

Poder estar con una persona, hablar de cualquier tema, no precisamente tener sexo, implica mucho la amistad, eso entendería por intimidad; la amistad y la confianza (Daniel).

Hablar, platicar, profundizar y no precisamente de sexualidad ni de temas sexuales [...] simplemente tener intimidad con alguien. Yo disfruto mucho con mis amigos tener intimidad (Grupo gay).

Parte de la confianza que tengas con una mujer, si tienes confianza y has platicado muchas veces con tu novia, puede que le puedas contar tus cosas íntimas (Grupo jóvenes).

Si se observan los testimonios, se apreciará que la intimidad se enlaza con el bienestar y la calidad de las relaciones inmediatas de los sujetos, con la pareja o con los amigos. Se considera como parte de los vínculos que permiten hablar desde cuestiones banales hasta otras personales y profundas. La intimidad se percibe como resultado de la comunicación, el intercambio de información y la reacción de esa persona en relación con todo ello. Sin embargo, el punto central y decisivo es la presencia del sentimiento de confianza.

La confianza, del latín *confiare*, se refiere a la fe o esperanza que se tiene en una persona o cosa, la seguridad en sí mismo o la familiaridad en el trato.⁵⁷ Como se ve, fe, seguridad, convicción, familiaridad e intimidad son términos enlazados. Las personas necesitan creer en otras para confiarles sus aspectos más reservados, privados e íntimos. Esto les exige ser veraces, leales y honradas. En otras palabras, es indispensable la sinceridad. Sin embargo, la interacción personal cara a cara está condicionada por el juego de imágenes y simulaciones propias de la dinámica social actual.

Considerar la intimidad como producto del vínculo interpersonal implica poner el peso en lo relacional, sin desconocer necesariamente por ello la importancia de lo individual. Sin embargo, en la investigación sobre la intimidad, este carácter relacional se ha centrado en las parejas amorosas, en los amigos y, en mucho menor medida, en la familia. Asimismo, se han considerado también aspectos conductuales para identificar y cuantificar la intimidad en dichos vínculos.

En este sentido, surge la interrogante de si se puede definir la intimidad en términos de conductas recíprocas, como dar y recibir apoyo mutuo o preocuparse por alguien. Veamos el siguiente testimonio:

⁵⁷ Fundación Cultural Televisa (1981) Diccionario Anaya de la Lengua.

La intimidad es cuando están interesados en escuchar y viceversa, y aparte que se preocupen por uno, que sepas que alguien está preocupado por ti (Grupo gay).

La acción específica de estar cerca, de dar y recibir apoyo o de sentirse amado y querido se nos presenta como lo manifiesto de una forma de intimidad en las relaciones interpersonales. Sin embargo, detrás de estos comportamientos hay sentimientos que permiten la conexión profunda de un individuo con un otro. Es decir, permiten la conformación de un lazo íntimo, basado en la seguridad y fortalecimiento del yo. No es simplemente el hecho de compartir una actividad, sino que esa actividad representa para el individuo sentirse ligado a otros, ser aceptado, reconocido o amado. La acción en sí misma no contiene una carga afectiva, sino el sentimiento se atribuye con base al tipo de relación que establece la persona, y que permite hablar de aspectos relevantes y significativos de sí mismo.

Como la intimidad se desarrolla comúnmente en relaciones de pareja, en la familia o con algunos amigos, sería aventurado decir que –por medio de las revelaciones– siempre está presente en estas relaciones y en todos los aspectos de la persona. La información personal se fracciona y se diferencia a las personas en quienes se puede confiar. La experiencia de la intimidad es diversa y compleja, pues requiere considerar el tipo de relación, la persona, el tipo de información, el momento, el contexto y las consecuencias que tendría para el individuo.

2.3.3 La intimidad como experiencia

En el discurso de los hombres entrevistados estuvo poco presente el sentido de intimidad como una forma de canalizar o dar salida a la necesidad de hablar, compartir y expresar emociones, y de resolver algún problema específico o preocupación. Sin embargo, los jóvenes identificaron la intimidad con momentos esporádicos, fugaces, únicos e irrepetibles, pero altamente significativos, intensos y gratificantes. Esta perspectiva presenta diversos aspectos relacionados particularmente con el tiempo y el espacio, que requieren ser analizados.

a) En relación con el tiempo, los teóricos han hecho la distinción entre una relación íntima y una experiencia íntima (Olson, 1975). La “relación” íntima implicaría el proceso a lo largo del tiempo en que la persona llega a establecer lazos de mayor cercanía. Por su parte, la “experiencia” íntima implicaría encuentros momentáneos, aunque profundos e intensos. Otra distinción es la de una “relación” íntima y una “interacción” íntima (Prager, 1995). Esta última se considera como diálogos entre las personas, mismos que reúnen ciertas características específicas que se pueden discutir momentáneamente. A su vez, Prager divide la interacción íntima en conductas íntimas y experiencias íntimas.⁵⁸

El siguiente testimonio permite observar la imposibilidad de algunos hombres para enmarcar la intimidad en una relación cuyo requisito sea el transcurso del tiempo según el cual se puedan denominar como íntimas algunas relaciones:

Me estoy acordando de muchos momentos, pero no sé, no sólo con una persona. Yo creo que es un momento de estar ligado con la pareja. Bueno, son muy pocos momentos. Uno como individuo se llega a ligar con la pareja, y si no descubres ese momento te lo perdiste, porque jamás, jamás se repite. Con la pareja puedes estar algún día, estoy pensando en una amiga, otra, hasta con amigos que he estado en momentos de mucha emoción, y si no hubiera estado en esos momentos no sería esos momentos (Lauro).

Indudablemente, aquellos que consideran la intimidad como una “relación” suponen el fortalecimiento del vínculo personal por el simple paso del tiempo. Sin embargo, no siempre es así esto. Si se considera la intimidad como la cercanía emocional y el conocimiento profundo entre personas, resulta evidente que, en un vínculo de pareja, la convivencia y la cercanía cotidianas posibilitan un mayor conocimiento mutuo y una dinámica de relación más estructurada. Pero ello no garantiza que se establezca una relación íntima en términos de confianza y apertura

⁵⁸ Las experiencias íntimas serían los sentimientos y las percepciones que las personas tienen durante sus interacciones íntimas (calidez, placer y afecto). Asimismo, son definidas como poseedoras de componentes afectivos y cognitivo-perceptuales. La conducta íntima se refiere a las conductas observables de las personas comprometidas cuando interactúan íntimamente.

mutua, sino que simplemente se da por hecho que, a lo largo de los años, las relaciones entre personas alcanzan mayores niveles de confianza y sinceridad.⁵⁹

En el caso de un entrevistado. Felipe, quien comenta que la comunicación es la base de su matrimonio, habla con los amigos sobre sus encuentros sexuales con otras mujeres y nunca lo habla con la esposa. ¿qué se entiende cuando se dice que una pareja tiene intimidad basada en la sinceridad y en la confianza? ¿Se podría plantear dicha comunicación en una pareja sobre todos los aspectos de la persona? ¿Durante toda la duración de la relación? ¿De tiempo completo? Es decir, calificar de íntima o no íntima a una relación implica volver estático y permanente una relación compleja, contradictoria, ambivalente e indeterminada, porque ninguna relación está dada de antemano.⁶⁰

Bien se llame relación, interacción o experiencia íntima, los hombres entrevistados hablan sobre momentos significativos que consideran íntimos y que pueden darse tanto en una relación de pareja de varios años y en relaciones no tan cercanas ni familiares. Con ello, se puede hablar de vínculos de parentesco, de pareja, de amistad, amorosas, sexuales, laborales, vecinales o hasta experiencias circunstanciales, anónimas, esporádicas y furtivas. El síndrome del viajero, el servicio de apoyo telefónico, los encuentros sexuales, entre otros, constituyen ejemplos de diversas experiencias en donde se revela información personal y relevante para la persona, pero ¿a todo ello se le puede llamar intimidad?

La información proporcionada a un terapeuta, sacerdote, médico o abogado puede ser muy privada y personal y corresponder a ese espacio denominado “reserva”, pero no puede ser catalogada como una relación de intimidad, porque tales vínculos están determinados por una relación profesional, y no se trata, por lo tanto, de una relación que coloque a los interesados en una posición de igualdad. La relación íntima implica encarar una relación sujeto-sujeto, afrontar y confrontarse con el otro, no

⁵⁹ Está documentado que las relaciones matrimoniales de algunos hombres en donde hay amor hacia la pareja están cruzadas por el miedo, la desconfianza y la negativa de proporcionar información personal por el temor de verse vulnerables frente a sus parejas. Estos hombres llegan a establecer mucha mayor apertura con amistades del mismo sexo o del sexo contrario (Jiménez, 2003).

⁶⁰ En este mismo sentido apunta el comentario de Gergen (1992: 72) con relación a los *test* psicológicos, los cuales “suponen que las personas son congruentes o estables a lo largo del tiempo”.

simplemente verbalizar aspectos muy internos para nunca volver a ver después a la persona.

La intimidad no implica exclusivamente una exposición del yo, sino también los sujetos esperan de los vínculos íntimos compromiso, confianza y correspondencia mutua. No todo consiste necesariamente en la revelación de información personal, sino también diversas prácticas y complicidades que representan vivencias complejas en que entran en juego elementos presentes en la intimidad.

La pregunta “¿Con cuál pareja te has sentido más en confianza, más libre para ser tú?” Lauro responde:

Bueno, esta chava de Aguascalientes todo muy bien. Pero sin embargo, le pagué a una scxoscrvidora en Veracruz. Mis respetos, también con ella súper bien [...] me da gusto recordarla y si vuelvo a ir, la voy a buscar como ya lo he hecho. Está súper bien [...] se compaginaron para mí, la amistad de esta chavala, que tomaba drogas, que le gustaba bailar, que disfrutó rico, que yo también disfruté rico.

Si se considera la intimidad como una cercanía y una comunicación profundas que se dan con el paso del tiempo, se observará que gran número de las relaciones prolongadas no logran alcanzar la calidad de íntimas. Incluso, como en el caso del testimonio anterior, puede llegar a ser más cercana y profunda una interacción por pasajera que sea, que veinte años de vida en común. Lamentablemente, este tipo de interacción no permite construir un vínculo sólido y sustentable en que basar la intimidad.

Una situación de confesión en que las personas verbalicen –por angustia, desesperación o ansiedad– aspectos personales no implica necesariamente una relación íntima, porque una relación de esta naturaleza no puede ser anónima ni impersonal. Así, se podría considerar que dos personas que, después de diez minutos de conocerse tuvieron sexo por tres horas seguidas, no tuvieron una relación “íntima” sino sólo una relación sexual. El siguiente testimonio muestra cómo llegan momentos en que los hombres necesitan hablar o externar algún sentimiento o pensamiento, pero no existe disposición de la persona o personas adecuadas para ello, por lo cual un desconocido puede ser la alternativa.

Muchas veces cuesta más trabajo encontrar con quién compartir alguna intimidad, desde física o emocionalmente. No está tu cuate y no tienes con quien más compartir el problema que tuviste con tu pareja o algo. A lo mejor por eso es más difícil encontrar el momento en que yo quiero estar contigo a solas porque, “oye te quiero platicar algo”, realmente te atreves a decirlo. Luego hay cosas que ya realmente te cuesta trabajo soltarlas, hasta pensarlas, hasta tú mismo confesártelas (Grupo jóvenes).

En general, los hombres hablan en diversos momentos sobre sus aspectos personales, pero no lo hacen con vínculos cercanos que impliquen compromiso y continuidad, pues no reconocen la “necesidad” de construir relaciones que apoyen su vida emocional. Un hombre del grupo de jóvenes relató dos episodios de confesiones inesperadas de otros hombres.

Me pasó algo muy extraño, ahí por mi casa, con el chavo que menos hablo. Un día llegó a mi casa como a las once, a esas horas que entre semana sabe que estoy dormido. Toca preguntando por mí, pues nunca lo veía, y de repente me dice: “Oye, qué onda, ¿puedo hablar contigo?, pues es que tuve un desmadre anoche, tuve un pedo” [...] entonces yo le dije pues qué podía hacer, él contestó “pues nada, sólo déjame desahogar” [...] después de escucharlo y decir lo que pensaba como que ya me iba a abrazar y le digo: no güey mejor dame otro cigarro, y ya como que se quedó así y me dice, “oye güey, es extraño que se pueda hablar así contigo”, y le digo: no, gracias a ti por la confianza que me pudiste contar todo esto. Es extrañísimo que alguien que conoces en el circulito de conocidos, la persona que no habla y que nada más te dice qué pedo ¿dónde es la party?, que llegue y te diga “gracias güey, estuvo chido hablar contigo, por oírme y por darme este consejo. Pues igual, si quieres o si necesitas a alguien búscame”, y yo me quede así como que pues órale güey, gracias (Grupo jóvenes).

También otra situación, a veces es mejor fiarte de una persona que no conoces a que te fíes de una persona que conoces, que sabes que te va a quedar mal. Una vez salí de la empresa, me senté en la banca, estaba comiendo y llegó un chavo chaparrito, con unas ojeras enormes, pinche camisa de vestir toda hecha un nudo, fue lo que más me espantó, manos temblando y dice: “qué pedo güey, tengo un desmadre, tuve un desmadre bien cañón y necesito desahogarme con alguien”, y le dije: faltaba más, vamos a darnos unos guamazos, y dice él: “güey, no, quiero hablar con alguien, le pegué a mi chava, le pegué a mi esposa”, y yo así, y ¿por qué me lo dices a mí? Me dice: “es que tengo tantos nervios de lo que me va a pasar que el único recurso para platicárselo fuiste tú, a un extraño, porque mis amigos se me voltearon a la mera hora (Grupo jóvenes).

¿Qué significa para estos hombres contar aspectos o problemáticas personales al primer individuo con que se topan? ¿Significa que no han establecido relaciones de intimidad con otros u otras? ¿Qué temen contar ciertas cosas a una persona cercana?

Si la condición masculina hace que los hombres repriman la posibilidad de hablar de asuntos personales –desde problemáticas cotidianas hasta aspectos de gran relevancia para no asemejarse al estereotipo femenino caracterizado por “exceso” de comunicación– la capacidad de verbalizar se va anquilosando y sale al exterior en situaciones como las anteriores o bajo el efecto de alcohol. Sin embargo, parece ocultarse una “necesidad” de compartir diversos asuntos de tipo emocional. No se reconoce “necesitar” de los otros, porque denota debilidad, impotencia o fragilidad.

La educación y los valores en nuestra cultura han hecho que para un hombre no sea fácil manifestar la necesidad de hablar y externar sentimientos amorosos. Si los expresa, son regularmente hacia una mujer. Sin embargo, el manejo y manipulación que los hombres hacen de estos sentimientos, en el contexto de la intimidad, es una respuesta a las condiciones sociales, culturales y económicas que han prevalecido históricamente en nuestra sociedad. Esto ha conformado maneras de establecer vínculos sociales, formas de socialización y de vivir la afectividad y la emocionalidad en las experiencias de la vida social y personal.

La cultura de género permite comprender cómo se vive, se expresa y se percibe la experiencia de la intimidad en los hombres. No obstante, poco se ha observado sobre el uso y el beneficios que produce el manejo de este sentimiento. Como ha sido documentado por Guevara (2004), los discursos del amor y, agregaría, otras formas de lazos afectivos, ocultan formas de ejercicio de poder que permiten interferir en el hacer de otra persona. Prueba de ello es el silencio que presentan los hombres en sus relaciones interpersonales, lo que les permite manejar determinada posición o utilizarlo como un instrumento de violencia.

Dentro de los aspectos negativos dado el tipo de intimidad que se promueve en la sociedad contemporánea, ya también señalado por Sennett, se encuentra: una sobreexposición de los asuntos personales, una sobrecomunicación, una pérdida de privacidad o una invasión hacia las partes más reservadas de las personas. Es decir, la

intimidad no es esencialmente buena o mala, puede contribuir al bienestar personal o al mejoramiento de las relaciones interpersonales, sin embargo, en otros casos podría implicar situaciones de vulnerabilidad o incluso violencia para algunas personas. Como señala Sennett (1978: 418), "La intimidad es un campo de visión y expectativa de las relaciones humanas [...] cuanto más juntas están las personas, sus relaciones son menos sociables, más dolorosas y más frías".

Si la persona no logra establecer relaciones cercanas, como plantea el modelo de intimidad que busca la legitimación a través de las revelaciones, de la comunicación de información privada, se presenta un sentimiento de soledad, de fracaso, de vacío, de incompreensión ante la falta de compromiso y la ausencia de respuesta positiva de los otros. pero, además, en ciertas corrientes psicológicas y psicoanalíticas se les dice inmaduros, sujetos desajustados o patológicos.⁶¹

Los contenidos de las definiciones que manejan los entrevistados son claros en tanto que prevalece el compartir cosas muy personales, la comunicación profunda como forma de demostrar confianza y afecto a las personas. Asimismo, se valora de forma positiva el ser considerado buen escucha, dado que refleja en el yo un fortalecimiento de la imagen ante la percepción de ser una persona confiable.

La forma en que los hombres dan cuenta de la intimidad es diversa. En primer lugar, la refieren al asunto del autoconocimiento e introspección; en segundo, como un vínculo entre dos, regularmente entre la pareja. La tercera forma es considerada una situación esporádica y azarosa. En las formas en que se vive dicha intimidad está en primer lugar la comunicación personal y privada, así como el estar con uno mismo como medio de reflexión e introspección personal. Lo anterior, para conducirse en la

⁶¹ Para Willy Pasini (1992), el hombre oculta su demanda de intimidad tras exigencias socialmente aceptables o somatiza, se encierra en sí mismo o presenta soledad, depresión y dificultades crecientes en las relaciones afectivas. Clasifica las patologías de los hombres con respecto a la intimidad enferma, a) la libertad-promiscuidad, de personalidad *borderline* o perversa; el hombre es víctima de la perversión y de fantasías eróticas monotemáticas, carece de toda libertad de opción y de la capacidad de intimar con los demás; b) esferas de cristal, los sujetos con estructura oral, abandonada o pregenital de la personalidad sufren de "transparencia excesiva", como si el yo, demasiado débil, estuviese traspasado e inundado por las emociones, la intimidad se transforma rápidamente en necesidad de una fusión que, después de un encuentro intenso y un gran amor a primera vista, inquieta a la pareja y la hace huir; c) torres de Babel; la personalidad neurótica, de organización obsesiva, aburrida y rígida en público propicia un tipo de hombre capaz de intimar en privado y en determinadas situaciones liberar toda su sexualidad. Finalmente, el autor señala que una buena intimidad es conocimiento, es autonomía individual, es poliédrica (utilización de diversos medios expresivos), es silenciosa y exige una vigilancia atenuada.

vida, es relajación y bienestar ante la desconexión con el mundo exterior, silencio y reserva que protege del daño a sí mismos y a terceros. Es confianza, entendimiento y comprensión.

Resulta difícil plantear un cambio personal y social solamente a través del autoconocimiento interior, que si bien es parte de un proceso que permite reconfigurar el sentido de la identidad del yo, no necesariamente implica un plantamiento de transformación y cambio para el logro de un bien común, del bien social en general. Si la sociedad contemporánea está caracterizada por el individualismo, la competencia y la rivalidad, lo que importa es el desempeño personal.

De todas las posibilidades que los hombres señalan para la experiencia de la intimidad, prevalecen aquellas que connotan mayor independencia, autonomía, autosuficiencia y cierta distancia física o emocional. La intimidad, como una cualidad en el vínculo afectivo, requiere sustentarse en lazos que den seguridad y bienestar a los individuos que participan en ella.

Si se entiende el narcisismo social como la propensión a cultivar la atención al yo en detrimento de la vida pública, la tendencia al autoconocimiento y a la reflexividad personal como una intención de cuidado a sí mismo, de atención al bienestar y salud psicológica, no solamente se provee de beneficios al *self* narcisísticamente, sino también de grandes responsabilidades que, incluso, pueden estar más allá de su capacidad. Si se refuerza la idea de que la raíz de todo está en las mentes de las personas, que la causa y origen de todo está en el individuo, se está desdibujando la importancia de lo social en los aspectos considerados “íntimos”.

Por una parte, se presentan unas condiciones sociales determinadas que marcan una tendencia en las formas de sociabilidad de las personas, por ejemplo, al aislamiento y, por otra, también una atención a los asuntos personales⁶². Pero en ambos aspectos

⁶² En este sentido, se ha descuidado la perspectiva sociológica, la cual se concentra más en las características estructurales y culturales. Graham (1998) señala que mientras el nivel personal (circunstancias económicas, responsabilidades domésticas, compromisos laborales) está interesado en hechos de la vida personal, el nivel societal, enfocado en las características de las estructuras social y económica (cambios por la globalización, el mercado laboral, la infraestructura urbana), permite observar la conformación social en estos tiempos. El autor nos advierte, en el caso de la amistad, que su “naturalización” ha permitido visualizarla solamente como elecciones individuales, sentimientos y compromisos más que las circunstancias o contextos bajo los cuales es construida.

existe una convergencia tanto de la situación singular del mundo interno de la persona como de lo social y cultural. Por ello, no se descarta el trabajo sobre sí, el autoconocimiento y la introspección, por el contrario, resulta fundamental su inclusión. Sin embargo, dicho trabajo individual no debe quedar desligado de las condiciones sociales que imperan.

Desafortunadamente, la información no garantiza un trabajo de introspección y reflexión personal que permita mayor conciencia y conocimiento de su ser interior, o como le llama Foucault el “trabajo sobre sí”. Ello implicaba no sólo la búsqueda interior, sino también el compromiso con la sociedad en general y con el mundo. ¿Les hace mejores personas? ¿Mejores seres humanos? ¿Más solidarios y con mayor empatía con los problemas y situaciones de otros? ¿Incluso de aquéllos con los que tiene una llamada relación “íntima”?

Capítulo III

Máscaras y performatividad en la interacción social

En el complejo mundo social, hombres y mujeres, deben desempeñar tareas y funciones tan diversas como posiciones y papeles les exija el entorno social inmediato. De este modo, los vínculos, las redes y los grupos de pertenencia de los individuos, así como las prescripciones, expectativas y evaluaciones, quedarán determinadas con base en cada situación.

La vida social y las formas de sociabilidad que marcan las pautas de la interacción interpersonal son complejas y dinámicas, responden a condiciones internas y externas al sujeto y se configuran dependiendo del tiempo y el contexto cultural. Esto requiere versatilidad, flexibilidad y adaptabilidad por parte de las personas para lograr un adecuado funcionamiento en las esferas pública y privada. A estas esferas de la vida social se ha asimilado la contraposición entre “apariencia” y “autenticidad”. En tanto que la primera está cargada con un sentido de simulación, la segunda posee un sentido de realidad, pues se piensa que el “verdadero ser” se vive en el ámbito privado, o más específicamente, en la intimidad.

Los roles sociales y los estereotipos, en tanto marcan lugares y posiciones para hombres y mujeres, sirven de referente para la actuación de cada quien y lo que se espera de los otros. Si se plantea esta relación en términos de la existencia de lugares, papeles y expectativas sociales, así como de las formas particulares en que se interpretan y ejecutan, se podrían concebir dos escenarios: el mundo externo, o sea, el mundo social, y el mundo interno o personal. A partir de ellos se podrían analizar los recursos o instrumentos de que dispone el sujeto para interactuar cara a cara con otros individuos.

En este sentido, un primer punto lo constituye la conciencia que adquiere el sujeto de saber quién es en relación con los vínculos que establece y su desempeño en la arena pública. Por otra parte, el manejo entre la construcción de imágenes y

representaciones que recrean, en su sentido metafórico, una permanente dramatización y actuación del ser hombre, permite al individuo construir una noción de sí por medio del interjuego de proyecciones intersubjetivas. En su conjunto, lo anterior propicia que los individuos requieran el encubrimiento del rostro mediante diversas “máscaras”, mismas que posibilitan la interacción y sociabilidad entre las personas, así como la construcción del sentido de sí mismos.

3.1 Apariencia y autenticidad

Una característica peculiar de la época burguesa moderna⁶³ es la mayor contradicción interna entre “parecer” y “ser” que jamás se haya dado en la historia (Fuchs, 1996b). En esa época, la hipocresía moral dio lugar a la contradicción entre realidades e ideas. Hasta entonces, semejante contradicción había sido sólo un rasgo de determinadas capas de la sociedad, pero en la época burguesa se convirtió en característica propia de la totalidad de la población. La sola apariencia pasó a ocupar así el puesto de la realidad y aparejado a ella surgió la ley dictatorial que impuso la norma “has de parecer moral en cualquier circunstancia.”⁶⁴

Esta ideología burguesa de decencia pública y privada empezó a regir en diversos ámbitos, como en el cortejo amoroso, el lenguaje, los gestos, el comportamiento, la moda y la interacción social. Por ejemplo, la crianza de los hijos por los padres se eleva a la categoría de supremo deber moral: una madre que no alimentaba a un hijo por sí misma cometía un crimen. Asimismo, señala el autor, la prostituta, que

⁶³ Fuchs ubica que a partir de 1840 en Alemania se desarrolló con más fuerza el modo de producción capitalista y se instauró un orden social realmente burgués (*Ibidem* p.36), por lo que considera que desde la segunda mitad del siglo XIX se puede hablar de la época burguesa moderna. Misma que trajo consigo un nuevo puritanismo y la imposición de la moral victoriana.

⁶⁴ Fuchs (*Idem*) puntualiza que la hipocresía ética se manifestó de manera especial en el terreno de la moralidad sexual. En esta nueva forma ideológica, el sexo y todo lo que tuviera que ver con él llegó hasta la mojigatería más desvergonzada. En el caso particular de la sexualidad y el amor, el autor observa que la consigna era que el hombre libre no podía ni debía estar subyugado por pasiones bajas, por lo que el amor debía idealizarse y liberarse de los apetitos vulgares que se agotaban en el placer sensual, por lo que el amor sexual, purificado por la pasión auténtica, subiría su peldaño más alto en el matrimonio, proclamado como su meta primera y última el matrimonio. Aunque por otro lado, el matrimonio constituía el negocio monetario quizá más brutal y repulsivo en las clases altas. Quizá ya se pueda considerar también la inclusión de la intimidad como elemento clave en estos vínculos, además de representar la única forma de legalizar el comercio sexual.

en la antigüedad era la divinidad más alta, será degradada poco a poco hasta quedar como lo más vulgar y despreciable de las mujeres.

Por lo visto, esta doble moral de la época burguesa prevalece hasta la actualidad. Así, se mantiene un doble rasero según el cual existen una imagen y comportamientos socialmente aceptados, así como en lo privado se dan formas de ser y pensar contrarias a los mandatos sociales. Lo anterior surge no sólo en términos de la casa-calle y la familia-sociedad, sino también en una relación personal directa y cotidiana en vínculos considerados “íntimos”. Es decir, esta dualidad se ha incorporado a las formas de vínculo social necesarias para establecer un tipo de sociabilidad. Esta sociabilidad busca fincar relaciones basadas en una moralidad que califica a las personas en términos maniqueos de buenas-malas, honestas-deshonestas y confiables-no confiables.

La dualidad apariencia-realidad ha llevado también a otra visión dicotómica en las relaciones interpersonales: una comunicación superficial y una comunicación profunda. Ello implica que se prive de cierta información o expresión de sentimientos a otras personas y a su vez se pretenda que las apariencias representen lo que es la persona. Esto tiende a unir la cuestión de la expresión afectiva con el principio de autenticidad de la expresión. Para Sennett (1978), la sociedad íntima hace del individuo un actor privado de su arte, que cuanto más íntimo menos sociable es.

Una de las maneras en que se ha comprendido esta relación entre parecer y ser viene también de antaño. Blanco (1988: 168) señala lo mucho que se ha reiterado en la psicología social la metáfora de “el mundo es un gran teatro por el que pasamos como actores declamando y desempeñando los papeles que se nos han encomendado, adoptando los caracteres que requiere el espectáculo y vistiendo las máscaras que exige su representación”.

El complejo vínculo individuo-sociedad abarca no solamente los lugares, las posiciones, los valores, las normas, las expectativas y una recepción pasiva por parte del sujeto, sino también la experiencia social, la interacción y la reciprocidad en las relaciones entre individuos. Por la conciencia de los mismos pasan también la racionalización y la evaluación. El juego de intersubjetividades, espejos y reflejos que se genera en el intercambio social tiene un efecto dialéctico: nuestra actuación influye

tanto en las respuestas y reacciones de los otros como en la propia imagen y autoconciencia: en quiénes somos, cómo estamos configurados y de qué modo debemos conducirnos. Si desempeñamos nuestros papeles en este gran teatro del mundo como buenos actores, ello implica la presunta existencia de un yo predeterminado y una diferencia entre el personaje y el “ser” detrás del papel del actor.

Al respecto, un entrevistado señala: “Cuando no se tiene la convicción y la necesidad real de lo que tú eres no tienes nada” (Grupo adultos). ¿Qué entidades convergen entre el manejo de su vida pública y el sí mismo? ¿Hay un yo real? ¿Un sí mismo verdadero? En cuanto al desempeño de sus diversos roles sociales, papeles o imágenes, ¿el sujeto se sabrá diferente a éstos?

Ves personas solamente en momentos de sus vidas, en una situación particular; por lo que todos los ordenados, organizados y éticos pueden ser todo lo contrario en otros momentos. Uno no puede decir si es una persona mala o bien oje, porque también puede tener gestos bien buenos, bien humanos, pero también puede tener gestos muy cuestionables, terribles. Yo tengo la idea de que hombres como mujeres pueden ser igual, pueden ser igual de miserables, igual de abusivos, igual de engañosos. y lo que realmente, lo que es uno en el fondo no lo va a conocer nadie (Grupo adultos).

Este testimonio ejemplifica el modo en que un sujeto identifica la complejidad en los comportamientos y formas de ser de los otros, y a la vez cuestiona en cierta manera la idea de la persona como ser inmutable, uniforme e invariable en todas las circunstancias. Muestra también la existencia de un sentido interno de unicidad, de una entidad profunda y verdadera: del verdadero “ser”. Así, por ejemplo, en el trabajo se puede ser considerado con los superiores y autoritario con los subordinados, cariñoso o violento en el seno familiar; solidario o indiferente con los vecinos, el mejor ser humano con los amigos y asesino o violador con extraños. Todas estas posibilidades podrían caber en un solo sujeto.

Según Mead, esta distinción del “yo” y el “mí” se vuelve evidente en la interacción lingüística, la cual desencadena una conciencia de quién se es frente al mundo, de las propias reacciones ante los otros. Es decir, el yo implica la conciencia de la posición que se ocupa en la sociedad y en la propia historia. El yo es también el que percibe las actitudes de los otros, y se muestra espontáneo e incontrolable. El mí, que es

ser el objeto del propio conocimiento, llamado también yo reflexivo, es el que adapta al sujeto a las actitudes de los otros, aparece como recuerdo y está ligado estrechamente con el rol. Llámesele, “mi”, “sí mismo” o “yo reflexivo”, constituye un esquema cognoscitivo que permite interpretar el mundo de relaciones en que está inmerso el yo.

Para Gergen (*Idem*), las etapas iniciales de la conciencia dan lugar al sentimiento de que el yo es un artista del fraude social, que manipula imágenes para alcanzar determinados fines. Por ejemplo, para que un líder tenga credibilidad y sea digno de confianza, debe conferir realismo a su identidad, debe parecer un ser auténtico cuya “máscara” equivalga a su personalidad afectiva y debe poseer intrínsecamente las cualidades fundamentales propias de una posición superior. Para el mismo autor, la vida contemporánea contribuye a impedir el logro de la autenticidad.

Uno de los aspectos más resaltados, y en que coincide la mayoría de los entrevistados, es que en la actualidad prevalecen la simulación y la hipocresía en las relaciones sociales. Por una parte, existe un interés por conocerse y tener la claridad de saber qué quieren y hacia dónde van, situación que se observa en los conceptos que refieren sobre la intimidad. Pero, por otra, más allá de esto, es patente la distancia entre el yo y el personaje que representa.

La interacción social cotidiana hace que cada persona emprenda una serie de actos y acciones que permiten construir una realidad compartida. Las actuaciones en la comedia de la vida permiten percibir la esencia o sentido de unicidad que cada quien tiene de sí mismo y, al mismo tiempo, la sensación de versatilidad del desempeño personal en las diversas relaciones interpersonales en que se vierten diferentes aspectos de la personalidad de cada uno. Sin embargo, dicha conciencia y noción del yo verdadero también es producto de lo que se ha dado en llamar “performatividad”.

3.2 Performatividad

En la vida social, la realidad se construye en la interacción personal mediante el intercambio de códigos, significados culturales, símbolos sociales diversos y actos que

representan formas de lenguajes, tanto verbales como corporales, que van conformando la noción de mismidad, del yo y de la identidad.

El planteamiento de Beauvoir “No se nace mujer, llega una a serlo” ha constituido para la teoría feminista, y para los estudios de género, la base para dar cuenta de cómo la cultura de género produce “hombres” y “mujeres” por medio de la asimilación, la introspección y la resignificación de símbolos culturales. Las pautas de comportamiento y las diversas acciones y prácticas modelan gradualmente cuerpos y psiquismos hasta producir personas con identidades masculinas o femeninas.

Así, los diversos símbolos culturales son asimilados por los sujetos y utilizados para construir su propio ser mediante una constante repetición de las actuaciones, o actos performativos. Para Butler (2001), la performatividad es la anticipación que conjura su objeto, es una expectativa que termina produciendo el fenómeno mismo que anticipa. La performatividad alcanzada mediante la repetición de actos y rituales logra su efecto al naturalizarse en el contexto de un cuerpo.

La misma Butler considera el género como performativo, en virtud de que el sentimiento de esencia interna que tiene la persona de ser hombre o mujer se construye mediante un conjunto sostenido de actos corporales que tienen la capacidad de la acción y la transformación de los cuerpos. El género se concibe como una serie de expresiones originales y sustanciales que se mantienen en un constante hacer, aunque el género está inmerso siempre en las relaciones construidas en contextos específicos, es decir, siempre es histórico, variable y contextual.

El planteamiento de Butler (1990) sobre la performatividad del género va desde lo lingüístico hasta lo teatral. Los actos que constituyen el género ofrecen similitudes con aquéllos de la función reatral, porque la serie de actos reiterativos son experiencias comunes que se escenifican y constituyen una realidad compartida. Son realidades representadas en el escenario social, son expuestas a la expresión pública y son sujetas a la regulación y a la sanción.

Por lo anterior, para esta teórica, el género, en tanto representación performativa, es un “acto” que construye la ficción social de su propia interioridad psicológica. Es

decir, se crea la ilusión de un yo antepuesto al acto que se ejecuta, y con ello se provoca que “la realidad” de género sea creada por representaciones sociales sostenidas. Ello significa que las nociones mismas de sexo esencial y de verdadera o fidedigna masculinidad o feminidad se constituyen también como partes de una estrategia por la cual queda encubierto el aspecto representativo del género.

Una diferencia de Butler en relación con la perspectiva teatral de Goffman es que ésta última da por sentada la preexistencia de un yo que es el que realiza el acto. Para Butler, la ficción de esencia de un “ser” es el producto de la misma construcción performativa en el hacer. En los testimonios recabados, los hombres usan ese sentido de esencia de sí mismos refiriéndolo como lo más profundo de su ser. Asimismo, refieren el sentido metafórico de la teatralidad para dar cuenta de la conciencia de un yo separado de las imágenes que crean para la actuación.

Si se analiza el discurso de los entrevistados se puede apreciar la permanente dramatización que llevan a cabo en la interacción cara a cara con otro sujeto, con lo que consideran la vida social como una representación constante. Se observan con claridad las referencias a ir construyéndose imágenes, a demostrar ser de cierta forma y a irse transformando en lo que esperan las mujeres. Esto es, dan cuenta de la actuación cotidiana que los lleva a lograr establecer vínculos con el otro género. La construcción de imágenes que se acercan a los modelos dominantes del ser hombre y la simulación aparecen como recursos para ello. Asimismo, los entrevistados tienen conciencia de que hay patrones culturales y roles sociales con los que se espera que cumplan.

Es como una imagen que queremos dar cuando estamos con una persona. Con una mujer, vamos tratándola y vamos viendo cuáles son sus intereses. Y cómo tú la quieres conquistar, entonces te vas convirtiendo en esa imagen, pero en un momento dado de mostrar tus sentimientos te hace un poco débil. Te hace débil porque ya no eres la imagen que ella piensa de ti, por tanto empieza a influir ella sobre de ti, y bueno, a fin de cuentas pues como que nos sentimos menos hombres, porque no logramos la imagen que ella quería, dado que lo que ella necesitaba no se lo pudimos dar nosotros, porque mostramos debilidad (Grupo jóvenes).

Las chavas a veces te aceptan pero porque tú das la imagen de que no dependes de nadie, de que tienes muchas chavas, de que nunca te vas a clavar con nadie. A veces así te aceptan, cuando demuestras esas cosas (Grupo jóvenes).

Los hombres buscan parecerse al modelo que representa el ser hombre con la finalidad de ser aceptados y reconocidos; para ello adoptan actitudes, conductas y prácticas consideradas masculinas. Ello habla de una performatividad en el sentido de una repetición de actos que llevan a reafirmar una identidad masculina para sí y para las y los demás, lo cual cubre a la vez las expectativas que tienen las mujeres desde su percepción.

Los roles sociales establecen la posibilidad y quizá la necesidad de marcar una distancia y diferencia entre quien se es y lo que se representa. En este sentido, Goffman (1971) ha trabajado la performatividad, entendida como las actuaciones que permiten establecer comunicación e interacción en las múltiples redes sociales establecidas cotidianamente. Desde este modelo teórico, en las relaciones interpersonales aparece inicialmente la fachada⁶⁵ como primera presentación que permite al sujeto interpelar al interlocutor, pero también lo obliga a mantener esa congruencia entre la imagen y la actuación que proyecta, así como el medio. Es decir, se espera cierta congruencia entre medio, apariencia y modales.

Goffman hace referencia a un “equipo de actuación” para aludir a cualquier conjunto de individuos que participan para representar una rutina determinada. Ejemplos de lo anterior van desde una relación de pareja, una relación de familia o una relación de amigos, todos los cuales conforman equipos que actúan para ellos mismos y para el resto de la sociedad en que interactúan.

En esta actuación son fundamentales los espacios donde se lleva a cabo la representación. Goffman menciona tres: región anterior (*front region*), región posterior o trasfondo escénico (*backstage*) y la región exterior. El autor define una región como todo lugar limitado por barreras antepuestas a la percepción. De este modo, las regiones

⁶⁵ Parte de la actuación del individuo que funciona regularmente de un modo general y prefijado, a fin de definir la situación con respecto a aquellos que observan dicha actuación, e incluye las insignias del cargo o rango, el vestido, el sexo, la edad y las características raciales, el tamaño y aspecto, el porte, las pautas de lenguaje, las expresiones faciales, los gestos corporales y otras características semejantes (*Ibidem*, pp. 34-35)

variarían según el grado de limitación y de acuerdo con los medios de comunicación en que aparecen dichas barreras.

La “región anterior” es el lugar donde se verifica la actuación, y por ende, es la que queda directamente relacionada con el auditorio y a la vista de él. La “región posterior” o trasfondo escénico puede definirse como un lugar donde se cuestiona, matiza o cambia lo sucedido en la actuación precedente. Es decir, se relaciona con la representación, pero es incompatible con las apariencias que suscita, además de que en este lugar el actor puede confiar en que no es observado por ningún miembro del auditorio. Por último, la región exterior es la residual, el muro que separa del exterior las regiones anteriores y posteriores.

A) Al utilizar el modelo de Goffman, entendemos que la región anterior, el escenario en que tiene lugar la representación, se manifiesta por la conciencia de los hombres en cuanto a los papeles que les corresponde desempeñar y el empeño que ponen en su realización. Los modelos, las prescripciones y la educación recibida, particularmente del padre, adquieren una importancia fundamental. Para construir la imagen que quieren proyectar, los hombres señalan como elementos importantes aspectos que pasan la constitución y la forma corporales, la forma de vestir, por los grupos sociales a que se pertenece —que Goffman denomina fachada—, por las prácticas cotidianas que permiten conformar la imagen que se quiere dar y por la abstención de ciertas ideas y comportamientos que dañarían lo que se pretende construir y proyectar.

Desde esta perspectiva, hombres y mujeres representan en el escenario versiones de sí mismos con los que se sienten más cómodos y que les permiten un mejor desempeño social. Los sujetos ejecutan actos que posibilitan construir no sólo una imagen determinada para sí mismos y para los demás, sino también conformar un sentido de unicidad, identidad y mismidad. En estos procesos permanentes y constantes transcurre mayormente la vida. Se trata de infinitud de situaciones y espacios en que se conjugan las emociones, los afectos, los logros y los fracasos. El hecho de que se aluda a ello como un *performance* no significa que el actor no sienta, no se involucre o no se entregue. Los sentimientos, los pensamientos y los actos son tan reales como la ficción representada.

B) Además de la región anterior, la representación y la reiteración de actos llevados a cabo en el escenario social conllevan acciones diferenciadas según el espacio teatral. El trasfondo escénico es el lugar en que la persona se muestra con mayor desenfado de lo que vive en la región anterior. En los testimonios siguientes de algunos sujetos entrevistados se presentan situaciones que ilustran diferencias entre las regiones anteriores y posteriores.

1 Lauro

a) Región anterior. Para Lauro es importante ser siempre un “caballero”, lo cual significa nunca hablar mal de las “niñas”, ser buen escucha para ellas, establecer relaciones más democráticas con las mujeres y llevar una vida abierta y honesta con toda la gente, salvo con aquellos que por su cultura y educación no puedan entender ciertas cosas.

No hablo mal de las mujeres porque soy un caballero [...] ya no estoy en la disposición de oír, hablar mal o tratar de decir que estuve con ella y con ella [...] No soy machista, yo siempre respeto mucho a las niñas, a las mujeres. No comparto algunas prácticas de mis amigos. Como clásicos hombres que somos, tenemos la facilidad de siempre hablar de las mujeres, y yo no comparto la idea de hablar mal de ellas, de estarles diciendo hasta por dónde se van a morir.

No hay cosas que tú no puedas saber, o el vecino de al lado, o tal vez hay cosas que no las puedas saber porque a la fecha no tengas la cultura para comprender, no las va a entender, las va a criticar. Soy un ser humano y todo lo que yo hago tú haces hablando de comportamientos. No hay nada fuera de lo normal entre yo y otros, no hay nada más que pueda esconder.

b) Región posterior. Lauro es buen escucha para las “niñas”, pero a veces lo usa para ligar con ellas.

Yo creo que ha sido por ese lado, el no ser machista, que me he inclinado más a escuchar a una niña, también con el plan de a veces de ligar. A veces conocerlas más, saber más cosas de ellas y tener un poco de oportunidad de estar con ellas, utilizando tal vez mi propio machismo y mi forma particular de practicar o, no sé, de compartir.

Al respecto se puede decir que como apariencia, como primera imagen de hombre sensible y buen escucha, refleja también un interés en un acercamiento que lo lleve a establecer vínculos sexuales o afectivos con las mujeres que desea. En relación con el segundo punto, aquello que según Lauro no pueden entender los demás, de eso que no es nada fuera de lo que todo mundo hace, es cómo se vive una vida cuando se consume drogas, no entienden que no es una vida fácil.

Fuera de cosas que son para personas no normales; que no consumen este tipo de sustancias; que muchas personas llaman de la vida fácil, pero que esta vida no es nada fácil. Vivir de otra forma es complicado.

2 Gonzalo

a) Región anterior. Una escena que Gonzalo narra por el posible rompimiento con una pareja muestra con claridad la representación que lleva a cabo por tal hecho.

Le hice un drama, así que: “¡por favor perdóname!” y llorarle y toda la cosa. Total que allí estaba a las cuatro, ya me tenía que ir y salgo así con los lagrimones en la cara y muy compungido. Salgo de la estación, bajo la escalera y me di cuenta que no sentía nada, así como ¡ufff! qué drama me eché ¡qué bárbaro! Pero mientras me bajé los dos pisos de la escalera pensé: “¿qué hice?”. O sea porque no siento nada ahorita, ¿y allá? pero fue así de no me dejes ¿no? Ahí yo me impresioné mucho con como puedes jugar con los sentimientos según lo que te conviene. Pero realmente no los sientes (Gonzalo).

b) Región posterior. Detrás de la dramatización que pretendía mostrar que en verdad amaba, o al menos quería a esa persona, Gonzalo reconoce que sólo lo hizo por cierta conveniencia propia, y duda de que efectivamente haya existido ese sentimiento. Sin duda, fue real en su momento, pero sólo de modo pasajero.

En parte me di cuenta que era otra relación que estaba manejando, igual que la de mi chava, estaba con él porque era rico, y además no había opciones, él era el único *gay* que yo conocía y era la chava más bonita de la prepa, andaba con ella porque era la más bonita y andaba con él porque era el único *gay*.

a) Región anterior. Durante toda la entrevista, Felipe señaló ser muy transparente y sincero. Comentó la excelente comunicación que mantiene en su matrimonio de 19 años y destacó particularmente la vigencia del mismo.

Con Juana siempre hemos procurado hablar las cosas: mucha comunicación. Yo creo que ése ha sido nuestro éxito, o parte de nuestro éxito: el no quedarnos callados. Cuando no hablas las cosas, se acumulan rencores y reclamos. Entonces es cuando empieza toda esa serie de cosas que finalmente te llevan a que todo se vaya pudriendo y a terminar mal. Cuando no hay comunicación es lo que pasa, en la mayoría de los casos termina por pudrirse la relación, como una fruta.

b) Región posterior. Durante la entrevista, Felipe nunca asumió su actual separación e inicio de divorcio, siempre habló de su matrimonio como si siguiera vigente.

Por la imagen de pareja perfecta que buscaba dar ante la familia y sus amigos, y de profunda comunicación con su esposa, una de las cosas que no podía confesarle eran sus frecuentes infidelidades.

La infidelidad, la infidelidad. Creo que ése ha sido uno de los grandes problemas de mis relaciones. Te digo que tengo la libido muy así, me encantan las mujeres. Digo, no es que yo me dedique a buscar mujeres para acostarme con ellas, no es así tampoco mi actitud. Tengo cuates que sí son así. Pero, vaya que a lo que se mueva le tiran. Pero me ha pasado como a cualquier gente, de que de repente ligas con una chava y se gustan mutuamente. Bueno, se dan las cosas, y como digo: ¿quién soy yo para negarme? Pues y ¿cómo voy a hablar de eso? No, pues eso nunca lo voy a decir, que me gusta otra chava y que estoy saliendo con esa chava. Es como el mismo principio de sobrevivencia. Realmente yo siempre pensé esto nada más como una aventura, son un gustito, un gustito, como el gustito de prenderme un puro y fumarme un puro. En algún momento se acaba, nunca, nunca, nunca me enamoré de ninguna de las relaciones esporádicas que tuve. Nunca consideré que fuera necesario contárselo a ella. Existe la sinceridad. Yo pensaba que si en algún momento llegaba a enamorarme de una persona sí sería honrado de mi parte contárselo a ella. Ahí yo sí siento que sería un engaño. Para mí eso sería el engaño, más no el que de repente tuviera una calentura y se da, y creo que también a la inversa podría suceder. Pero yo sabía que estaba expuesto a eso... y, bueno, a lo mejor pasó; y si pasó ojalá lo haya disfrutado.

La mayoría de los entrevistados otorgó importancia a la premisa de que en la vida pública, es decir, en el escenario, hay que ser discretos. Por ejemplo, los jóvenes universitarios se preguntan qué pensaría su novia u otra mujer si los vieran tomados de la mano de otro hombre. A Daniel le resulta complicado contarle a su amiga íntima sobre sus prácticas bisexuales por temor a que ella cambie la percepción que tiene de él. En otro caso, la madre de Gonzalo le pidió discreción sobre su homosexualidad por aquello de que “pueblo chico, infierno grande”.

El trasfondo del escenario, o región posterior, es el lugar que para Goffman contiene los elementos suprimidos. Es el espacio que posibilita la creación de un lugar donde el actuante puede quitarse al menos algunas máscaras y confiar en que ningún miembro del auditorio se entrometerá. Es el lugar que para algunos representa lo más privado de la persona: para otros, representa incluso su intimidad. En este espacio, los hombres hablan de sus miedos, sus temores e inseguridades, y de sus dudas y deseos. El trasfondo es el lugar donde se guardan los secretos, los intereses que mueven al individuo y todas aquellas cosas que son mal vistas, rechazadas o castigadas por la sociedad.

Ejemplo de lo que se mantiene en el trasfondo es el miedo que ocultan los jóvenes universitarios detrás de esa imagen de independencia y fortaleza que proyectan ante las mujeres, el cual los revelaría como débiles y vulnerables.

Ya cuando tú demuestras, o muchas veces se ve, como se dice “los ojos son el espejo del alma”. Cuando se llega a descubrir tu debilidad. Cuando llegas a expresar realmente lo que sientes; es ahí cuando viene la manipulación. Ya no eres el hombre de la imagen fuerte y de que no dependes de nadie y de que tienes muchas chavas, porque sí, yo lo he podido poco a poco descubrir. Yo de repente soy acá conocedor, pero poco a poco se va descubriendo, vas sabiendo diferenciar entre qué chava o qué persona te estima de verdad, te quiere de verdad seas como seas; y qué persona simplemente a pesar de tus sentimientos y tu debilidad te comienza a hacer a un lado o a que dependas más de ella.

Cuates que ya están casados, que tienen dos o tres mujeres y llega un punto de su vida en que se establecen con alguien y es cuando hay mucha debilidad y la mujer los manipula, como que dices: “bueno, y aquí ¿quién la hace de quién?”

El mismo desarrollo de las entrevistas posibilitó también que algunos hombres revelaran de forma voluntaria aspectos que consideraban privados. Hacerlo representó, posiblemente, dejar de lado el temor de ver dañada su imagen o despojarse de algunas máscaras. Así, por ejemplo, Lauro habló sobre el consumo de drogas; Daniel sobre su bisexualidad y Juan -integrante del grupo de adultos- habló sobre experimentar con su pareja el placer anal masculino. Lo anterior apunta hacia la importancia de mantener una imagen ante el otro en toda interacción social, y también que hay información que no se exterioriza si no se está en un ambiente de confianza.

¡Híjole! yo no sé en otras familias. Ahí te va: yo decidí tal día, hace muchos años no dejar de fumar marihuana. Ese día que lo decidí yo llegue con la familia, “esto es esto y se acabó”. Cosas así les he platicado, y no soy de las personas que se esconden. No les agrada, lo sé yo, pero alguna vez les dije para que me conocieran más. Me abrí con ellas. O sea, para mí hasta la fecha sigue estando bien ese día que me abrí. Yo les dije yo soy esto y no lo voy a dejar nunca. Yo creo que me conocieron así como soy (Lauro).

Pues es que sí, pero la verdad me da pena. Bueno la verdad no me avergüenzo porque lo hice. Y lo hice con toda la intención, pero sí me apena bastante. Solamente con él lo he podido hablar, ¡ay! ¡ay! ¿lo tengo que decir? [...] mi primera relación con un hombre (Daniel).

Todavía no me decido para ponerlas en práctica. Sin embargo he escuchado a gente y he leído que son muy placenteras. La de la introducción del dedo de mi pareja en el ano para estimularme la próstata. Con mi pareja nos hemos estado imaginando recientemente el sexo oral por ella con la penetración (Grupo adultos).

¿Por qué es tan valorada la reserva, ese sentido de seguridad que confiere la máscara, la privacidad que propicia el *backstage*? Para los hombres entrevistados, toda actuación implica un interés. Esto queda muy claro en la concepción que dan de las relaciones de amistad, pero también se observa en las relaciones de pareja. Asimismo, en los discursos de los entrevistados surgió como un punto importante la presencia de una “intencionalidad”. Es decir, que toda actuación lleva implícitos intereses y objetivos aparentemente claros o, al menos, la idea de que siempre hay algo que se desea obtener, particularmente en el caso de los hombres. Sobra decir que en esta investigación faltó conocer la experiencia y el punto de vista de las mujeres.

Estoy un poco influenciado desde ser comunicólogo. Las relaciones interpersonales pueden establecerse a partir de intereses propios que uno va creando en su vida, a partir de que cómo se vaya desarrollando en cada etapa va a ir estableciendo sus vínculos. Estos vínculos pueden ser afectivamente o a partir de intereses. Estoy de acuerdo contigo con que a veces uno no es sincero. ¿Qué es lo que no nos hace ser sinceros? Bueno, pues porque a lo mejor permanece más mi interés de otro tipo que el afectivo. Ahí yo siempre he pensado que las mujeres buscan los mismos fines que el hombre. Cuando hay una atracción física, el discurso es estratégico, aquí que te invito a trabajar o te invito a colaborar. Hay casos en los que no, no hay diferencia entre un hombre y una mujer cuando no hay un interés oculto (Grupo adultos).

Yo sigo insistiendo en la cuestión netamente de los intereses, porque si a mí me interesa algo de alguna persona que conocí en una fiesta o un congreso, o qué sé yo, y a lo mejor hubo por ahí una simpatía entre esa persona, que puede ser hombre o mujer, a lo mejor empiezo a cultivar una amistad, porque detrás estoy pensando que puedo obtener algo. Ahora yo no creo en relaciones interpersonales que nazcan de un afecto y una química así envidiable: "qué onda, ¿te invito a mi casa?". Esa manera tan coloquial de relacionarnos que se da ahora, yo creo que estamos en un dinamismo, exigencia de la situación del país, que si no te mueves en el sentido de conseguir algo ya te quedaste rezagado, en cualquier ámbito. Esto lo entretengo como una cuestión de necesidades afectivas como hombre o como mujer, pero también como otras necesidades de desplazamiento de la sociedad. Ahora que se está mediado por lo social, ya en ese sentido puedo decir que estamos manejando sobre falsos valores o actitudes demasiado hipócritas (Grupo adultos).

Yo creo que entre hombres es donde sí hay un interés muy marcado porque nada más obtienes lo que quieres y siempre vas en busca de algo económico (Grupo jóvenes).

C) En relación con la tercera región, el exterior, que para Goffman puede ser cualquier parte excepto las dos anteriores, podría entenderse como aquella que permite una movilidad entre el escenario y el trasfondo escénico, o una que permite pensar y planear determinada representación. En el discurso de los hombres, lo anterior se observaría en la posibilidad de ir mediando y construyendo en función de la interacción con los otros, con sus respuestas y reacciones, con una adaptación entre los mandatos sociales y la propia convicción, así como entre el uso de máscaras y una mayor o menor distancia de éstas con respecto al rostro de quien las porta.

Hay cuestiones básicas. ¿Cómo puedes ser sincero con alguien que te puede romper tu maraca? Uno va aprendiendo durante la vida. Uno dice: “Bueno, tengo que ser mesurado en la cuestión incluso hasta de saber con quién lloro”, y qué con mis cuates, o saber si voy a llorar en una cantina, o me voy a encerrar en la recámara del departamento de un cuate. A veces este tipo de cosas uno las va mediando, en el sentido de que vas sintiendo el afecto. Yo cuento mis amigos con los dedos de una mano. Es cierto, hay amigos entrañables de toda la vida, no los soltamos. A eso le apuesto. Porque uno en el transcurso de la vida va madurando y va entonces, en ese sentido, asumiendo quiénes son realmente tus amigos (Grupo adultos).

Tú puedes dar muchas caras para que te acepten, pero de cualquier forma no vas a ser tú mismo. Igual a una pareja, tú le vas a mostrar una cara a la hora de acercarte a ella y conquistarla. No necesariamente tienes que ser malo o bueno en cuestión de una cara, sino que precisamente para entablar una relación vas a tratarla de la mejor manera, vas a decirle las cosas más bellas y más dulces, y conforme se vaya dando esa relación tú sabes si tiene solidez o no para abrirte más con ella. Entonces yo digo que aquí lo difícil no es que te diga que sí. Siempre te deja (Grupo jóvenes).

Las respuestas que obtienen los sujetos al interactuar con otros, así como las propias expectativas, intereses y necesidades, marcan la pauta para que las personas establezcan un acercamiento o una distancia en las múltiples relaciones interpersonales. Ser mesurado, ir conociendo poco a poco a otra persona y observar el desenvolvimiento de la relación y la solidez del vínculo son estrategias que sirven de guía para confiar y mostrar una apertura en relación con los aspectos privados, con la vida interna del sujeto y con su emocionalidad y afectividad.

Las respuestas que los individuos reciben de las personas de su entorno constituyen un criterio para establecer lazos de intimidad. Mientras tanto, las personas se manejan mediante actuaciones que requieren moldear ciertos comportamientos y proporcionar una imagen para que se perciban como ellos lo desean. Por lo anterior, todo individuo incluye en su repertorio la colocación de otros rostros sobre el propio.

Muchas veces nosotros estamos con máscaras. Entonces cuando estamos con una chava utilizamos otra máscara y después otra y no es por esconder algo. Simplemente con la chava hay que mostrar una máscara o una personalidad diferente, porque igual si está o escucha las pláticas que tienes con tus cuates se espantaría de ti (Grupo jóvenes).

Si el mundo es en efecto un gran teatro, y todos somos actores en él, las máscaras constituyen un elemento fundamental de las múltiples representaciones cotidianas. Se puede decir que éstas incluso nunca se desprenden de nuestro rostro, salvo en el momento de la muerte. Ortiz (2004:15) señala que las etimologías de la palabra “máscara” hacen pensar en conceptos clave como “‘cambio de forma’ (metamorfosis), ‘bufonada’, ‘antifaz’, ‘reirse-burlarse de alguien’, ‘disfraz’, y que sugiere las ideas de ocultamiento o transfiguración para poder reír”. Según documenta, la palabra “máscara” aparece en italiano hasta el siglo XVI en el sentido de “personaje disfrazado” y “careta”.

Para Ortiz, la máscara parece ser la suplantación de un rostro propio por otro, el producto de un artificio, de una construcción, de una elaboración, en general con una intención determinada. Se trata de jugar a ser otro, a jugar a ser diferente, es el intento por adquirir otra identidad, pero aclara que para ponerse una máscara no basta con tener cara (de carne), sino que hay que tener un rostro “una cara re-conocida (por sí y por otros)”. La máscara es una metáfora del rostro. “Mientras la cara designa la mera carne, el rostro hace referencia a todo lo humano que puede haber en una carne”⁶⁶, pero como constructo de la cultura. Para este autor, se construyen rostros enmascarados con expresiones, con maquillajes, con peinados, con aparatos y con intervenciones estético-quirúrgicas, que finalmente representan maneras de sobre-vivir: “vivir por encima de la vida”, como seres superficiales, nunca reales.

Por otra parte, Goffman (1971) señala que el significado original de la palabra “persona” es “máscara”, y que representa el concepto que nos hemos formado de nosotros mismos: “el rol de acuerdo con el cual nos esforzamos por vivir. Esta máscara

⁶⁶ *Ibidem*, p.17.

es nuestro 'sí mismo' más verdadero, el yo que quisiéramos ser" (ibid.:31). Pero, ¿qué tan clara es la diferencia entre lo que se es y lo que se pretende mostrar a los demás? Con ello surge la interrogante de si las personas tienen conciencia de saber quién está detrás de esa máscara y si se re-conocen en ella.

Con un carácter más social, sabemos que los grupos de pertenencia ofrecen un marco que sirve en mayor o menor medida como orientación sobre quién se es. La clase social, la raza, el color de piel, la edad, el género y la orientación sexual, llegan a conformar, de igual forma, elementos importantes en la construcción de la identidad y de la fachada que se quiere proyectar como presentación primera.

Junto con la fachada, las actuaciones llegan a ser decisivas para el éxito laboral, personal y político. Ello se debe a que la apariencia y la actuación producen reacciones y respuestas de los otros individuos, al tiempo que se depositan expectativas, cualidades y esperanzas en la imagen que proyectan éstas, por lo que también la vestimenta, la forma de hablar, la estructura corporal y el manejo del cuerpo son ingredientes importantes de la fachada. Para Sennett (1978), cuando la máscara se transformó en el rostro, cuando las apariencias se volvieron índices de la personalidad, se perdió la autodistancia. ¿De qué libertad disponen las personas cuando son tal como aparecen?

Los hombres entrevistados tienen una conciencia de la diferencia entre las máscaras y el rostro, y entre la imagen y el sentido de un yo verdadero. Éste último representa los aspectos privados o íntimos que los individuos dan a conocer sólo a otras personas especiales, en situaciones particulares y con atributos o características de personalidad específicas.

En lo individual como en lo colectivo predomina más la simulación, al grado que se viene convirtiendo en este problema de ¿qué soy? ¿soy mi máscara o soy yo? Terminas sin tener esa claridad, yo creo que son un poco las dos cosas: es tanto la elaboración de un espacio de intimidad, de responsabilidad, de respeto, de exclusividad, como al mismo tiempo una forma de compartirlo (Grupo adultos).

La reflexión del entrevistado permite identificar la dicotomía entre lo interno y lo externo al sujeto, la separación máscara-rostro, que se hace análoga a la separación de los espacios público-privado. El ámbito privado resguarda la intimidad y con ella la

responsabilidad, el respeto y la exclusividad, en tanto que lo externo se define por oposición a ello como impersonal y carente de esas cualidades. Esto lleva a pensar que de antemano existe una calificación positiva para lo personal y una negativa para el mundo social.

Si la intimidad se concibe como el hecho de compartir el mundo personal y privado, tal parecería que el problema lo constituye el mundo público social que impide comunicar esa intimidad, con lo que obstruye la integridad de los individuos. Esto llevaría implícito el riesgo de dar por “buenos”, sin cuestionar, los asuntos de índole personal y menospreciar la vida social impersonal.

Sennett⁶⁷ hace un fuerte señalamiento y critica el hecho de que desde el siglo antepasado, fenómeno que se podría extender hasta la actualidad, el asunto de “la personalidad” llegó a ser trascendental al momento de conocer al otro⁶⁸ que, bajo el marco de una débil vida pública, llegó a conformar una sobre valoración de la “revelación íntima”. Tanto la insistencia en saber y conocer a esa persona por medio de la confesión, y en saber quién está detrás de la máscara, han llevado paralelamente al derecho de la reserva y al sentido de la civilidad.

La civilidad protege de la interferencia de otros en la vida privada propia, al tiempo que permite disfrutar la compañía de las personas entre sí. Ambos aspectos están implícitos en la máscara. Ésta permite la sociabilidad, separándola de las circunstancias del poder y de los sentimientos privados de quienes la usan. Es decir, para este autor, se llega a construir un sano vínculo social a partir de una distancia entre la máscara y quien la porta. Este vínculo “posibilita el deseo de vivir con los demás, más que de una compulsión a acercarse a ellos”.⁶⁹

La máscara, instrumento de mediación en la interacción social, constituye un elemento central en el manejo que hace la persona del mundo exterior, público y su mundo privado, pues no sólo protege al propio rostro o a la cara, sino que también cuida

⁶⁷ *Idem*

⁶⁸ Sennett señala que la personalidad se transformó en el modo de pensar acerca del significado implícito en la vida humana, en donde ésta es una expresión directa del yo “íntimo”. Es decir, la personalidad es inmanente en las apariencias (*Ibidem*, p. 195).

⁶⁹ *Ibidem*, p.327.

de no dañar a otros y permite mantener una distancia saludable y establecer lazos de complicidad y secreto.

Para los entrevistados, usar máscaras permite tener cierta reserva, silencio o discreción y contribuye a establecer buenas relaciones con otras personas. Los secretos o las cosas intransferibles ayudan a no dañar a las personas que se quiere y a evitar el sufrimiento que se puede causar si no se ocultan partes de lo que se piensa y se siente. También sirven como protección ante los reproches o recriminaciones, por ejemplo, por las prácticas sexuales con otras parejas. Las máscaras ayudan a los entrevistados no sólo a mantener una imagen, sino también a no dañar a otros y ni a sí mismos.

Hablando de compartir preocupaciones íntimas, placeres íntimos, por ejemplo, yo soy polígamo, pero no con cualquiera lo dices. Si te abres te debilitas. Por lo menos estás presentando una cara que no tienes en realidad; que la sociedad te impone ciertas maneras de comportarte, al menos públicamente. En el trabajo, en la misma vida en pareja, en la familia, eres otro del que realmente eres en el fondo. Yo siento que al menos mis papás nunca me conocieron, qué quería yo, qué deseaba, qué problemas tenía. Yo era el más ehico, y siento que siempre fui un desconocido para mis papás. No sabían quién era. Esto lo he visto como una ventaja de poder ser como yo quería, dando una imagen de lo que no era en mi familia. Yo era el más callado en mi casa y el más estudioso. Decían que yo iba a estudiar para sacerdote. Se habían fabricado una imagen de mí que no era, y yo hacía todo lo que quería con mis amigos: nos íbamos de pinta, nos íbamos de reventón hasta Acapulco, nos emborrachábamos, y yo era en la familia como el ejemplo del bien portado. Esto me lleva ahora a la conclusión que esta reserva que yo tengo, toda la gente que conoces la puede tener (Grupo adultos).

Realmente nunca llegas a conocer a alguien, pero muchas veces no sabes si la persona a la que le estás platicando las cosas lo puede tomar a veces para su beneficio, cuestiones que te llegan a bajar a tu novia y por eso uno a veces no se abre por ese tipo de cuestiones (Grupo jóvenes).

Yo conocí a unos compañeros que se platicaban todo, supuestamente eran amigos y le contaba todo lo de su novia. Al fin de cuentas se la iba bajando. Como que si eres mi amigo, pero de careta (Grupo jóvenes).

El vínculo íntimo implica complicidad, lealtad y confidencialidad. La noción de la llamada “reserva” conforma un espacio de libertad, de expresión abierta que tiene el sujeto consigo mismo, por lo que es necesario resguardarlo de la invasión ajena o, en el caso de ser compartido, necesita un compromiso mutuo. Antes de mostrarse sin reserva

ante otros, los hombres se muestran cautelosos para poder confiar y compartir. Los entrevistados narran experiencias negativas que han tenido con otros hombres, aunque sus mayores temores y miedos son respecto de las mujeres.

La competencia entre hombres representa un elemento presente en la conformación y reproducción de la identidad masculina. Si la identidad de género se construye en una repetición de actos, el ser hombre requiere demostrar reiteradamente su habilidad para el combate en la arena pública, y reconocerse ante sí y ante los demás como un hombre exitoso, tanto en el aspecto económico y político como en el sexual.

Las formas de sociabilidad entre los individuos están determinadas por condiciones particulares, posiciones en la estructura social o intereses que marcan formas de comportamiento, como la competencia entre hombres o la comunicación estratégica con las mujeres, que requieren el uso de las máscaras o caretas. Estas prácticas producen en los hombres formas de relación caracterizadas por una permanente protección de la reserva y un trato somero con las mujeres y otros hombres.

Las máscaras dan un sentido de insinceridad, superficialidad, hipocresía y simulación en las diversas esferas de la vida social: en el trabajo, en la escuela y en la calle, pero también en la propia familia, con los amigos y con la pareja.

Generalmente todas las relaciones que tengo de amistad, entre comillas, son muy superficiales. Es muy cierto lo que dicen, hay muchas veces en que las amistades de ahorita sí son más superficiales (Grupo jóvenes).

Yo pienso que la gente es tal vez como muy hipócrita. Es muy difícil que una gente sea sincera con la familia. Tiene que tener como mucha confianza. Al principio se ponen muchas máscaras, fingen cosas que no son y ya después con el tiempo es cuando realmente vas conociendo cómo son en realidad. Pero muchas veces te quedas con un aspecto superficial de las personas, nunca te adentras para conocerlas realmente” (Grupo jóvenes).

Si la modernidad tardía se caracteriza por una tendencia al individualismo, a la fragmentación del yo, a la vez coloca a los individuos en la situación de montar conscientemente representaciones y simulaciones para interactuar en situaciones particulares y diversas.

Si se tiene la conciencia de una reserva, que se entiende como un espacio encubierto pero necesario para la interacción social, también surge la sensación de falsedad e insinceridad como producto de dicho ocultamiento. Hay dos aspectos ambivalentes y contradictorios que coexisten; los intereses e intenciones que puede haber detrás de toda acción y, los miedos y temores de mostrarse tal cual se es. Ambos aspectos son susceptibles de ser manipulados en su expresión.

El punto central en esta investigación estriba en la vivencia de la intimidad. Sin duda, ésta permanece unida a la vida afectiva y emocional de los individuos. La naturaleza compleja y diversa de los sentimientos vuelve igualmente problemático dar cuenta de su relación con lo manifiesto de la actuación, dado que los sentimientos no sólo se expresan en ciertos comportamientos fácilmente identificables, sino que también existen diversas formas de sentir que no se externalizan en virtud de que son éstos en sí mismos íntimos.

3.4 La expresión de los sentimientos y la intimidad

En la representación y performatividad cotidianas, los sentimientos cumplen un papel fundamental. La vivencia de los sentimientos y la percepción que se tienen de ellos en la interacción social hace necesario que se visualice a éstos con base en la naturaleza que les es propia. Por “naturaleza” de los sentimientos, me refiero a la forma, la lógica y las maneras de conformarse, visualizarse y analizarse. No me refiero al hecho de que se consideren innatos o meramente biológicos. Heller (1999) sostiene que los sentimientos son regulados por las costumbres y ritos sociales. La asimilación de normas y el proceso de aprendizaje producen un sentimiento que se acompaña con la expresión del mismo, de forma tal que su vivencia y expresión se relacionan también con el límite superior de intensidad prescrito y aceptado socialmente, así como con que sus contenidos no superen el límite tolerado por su condición biológica.

Si la intimidad se considera una cualidad en el vínculo afectivo, los sentimientos representan uno de los puntos fundamentales en la vida social, principalmente en las

relaciones interpersonales y particularmente en su expresión. En este sentido, la persona es capaz de guardar “para sí” sus sentimientos, sin permitir que se manifiesten.

Conocer los sentimientos puede ser siempre un intento de aproximación. Para que el sujeto indague en sus propios sentimientos requiere de trabajo de introspección y, en los semejantes, éstos se pueden observar en la conducta. La mímica, los gestos, los elementos fonéticos, las inflexiones, los tipos de reacciones, la acción (incluida la abstención) son los medios que permiten conocerlos. Aunque no todo tipo de sentimientos es igualmente proclive a expresarse, sobre todo en forma directa, la verbalización de lo que la persona siente representa la vía más clara y privilegiada que da cuenta de su existencia. La verbalización vuelve más directa y quizá más exacta la vivencia de las emociones.

Mostrar u ocultar los sentimientos acarrea importantes repercusiones a la vida de los individuos. En el caso de la intimidad, si la consideramos como un atributo que adquiere el vínculo afectivo —es decir, como producto de otros sentimientos como el amor, el cariño o la confianza—, en esta acepción, se podría considerar como un sentimiento que se manipula a conveniencia de las personas.

En el caso de la emocionalidad masculina, se habla de que los hombres padecen alexitimia.⁷⁰ Está claro que la cultura de género ha delineado una manera particular de articular la vida emocional de hombres y mujeres. En particular, las creencias culturales relativas al ser hombre han pretendido contener y controlar en éstos determinadas emociones, como las amorosas. Con ello se ha logrado, en la mayoría de los casos, que los hombres aprendan a dominar sus emociones desde edades muy tempranas hasta que el control deviene hábito.

Si en la adolescencia se configura la arquitectura sentimental del sujeto —que de adulto se vuelve rígida y se consolida, con lo que pierde su versatilidad (Castilla, 2001)—, ello explica porque un individuo adulto responde de forma estereotipada. Además, en el sentido de la esencialización, hay una tendencia a percibir y a describir a

⁷⁰ Se denomina alexitimia a la capacidad del sujeto para traducir en palabras sus experiencias sentimentales (Castilla: 1999: 176), por lo que en el caso opuesto sería alexitimia.

una persona por un sólo rasgo emocional: cálida, cariñosa, fría o distante. Proceder así implica una generalización de la persona. Para Castilla,⁷¹ esto podría explicarse al considerar que en la interacción hay dos tipos de falacias: la metonímica, donde toda relación parcial tiende a verse como total: “J es estúpido, J es todo él estúpido”; y la objetivista, donde toda relación imaginaria tiende a percibirse como real, con lo que *parecer* se identifica con *ser*.

Además de la rigidización de la expresión sentimental, el sujeto puede manipular también sus emociones. Como el individuo sabe lo que siente, controla hasta cierto punto los efectos de sus sentimientos y maneja en cierta medida su expresión. Se puede decir que en cierta forma atenúa, exagera o simula lo que siente. Pese a todo, la única forma de comunicar un sentimiento es mediante la expresión. Los sentimientos se manipulan sólo en el segmento expresivo. Se puede operar sobre la expresión tratando por todos los medios de que no traicionen a la persona, no dejando ver de la misma lo que se trata de ocultar o, por el contrario, mostrar algo que verdaderamente no se siente.

En esta misma dirección, Castilla⁷² apunta que las diversas experiencias —al igual que otros factores como el género, la orientación sexual, la raza y la clase social— van perfilando nuestra identidad y nuestra forma de conducirnos y expresar nuestros sentimientos. Estos planteamientos vienen a cuestionar creencias deterministas como la de que los hombres no pueden expresar sus sentimientos. Habría que preguntarse en qué momentos ocurre tal cosa, con quiénes, en qué situaciones y qué hombres pueden expresarlos.

La intimidad y la masculinidad constituyen aspectos entrelazados que la cultura de género marca de forma importante en cuanto a la experiencia de los hombres para el sentir, vivir y expresar sus emociones. Como se ha señalado con anterioridad, las condiciones sociales, culturales y económicas, así como la división sexual del trabajo, determinan funciones o tareas para hombres y mujeres, con lo que conforman subjetividades, y por ende, sentimientos asociadas a dichas funciones.

⁷¹ *Idem.*

⁷² *Idem.*

Las actuaciones de la interacción cotidiana implican la vivencia de una variedad de sentimientos que cumplen un papel muy importante en dichas actuaciones. En la interacción social se producen no sólo conductas sino también formas estereotipadas de expresar las emociones, lo que genera mayor dificultad para ampliar el repertorio emocional. En el caso particular de los hombres, les es difícil permitirse expresarlas. Por ejemplo, los hombres hablan sobre el temor de ser rechazados por las mujeres ante el incumplimiento del modelo dominante de masculinidad o la imagen que se espera de un "hombre". Es decir, los hombres sienten la demanda y la presión sociales, así como de algunas mujeres se espera que se comporten de acuerdo con el patrón de género tradicional.

Aunque el modelo de masculinidad dominante ha sancionado a los hombres por externar emociones relacionadas con sentimientos como el amor y la ternura o expresiones como el llanto, ello no significa que no los experimenten o manifiesten. Un sentimiento es una conmoción, y al parecer no existe posibilidad de no tener sentimientos. En la interacción cotidiana, fluyen continuamente sentimientos y emociones que nos despiertan las personas o los objetos con que interactuamos. Otra cosa es la manera en que se expresan esos sentimientos, y cómo son percibidos por los otros(as).

La relación interpersonal también implica una relación intersubjetiva que, sin duda, llegan a establecer las personas mediante el intercambio de signos, símbolos y significantes lingüísticos y culturales. Sin embargo, dado que siempre están presentes los conflictos y la incertidumbre, la experiencia de la intimidad es compleja, puesto que la experiencia de sentimientos es interna.

En relación con el acto performativo, cuando se expresa una emoción, no es la propia emoción lo que se manifiesta, sino la emoción convertida en imagen. Sentimientos básicos como el miedo, la alegría y la furia, dan una imagen más estereotipada y, por tanto, más fácil de interpretar. La estereotipia se convierte en una máscara que bloquea cualquier otra expresión emocional, al mismo tiempo que no permite al interlocutor que le provoque más que lo permitido por su estatuto emocional.

Aunque intimidad no es sinónimo de afectividad o emocionalidad, estos sentimientos representan los medios privilegiados por los cuales se manifiesta ésta. En los hombres es común manifestar ciertas emociones como alegría, coraje o enojo, e incluso desecho en algunos casos. Los sentimientos son evidentes, pues difícilmente se pueden ocultar, disimular o manipular. Sin embargo, sentimientos como el amor, el cariño, la ternura sólo se externalizan en situaciones especiales. Se podría pensar que generan cierta incomodidad por su referencia a reacciones y aspectos femeninos.

En los últimos tiempos se ha presentado y de alguna forma explotado –en los medios de comunicación, en el cine y los anuncios publicitarios–, la imagen de hombres sensibles, expresivos y afectivos. Esto es muestra de un cambio en el nivel de significado cultural de la prescripción de la masculinidad que reiteraba que “un hombre no debe llorar”. Aunque esto podría indicar un cambio en el estereotipo masculino, resulta interesante que hasta la fecha haya jóvenes a los que les sigue resultando difícil expresar sus sentimientos. Sirvan como ejemplo los siguientes testimonios:

Yo te acepto, te escucho, te apoyo, hablamos, te doy lo que esté en mis manos, pero en el sentido afectivo no me pidas las cosas que yo te las de, porque si no me nace dártelo de mí hacia ti no te lo doy. Se me hace hipócrita si yo realmente no lo siento. No te lo voy a dar, y si tú me lo pides, te lo voy a dar de mala gana. Por ejemplo, cuando te dicen “dime que me amas”, ¡oye! No, ¡qué estupidez es ésa!, “¡ay! se siente bonito cuando me lo dices”. Si tú me lo pides ya me estás ordenando, ya me lo estás pidiendo, no sale de mí hacia ti. Es algo nefasto, hipócrita. Es lo peor que puedes hacer. En cambio, si tú con tus acciones o con lo que sea a mí me nace decirte te amo, ese te amo vale más de los miles que me pides (Grupo jóvenes).

Para que pueda mostrar afecto a alguien lo tengo que sentir. Muchas veces lo siento pero soy muy tosco para darlo. Por ejemplo, yo quiero mucho a mi papá pero muy pocas veces se lo he dicho. No sé cuando lo voy a decir. Como que se me cierra la garganta y no, no puedo (Grupo jóvenes).

Mi abuelita hace un año tenía cáncer pulmonar por fumar tanto. Yo la quiero mucho y me costó mucho trabajo decirle que la amaba, aun sabiendo que se iba a morir; bueno, ya se murió, pero me libré como de algo que tenía aquí y me oprimía, que podía decirlo y hasta que se lo dije. Ya cuando se murió no me dolió tanto, pero a mí me cuesta mucho trabajo expresar lo que siento por otra persona (Grupo jóvenes).

Para los hombres entrevistados resultó verdaderamente nueva la experiencia de indagar sobre su afectividad. En sus narraciones no aparece de forma expresa o manifiesta la vivencia de ésta o de su emocionalidad. Sin embargo, a partir de sus conflictos, malestares y ausencias se puede aprender un poco sobre este aspecto de sus vidas. La expresión es casi nula. La lectura del rostro, el tono de voz u otra forma de expresión corporal son las maneras que prevalecen para comunicar los sentimientos. Incluso, el simple hecho de estar con la pareja sirve en sí mismo como indicador que da a entender sin palabras que se quiere a una persona o que se está a gusto con ella.

La experiencia de indagar sobre su afectividad resaltó en los entrevistados los miedos y costos que los hombres consideran que tendrían que pagar en caso de mostrar sus sentimientos hacia otra persona. El temor a ser lastimado, a ser rechazado, a ser manipulado, a ser dependiente, a perder, a dar armas que puedan usarse en su contra o a desprotegerse fueron las constantes más recurrentes. También sobresalieron algunos beneficios como el de no lastimar a otra persona o evitar conflictos con ella.

En resumen, en los datos empíricos se observa que el sentido de unicidad y de la integridad del yo de los sujetos no se diluye por establecer múltiples relaciones. Por el contrario, con ello aparece en los hombres la sensación de un yo interno, profundo, real y verdadero, que es resguardado y protegido por el enmascaramiento del rostro con múltiples imágenes, simulaciones y representaciones que obligan a mantener un nivel de superficialidad en el trato interpersonal.

La performatividad, en su sentido más manifiesto, evidencia la constante actuación, la permanente vigilancia y continua atención en las prácticas, los significados y los sentimientos relacionados con la cultura de género. En la identidad masculina, la performatividad impone a los hombres la reproducción de actos reiterativos que les permiten construir las imágenes que consideran que son las que demandan las mujeres. Entre estas se incluyen proyectar seguridad y fortaleza, ser buenos proveedores y protectores, ser exitosos y ser difíciles de atrapar y de retener por una sola mujer, ser responsables de la pareja e hijos y, sobre todo, no externalizar sus sentimientos, porque hacerlo exponería su debilidad y vulnerabilidad.

Por lo tanto, demostrar ser “todo un hombre” y ser reconocido como tal, no requiere sólo del sexo biológico, sino de la acción repetitiva de comportamientos, pensamientos, sentimientos y actitudes que sirven para representar en el escenario el papel que les corresponde como género masculino. Los hombres identifican las posiciones que ocupan en la sociedad y lo que ello implica, tanto en su identidad como en lo que proyectan a los demás. Por ello, deben demostrar permanentemente a los demás que son unos “verdaderos” hombres. La potencia y disponibilidad en el ejercicio de la sexualidad y los desafíos y pleitos entre hombres, así como la capacidad para “poder” mantener a la familia, son algunas de las prácticas que confirman su hombría.

La actuación cotidiana requiere el uso de máscaras, las cuales se usan porque intereses y propósitos también hay detrás de ellas. Si bien los entrevistados las consideran como necesarias, también reconocen que éstas generan superficialidad y artificialidad, y junto con la imposibilidad de ser sinceros. Como consecuencia, los hombres hablan de lo riesgoso que es revelar cuestiones personales o mostrarse tal como son, pues temen ser rechazados y manipulados por las mujeres, particularmente los más jóvenes. Los adultos sienten temor de ser objeto de reclamos, reproches o chantajes constantes. A su vez, los hombres *gay* se reservan el derecho de permanecer en el clóset.

La conciencia y verbalización de los hombres sobre la actuación que llevan a cabo en torno a la performatividad del género no implica que hacerlo sea un acto volitivo y meramente instrumental, sino que la cultura de género y los mecanismos psíquicos, sociales y culturales han naturalizado y vuelto imperceptible que ese “sí mismo” inherente, que se percibe como la esencia del sujeto, se haya construido en el mismo proceso del devenir de la identidad de género; con ello se origina la ficción de que el individuo actúa para los otros. Sin embargo, pasa inadvertida la transformación en el propio cuerpo, incluidas su psicología y su determinación de sujeto sexuado.

La percepción de la distancia entre un yo verdadero y las imágenes plantea los escenarios en que se vive una representación como simple ficción o como parte intrínseca y profunda del individuo. Las regiones de Goffman permiten visualizar los espacios simbólicos que sitúan a la persona en circunstancias de mayor o menor exposición a la intromisión, vigilancia y control de los otros. La región anterior es la

imagen que entra en juego en el espacio público. Por su lado, la región posterior se percibe como aquella parte privada que se protege de la mirada ajena, pues es la que resguarda la reserva a que se refieren los hombres. Ésta es asimilada como la experiencia íntima.

La reserva incluye información que no se desea compartir con otras personas, no sólo porque implique vulnerabilidad, sino la destrucción total. La reserva protege al sujeto mismo y evita dañar a los que se quiere. Asimismo, la transparencia absoluta daña porque hay cosas que hieren y lastiman, por lo visto, de forma permanente. La intimidad como una cualidad en el vínculo afectivo no se reduce a la confesión de secretos o de aspectos muy personales, sino que sirve como una herramienta para mantener nexos que permitan una mejor calidad en las relaciones interpersonales.

Capítulo IV

Dos planos de la intimidad:

El personal subjetivo y el interpersonal social

Entendida como una dimensión de la vida social y personal, la intimidad ubica al individuo en una intersección entre las condiciones estructurales, su interacción cotidiana con otros sujetos y su individualidad. Como se ha señalado anteriormente, desde una mirada psicosocial, la intimidad constituye un cruce entre la subjetividad individual y el mundo social.

En el plano individual, la intimidad se asocia estrechamente con la experiencia de los sujetos en sus relaciones primarias más significativas, sus fantasías, sus pensamientos, su conciencia de sí, su identidad, su afectividad y su emocionalidad. En el plano interpersonal, responde a formas de interacción establecidas por un orden social, por ritos y por modalidades de relación cara a cara.

La cultura y la sociedad producen –por medio de instrumentos simbólicos, ideológicos, económicos y políticos– sujetos “masculinos” y “femeninos”, pero éstos no son entes inunnes o pasivos, sino sujetos que interpretan, disciernen y reaccionan de distintas formas ante las diversas situaciones de la vida social. Así, el género, como un ordenador social, regula las posiciones y las formas de relación de hombres y mujeres, así como los pensamientos, comportamientos y sentimientos de las personas. A su vez, estos aspectos son reproducidos por los mismos sujetos. Con lo anterior, no se pretende establecer una división tajante entre los mundos externo e interno, sino visualizar tal relación como un continuo en que las relaciones intersubjetivas influyen en los individuos, pero en que también éstos transforman dichas relaciones.

Por ello, en el presente apartado se analizarán diversos factores implicados en ambos planos: la seguridad ontológica, la identidad, el cuerpo, elementos que forman

parte de la subjetividad masculina y las relaciones interpersonales más significativas que establecen los hombres en su vida social.

4.1 Plano personal-subjetivo

La intimidad, como una experiencia ligada a la vida emocional de las personas, se relaciona con la construcción de las subjetividades masculina y femenina, ya que interviene en la manera en que están entrelazados el mundo social exterior y el mundo interior del sujeto. Lo anterior repercute en la conformación del yo del individuo y en las dinámicas de interacción social y formas de sociabilidad.

Si –como apunta Lagarde (1997)– la subjetividad está conformada por la afectividad, la intelectualidad y los contenidos y métodos de pensamiento, se entendería que un canal por el que se expresa dicha subjetividad radica en las formas de sentir, en las emociones y los afectos de hombres y mujeres, así como en las maneras de expresarlos. Por otra parte, la subjetividad se manifiesta también en los contenidos del pensamiento, en la conciencia que tiene el sujeto de sí mismo y en su sentido de identidad.

La subjetividad pasa por el cuerpo e incluye el yo. El yo como instancia que se conforma ante la reacción de los otros comprende la noción de quién se es, la conciencia de ser de determinada forma, del sí mismo o del “mí”,⁷³ y refleja la forma en que el sujeto ha construido un saber sobre sí –producto de las diversas relaciones con los otros–, lo que le permite configurar una imagen para el exterior, que se reconoce diferente al interior, para sí mismo. Es decir, el sujeto tiene conciencia de la distancia que media entre ser para los otros y serlo para consigo mismo. Esto permite plantear una conexión entre el saber de sí –el yo– y la reflexión del yo –el mí– con las prácticas de autoconocimiento y de introspección y de la relación con el propio cuerpo.

⁷³ Para Mead (1993) la interacción del sujeto con otros individuos permite la conformación del “yo” y el “mí” como fases de la conciencia. En donde el “mí” es un yo socializado, civilizado, pasado por el contrato social, moldeado por las exigencias de la sociedad, es la serie de actitudes organizadas que adoptamos, que incorporamos y a las que reaccionamos desde el yo, y que entre ambos, en estrecha unión y armonía, configuran la personalidad.

El sentido que adquieren estos aspectos para los hombres lleva a plantear las implicaciones que tiene la subjetividad masculina en la identidad y en la seguridad básica, así como en el conocimiento de sí, en el trabajo de reflexión que llega a realizar y en la relación que mantienen con su propio cuerpo.

4.1.1 Subjetividad masculina

Desde una perspectiva sociológica, la posición subjetiva masculina, que ubica al sujeto en una posición “activa”, permite al hombre realizar sus objetivos, eliminar obstáculos para conseguirlos, movilizarse en defensa de los más débiles, “proporcionar a la familia todo lo que necesite, defenderla de las amenazas exteriores, triunfar ante las adversidades, vencer a los rivales; ser capaz de realizar los propios objetivos” (Izquierdo: 1998: 6), todo ello, le permite construir una subjetividad asertiva, orientada a la consecución de objetivos.⁷⁴

Aceptar la propuesta de entender la masculinidad como una posición simbólica, que ubica al sujeto como un ser “activo”, aunque esencialista, permite entender cierta lógica y significado presentes en la ideología de género, que denota agencia, independencia y autonomía en los hombres y, que sin duda, continúa teniendo un peso importante en las prácticas de muchos de ellos.

La autonomía en los hombres se observa claramente en las posibilidades de acción que les brinda sentirse dueños de los recursos económicos y apropiarse de cierto capital simbólico que les da prestigio. Hay aspectos de carácter interno y social que parecieran dar la sensación de mayor independencia en los hombres. Así, por una parte está el sentimiento de seguridad ontológica adquirido en la infancia; por otra, la construcción sociocultural de una identidad masculina. Pero ambos aspectos se resignifican y actualizan también por medio de determinadas prácticas como el conocimiento de sí, la introspección y la relación con el cuerpo. Analicemos cada uno de ellos.

⁷⁴ Mientras que, para esta misma autora, la subjetividad femenina está orientada al cuidado, a la conexión con los demás, a la disposición a satisfacer las necesidades ajenas (*Idem*).

4.1.1.1 Seguridad ontológica

Los sentimientos permiten ligar al individuo con otras personas o cosas: implicarse en algo, consigo mismo y con otros (Heller, 1999). Así como el recién nacido necesita ligarse con la persona que lo nutre para sobrevivir, las personas necesitan establecer vínculos para sobrevivir en este mundo social. En particular, el sentimiento de seguridad es un elemento clave en el desempeño social de todo individuo.

En este sentido, la confianza básica permite a las personas reducir las fricciones potenciales, desarrollar la habilidad de confiar en otros y proveer estabilidad y predictibilidad en un ambiente social complejo y contingente (Whitehead, 2002). A su vez, la seguridad ontológica permite al sujeto construir su sentido de intimidad y establecer relaciones de confianza y cercanía con otras personas.

En la conformación de este sentimiento entran en juego toda una serie de factores. Por una parte, la significación personal⁷⁵ es esencial para la vida humana, ya que permite al sujeto establecer una conexión con el mundo externo. La relación entre el infante y la persona que le proporciona cuidado, alimento y cariño permite que surja en él o ella un vínculo afectivo que le hace incorporar en su subjetividad e identidad estas experiencias particulares. Cada relación niño(a)-madre o cuidadora establece un vínculo único, cargado de sentidos y significación particular, en que cada niño(a) significará de forma única dichos vínculos. Estos adquirirán por su lado gran importancia en su vida adulta.

Se entiende que uno de los vínculos más significativos para el infante es el que establece con su madre, quien le brinda la seguridad básica para su sobrevivencia y

⁷⁵ Nancy Chodorow (2003) sostiene que la significación es una construcción personal y a la vez cultural que incluye la anatomía y las relaciones objetales internas, la actividad psicológica que es contingente, con una historia individual y biográficamente específica, que se produce dentro de una cultura en donde el cuerpo, las significaciones culturales, la familia del individuo, las condiciones económicas y políticas, la clase, la raza, las prácticas de socialización, el impacto ejercido por la personalidad de los padres, son elementos que se refractan y se construyen a través de las proyecciones e introyecciones, y de las creaciones de la fantasía que los dotan de significación psicológica. Es decir, la significación sería la forma en que el sujeto ve al mundo y a sí mismo, permitiéndole actuar y relacionarse de una determinada forma con él.

tranquilidad. El hecho de que el niño deje que la madre se aleje de él, de su presencia y de su mirada, le permite ir elaborando una certeza interior que le posibilitará vivir una separación sin experimentar angustia, enojo o frustración, dado que la seguridad ya está internalizada, a la vez que le permite ir construyendo su yo, su sentido de sí mismo. De ahí la importancia que tiene para la persona ser reconocida por los otros como lo fue por su propia madre.

Sin embargo, los procesos por los que atraviesan niños y niñas para adquirir esta seguridad son diferentes. Al parecer, en los niños se presenta un proceso de desidentificación al renunciar a la conexión con la persona que le proporcionó los primeros cuidados, es decir, la madre, y una contraidentificación con el padre. Ello provoca un trauma emocional que deja secuelas y que sustrae de las relaciones íntimas (Bergman, citado en Blazina, 2001).

El proceso de desidentificación que atraviesa el niño redundará en una detención emocional que se manifiesta en un nivel intrapsíquico⁷⁶. Blazina⁷⁷ considera dicho proceso como normativo pero, al mismo tiempo, como poco benéfico para el desarrollo de los aspectos masculinos, en el sentido de que este trauma emocional dejará un funcionamiento primitivo en algunas áreas de la psique. Las continuas fantasías no realistas, la perspectiva desintegradora del yo y de los otros y el miedo a perder la identidad son problemas que los hombres pueden encontrar ante la intimidad.

Se tienen entonces dos figuras relevantes en estos procesos psíquicos: la relación con la madre, la cual permite la conformación de la seguridad básica, y la relación con el padre, que posibilita la identificación con el modelo base en la reproducción de su condición de género. En este sentido, se entendería que ambas figuras permiten la construcción subjetiva de una identidad de género.

La conformación del yo y de la identidad se construye mediante los vínculos que establece el sujeto con otras personas –las cuales tienen un género determinado, una historia y una arquitectura sentimental específica–, y que se transmite mediante el

⁷⁶ Proceso que, para esta teórica, incluye el uso de: a) parcialización del objeto relacionado, b) fantasías no realistas acerca del significado de la satisfacción completa, y c) dificultades con los límites intrapsíquicos.

⁷⁷ *Idem*.

lenguaje toda una cultura en ese vínculo afectivo, por lo que el infante internaliza esas categorías culturales y les da una animación y matiz individual, las hace subjetivamente significativas.⁷⁸ Por lo tanto, la forma de vivir la intimidad está relacionada con la estructuración de ciertas formas de masculinidad y, por ende, con las dificultades o tropiezos que los hombres concretos pueden experimentarla en sus relaciones interpersonales.

4.1.1.2 Identidad masculina

La identidad masculina se inscribe en una visión binaria y dicotómica: masculino-femenino. Al parecer, ser hombre, y ser reconocido como tal, se basa en aparentar no ser femenino ni semejante a las mujeres, así como tampoco ser homosexual, que en última instancia se asimila con la feminidad. Aunque sabemos que la realidad es más compleja que esta polaridad, los indicadores simbólicos más presentes en la cultura de género, y que hacen que la masculinidad se constituya como tal, son el rechazo y el alejamiento de rasgos o atributos vinculados con la feminidad (Badinter, 1993).

La relación del niño con el padre adquiere un peso fundamental en el desarrollo del sujeto masculino, resulta fundamental en la identidad y en el futuro desempeño que como hombre tendrá el sujeto en su entorno social y cultural.

La figura del padre proporciona al infante elementos para conformar su identidad, pero el tono emotivo de esta relación crea además en el niño un “núcleo afectivo de sí mismo” (Castilla, 2001), que repercutirá en las formas de relacionarse con las mujeres y con otros hombres en el futuro. Así, en el siguiente testimonio se observa

⁷⁸ La dimensión psicológica permite a Chodorow (*Idem*) pensar el género en dos dimensiones: el género objetivo y el género subjetivo. El objetivo lo refiere a las diferencias observadas en los rasgos de la vida psíquica o mental o en los aspectos de la personalidad, el carácter o la conducta que tienden a diferenciar o a caracterizar los sexos; el subjetivo contempla las construcciones personales de la masculinidad y la feminidad, elementos consciente o inconscientemente vinculados con el sentido de uno mismo con el género; pueden incluir las fantasías sobre el propio género, las fantasías sexuales, conscientes o inconscientes, conectadas con el sentido de género, la imagen corporal, la identidad central de género y las identificaciones de género, por lo que cada persona experimenta las significaciones culturales del género de modos personalmente particularizados, a los cuales les atribuye proyectivamente significaciones emocionales y asociaciones de fantasías inconscientes.

cómo la carencia de afecto con el padre y de un modelo de masculinidad ausente de expresiones positivas de afecto repercute en la vida emocional de los hombres adultos:

Mi papá no es nada expresivo, ese afecto paternal nunca lo tuve, nada más era de mi mamá, y con mi papá siempre hay una distancia, y actualmente bastante amplia, supongo que yo también la reflejo mucho en la relación con otras personas, con los hombres no estoy acostumbrado a que me toquen y hasta me pongo duro, también la relación con mi hermano es de una distancia (Daniel).

Y hablando de la afectividad, me acuerdo que, en los nebulosos recuerdos que tengo de la infancia, era que mi papá no me acariciaba (Grupo adultos).

Nosotros actuamos dependiendo de nuestra educación, los padres nos van dando una imagen. Esa imagen nosotros la vamos retomando, queremos ser como ellos, la ideología del padre es no tomar de la mano a los hombres, no abrazarse con los hombres, no tener contacto físico con los hombres. Se te queda esa ideología. Al tocar un hombre lo sientes mal, te sientes mal contigo mismo porque ya tienes impuesta esta idea que es muy difícil de quitar (Grupo jóvenes).

Si se pretende observar la intimidad en la entrega, compromiso y apertura que tienen las personas entre sí, y se considera que los hombres son renuentes a la misma, que no se muestran abiertos ni expresan verbalmente sus sentimientos ni pensamientos a la pareja, cabe preguntarse qué pasa con la condición masculina que dificulta a los hombres, de carne y hueso, cubrir dicha demanda.

En el discurso de los hombres entrevistados, aparece una figura paterna distante, fría y poco expresiva, e incluso violenta en algunos casos. Los entrevistados señalan que la falta de contacto y afecto con el padre es una de las causas de su poca capacidad para expresar sus sentimientos y mantener relaciones cercanas y cariñosas con pareja e hijos. Sin duda, este proceso de identificación del niño con el padre incluye rasgos de la masculinidad dominante y, por ende, elementos para construir su propia arquitectura sentimental; sin embargo, el vínculo entre ambos va más allá de la propia ideología de género.

La identificación de los hombres con la figura paterna implica reconocer la autoridad que otorga el lugar que ocupa el sujeto en la estructura familiar. En la relación padre e hijo es patente un ejercicio de poder que, al menos en algunos casos, conlleva sentimientos de competencia, rivalidad y distancia. Lo que se observa en el sentido social que construyen los hombres respecto a las relaciones con sus padres no es sólo la

falta de cercanía y afecto, sino también los conflictos y la fricción que este vínculo produce por el ejercicio de poder, algo que quizá va ya más allá de la relación de autoridad, como se observa en los siguientes comentarios.

Le debo a mi padre por esa figura paterna, un poco el padre Kafka, autoritario. Mi padre era así, yo le decía: "tú debes vivir en la zona de Contreras, porque en todo me llevas la contraria". En otros tiempos no era posible que yo pudiera decirle eso, entonces me permitió relacionarme de otra manera con mi padre, ser más afectivo con él. Esto te permite tener relaciones interpersonales más asertivas, más seguras (Grupo adultos).

Esta expresión vieja "el hombre es macho y que aguanta y no llora" sigue teniendo una terrible fuerza [...] entonces, uno tiende a no hablar porque trae cargas. De chicos nos ponían una madrina, pues ahí traes una bronca [...] a mí me pasó algo semejante con mi padre, nive que llegar al momento de perdonarme y perdonarlo, lamentablemente no pude, él estaba muy en la dureza y se nos fue [...] pero esta carga emocional que los hombres traemos para relacionarnos es lo que me parece importante de reconocer (Grupo adultos).

La relación de autoridad del padre respecto del hijo podría esconder también una negativa del primero a reconocer y legitimar al otro –al hijo– como un sujeto similar, como un "hombre de verdad". En esta situación podrían estar implicados factores de índole psicológica y social. Por ejemplo, en algunas comunidades aún se observa la vigencia de ciertos ritos de pasaje que los hombres deben cubrir para ser reconocidos como tales: tener relaciones sexuales con trabajadoras sexuales, el casarse y ser padres son algunos de ellos.

En los discursos de los hombres entrevistados se observa, particularmente en relación con la identidad masculina, que aún prevalece la visión dicotómica masculino-femenino en los referentes que constituyen su autoimagen. En las narraciones de los hombres se puede identificar la manera en que representan y perciben a las mujeres, y ello tiene también una estrecha relación con la forma en que ellos se miran a sí mismos.

En el caso de las mujeres, las describen con atributos muy positivos, como fuertes, luchonas, honestas, solidarias y centradas.

Las mujeres tienen alegría de vivir, no son achacosas, siempre están queriendo el triunfo diario, vivir el día bien y lograr lo mejor de él, muy luchonas (Lauro).

Las mujeres por el hecho de dar a luz a un hijo las vuelve más terrenas, con los pies en la tierra, más en casa, contrario a los hombres como divagados, viajados, siempre en la estratosfera (Felipe).

Como que a veces siento que somos el sexo débil, las mujeres luego son más fuertes, a veces toman determinaciones que ¡híjole! La verdad sí me sorprenden (Grupo jóvenes).

Por una parte, en el discurso se aprecia una idealización de las mujeres. Son descritas como dueñas de más rasgos instrumentales, aunque quizá esa imagen no corresponda con el trato de la vida cotidiana en las relaciones concretas. Si las mujeres son más terrenas y muestran una actitud positiva ante la vida, ¿cómo se percibe el hombre frente a la mujer? ¿Cómo deben ser los hombres? Los entrevistados no elaboran expresamente una descripción del ser hombre. Sin embargo, si no hay una manera específica en que los hombres se definan a sí mismos, en oposición a la descripción que hacen de las mujeres pueden ser o llegar a ser débiles, dependientes y vencidos.

Otro de los referentes próximos de la identidad masculina lo constituye el machismo.⁷⁹ Este sirve para dar cuenta de lo que “no” son ellos y como referente para construir una imagen de sí y de distinción respecto de los otros. Al parecer, los hombres deben estar atentos de no parecerse a las mujeres, sin que esto implique llegar a un machismo exacerbado, puesto que ambos extremos colindan con la feminidad.

Para los jóvenes entrevistados, el machismo es la debilidad que se esconde detrás de la imagen construida de un hombre fuerte, que presume de la seguridad de no caer nunca en la dependencia de una mujer y de su capacidad en el ejercicio de su sexualidad, pero que finalmente es una imagen construida y que, por ende, pueden perderla. Según ellos, en el peor de los escenarios, enamorarse de una mujer los puede someter al control y dominio de ésta.

En la identidad masculina, la figura del macho también puede llegar a representar un peligro de acercamiento con la homosexualidad. Esto se explica por el hecho de que, en esta visión binaria, ésta se ubica del lado de la feminidad. Como lo

⁷⁹ Gutmann (2000) ha hecho referencia que el machismo como arquetipo de la masculinidad siempre ha estado íntimamente ligado al nacionalismo cultural mexicano, en el que desde un principio se ha vinculado singularmente con los pobres, los que no son refinados, los no cosmopolitas o los no estadounidenses.

primero que se le cuestiona a un homosexual es su masculinidad y, por añadidura, su condición de “hombre”, todo “hombre” debe alejarse de lo que pueda vincularlo con la feminidad y la homosexualidad. Ello se observa en el siguiente testimonio.

Continuando un poco con lo del machismo, está muy relacionado con la homosexualidad. Se maneja que el machismo, cuando eres macho, estás a un paso de ser homosexual porque llegas a un punto en el que llegas a despreciar a la mujer. Entonces cambias de bando y ahí es cuando viene la contradicción. Se puede decir que los machistas tienen todas las mujeres, tienen todo en exceso y llegan a un punto en el que pierden totalmente todo. Si es de cuidado no saber cuáles son las limitaciones o el campo que tiene el machismo (Grupo jóvenes).

En la fantasía y las creencias de algunas personas, se considera que tener demasiado sexo con el género opuesto llega a “cambiar” la orientación sexual o, también, que el hombre es tan macho que puede hacerlo hasta con otros hombres. El sentido de la potencia de una supuesta masculinidad irrefrenable llega incluso a la idea de que puede traspasar las barreras del cuerpo y del género en el deseo de satisfacer su apetito sexual.

Tengo amigos homosexuales, no tanto de convivir con ellos, pero gente que yo respeto por sus ideas, se me han insinuando. Eso a mí me ha llevado como a plantearme por un lado la interrogante y por otro lado el rechazo. Verdaderamente tienen problemas de que no pueden tener una relación humana sin que esté influyendo el asunto del sexo. Esa parte no me interesa conocerla, he rechazado la homosexualidad como la rechazan los hombres en general (Grupo adultos).

Como se ve, considerar al hombre homosexual como un sujeto que busca en todo momento un acercamiento erótico con otros hombres los confronta con sus congéneres, con los cuales comparten los rasgos de la masculinidad dominante y, particularmente, con el elemento central de la identidad masculina: la sexualidad. Con este aspecto se pretende desoñocer el gran parecido que comparten ambas masculinidades, como se ejemplifica en el siguiente caso:

En nuestras relaciones con las mujeres, en términos de amistad, a mí me ha pasado mucho en la relación con las mujeres que yo no puedo disociarla de la cuestión de la sexualidad, siempre hay como un entramado por ahí (Grupo adultos).

La masculinidad dominante ha visualizado la homosexualidad y el homoerotismo como un peligro que atenta contra la identidad masculina. En este sentido, la homofobia desempeña un papel muy importante. El homosexual –sujeto que reencarna los peligros del homoerotismo– les recuerda el lugar de marginación y vulnerabilidad que ocupan éstos, pero es además un elemento que coloca a los hombres en la posición de objetos de deseo. Con ello se entiende que los hombres heterosexuales ocupan supuestamente el lugar de lo femenino, de lo pasivo, cuando son considerados como objeto sexual, en particular por otros hombres. Visualizar al hombre homosexual como un sujeto que busca en todo momento seducir y tener un acercamiento erótico con hombres heterosexuales refleja la fantasía masculina de una sexualidad desbordada e irrefrenable de la que también se les acusa a ellos.

Los temores y peligros de perder la posición que otorga la masculinidad propician que los varones rehuyan a situaciones o reacciones que los asemejen con significados asociados a la feminidad, como la receptividad, pasividad, necesidad o afectividad. Por una parte, se podría pensar que el temor a la homosexualidad y a lo femenino es lo que permite reproducir la división sexual de los roles afectivos. De este modo, al ocuparse los hombres de las cuestiones instrumentales y las mujeres de las afectivas, con ello contribuyen en ambos al fortalecimiento de los modelos tradicionales de género. Por otra, considerar lo femenino y la homosexualidad como aspectos negativos que atentan contra el yo masculino implica seguir repitiendo el patrón de una identidad reactiva basada en la misoginia y en la homofobia.

4.1.1.3 El conocimiento de sí

Como se analizó en el capítulo II, es particularmente interesante la manera en que los entrevistados plantean privilegiar el autoconocimiento y la introspección como formas de vivir la intimidad. Éstas pueden implicar estrategias de protección ante una identidad frágil y barreras para establecer una distancia con otras personas.

Entendida como autoconocimiento la intimidad denota, en primer lugar, una perspectiva individual más que relacional –la cual no implica un contacto con las

propias emociones ni con el propio cuerpo—, y por ello se vive como una experiencia solitaria y silenciosa, que en algún sentido clude el compromiso y diálogo con un otro. Es como si para el sujeto se desdibujara la importancia de la relación “yo”, “tú” o “nosotros”.

El autoconocimiento, al menos en algún sentido, está vinculado con la conformación de la reserva, ese espacio simbólico que ayuda a resguardar para sí los aspectos negativos, destructivos o vergonzantes, más personales y privados, que así permanecen ocultos de la mirada pública e incluso de la propia.

En cambio, la introspección permite el diálogo con esa reserva. Ambos aspectos dan lugar a un manejo y una instrumentalización del sentimiento que se emplea como estrategia para mantener distancia y control respecto de los otros, para evitar fricciones en una relación interpersonal y para mantener la imagen pública e impedir que se atente contra el propio yo.

En su manifestación más evidente, la introspección representa una forma de renovar la confianza y las energías para la vida social, y es también una forma de tener un mejor manejo de las situaciones cotidianas que enfrentan las personas en sus relaciones interpersonales. Sin embargo, también plantea una forma de autocontrol que funciona como estrategia para evitar que otros lo controlen a uno. Si se pueden identificar los puntos débiles, se pueden prever y disminuir los riesgos.

Desde que Foucault (1990) postuló las tecnologías del yo, se entendería que éstas no sólo transforman a los seres humanos en sujetos, sino también que les permiten reconocerse como objetos para sí mismos mediante el llamado a observarse, analizarse, descifrarse y reconocerse. Lo anterior les permite tener poder sobre sí mismos y controlar sus vidas con el propósito de encontrar bienestar o felicidad. Finalmente, se remite al saber como el poder que permite al mismo yo tomar acciones sobre su vida con confianza y seguridad ante el mundo.

Estos dos procesos, el autoconocimiento y la introspección, pueden tener como trasfondo, en algún sentido, la idea de un sujeto independiente, autónomo y autosuficiente, en tanto el yo se constituye como atención primordial y la importancia

de las relaciones con otros queda en un plano secundario. No se reduce solamente a que se conciba un egocentrismo del sujeto, sino que no se reconoce al otro como interlocutor ni como medio para el propio autoconocimiento, cambio y transformación.

Ya se ha señalado la diferencia en la forma de relacionarse que tienen hombres y mujeres. Gilligan (1996) apunta que la voz y el lenguaje que emplean unos y otras lleva a pensar a los hombres que si ellos se conocen a sí mismos –siguiendo las palabras de Sócrates– también conocerán a las mujeres. Para las mujeres, prevalece la idea de que solamente conociendo a los otros llegarán a conocerse ellas mismas. De este modo, se genera un desconocimiento en los hombres que los lleva a la desconexión que tienen respecto de las mujeres, así como al desconocimiento que tienen las mujeres de estar disociadas de ellas mismas.

Según estas consideraciones, se observa que los hombres mantienen, al menos en su discurso, una intención de autoconocimiento; sin embargo, no resulta evidente tal conocimiento de sí mismo ni de sus relaciones. Es decir, si los hombres conocieran efectivamente sus aspectos internos y tendieran a la reflexión e introspección, conocerían mejor a las mujeres, y ello les permitiría mantener una mejor relación y establecer vínculos libres de miedos e inseguridades. Muy por el contrario, los hombres manifiestan expresamente sus temores y su desconocimiento respecto de las mujeres, de otros hombres y de ellos mismos.

4.1.1.4 El cuerpo masculino⁸⁰

La experiencia del cuerpo es central en la vida de toda persona. Éste representa el lugar donde se significan y adquieren sentidos particulares las características o atributos físicos, el esquema corporal, las sensaciones, los placeres y los deseos. En este sentido, el cuerpo es producto de diversos procesos sociales y culturales, así como de una entidad biológica con la cual se relacionan dichos procesos.

⁸⁰ El tema del cuerpo es de principal importancia en la experiencia de la intimidad masculina, sin embargo, por razones de tiempo, en el presente trabajo se abordan únicamente algunos de los aspectos desarrollados en los grupos de discusión.

La cultura de género sienta, en cada lugar, tiempo y contexto, las bases de los regímenes a que serán sometidos los cuerpos para producir sujetos sexuados. Se trata de cuerpos contruidos con base en su propia historia, en los vínculos con otros cuerpos, en su valoración propia y en la ajena, así como en las fantasías e imágenes que se conforman al margen de la conciencia y en los deseos que se inscriben en el mismo cuerpo. Es decir, el cuerpo masculino se conforma en relación con los significados y prácticas que reproducen los sentidos de la masculinidad y de las posiciones y jerarquías que ocupan hombres y mujeres en el entramado social.

El cuerpo, como punto de partida y de retorno en la construcción de los sujetos de género, permite al individuo ir conformándolo de acuerdo con su identidad de género. Lo anterior se consigue por medio de una repetición de actos que reproducen su condición de “hombre”: el hecho de ser biológicamente “macho”. Para Connell (2003: 81), el género masculino es, entre otras cosas, una forma de sentir en la piel, ciertas formas y tensiones musculares, ciertas posturas y formas de moverse y ciertas posibilidades en el sexo. Estas formas quedan determinadas por las condiciones de vida, la clase social, el color de la piel, el deseo erótico y, principalmente, el género.

Al analizar las entrevistas individuales y de los grupos de discusión con los hombres, se observa en primer lugar que los participantes abordan poco el tema del cuerpo, como si no hubiera mucho o nada que decir respecto a él o como si careciera de importancia o pasara inadvertido.

De cualquier modo, el grupo de los hombres jóvenes logró articular una pequeña discusión en torno al cuerpo por medio del tema de la apariencia física. El grupo de hombres *gay* y el de los adultos heterosexuales lo abordaron más en relación con el asunto de la sexualidad. Los aspectos vertidos en la discusión se pueden agrupar en dos aspectos: apariencia física y emociones y sexualidad. Estos aspectos se retomarán a continuación.

a) La apariencia física

En la información que proporcionan los jóvenes se observa claramente una preocupación por el aspecto estético del cuerpo. Al respecto, señalan la trascendencia de las experiencias de rechazo que han vivido por parte de las mujeres, así como los defectos físicos y la figura corporal propia en la niñez y en la actualidad.

El esquema corporal constituye un elemento fundamental en la interacción y la convivencia social. La complexión del cuerpo, el color de la piel y el cuidado de la estética del mismo son elementos que marcan su imagen corporal, su autoconcepto, su identidad y su yo. Particularmente, los jóvenes resaltan el malestar que sentían en la infancia al haber tenido un cuerpo gordo o muy delgado.

Con tus cuates, a lo mejor te puedes ir a un balneario y normal, pero no puedes ir al balneario con una mujer porque te da pena. va a perder la idea de ti y va a decir: "¡Ay, mira! ¡Que barrigón!" (Grupo jóvenes).

Depende realmente de lo que hayas vivido [...] puedes tener el trauma de la pubertad o de la adolescencia [...], te rechazaban porque eras gordito o tenías una malformación. Todo eso se te queda porque a veces las mujeres te rechazan, entonces vives con ese trauma a lo largo de tu vida. Te afecta mucho la forma de relacionarte (Grupo jóvenes).

El cuerpo se constituye incuestionablemente como un instrumento de que dispone el sujeto para las relaciones interpersonales, "para las interacciones, eróticas, empáticas, intelectuales [...] el sujeto se priva de muchas interacciones, eróticas, afectivas, de amistad, en la medida que las juzga imposibles con un cuerpo infravalorado" (Heller: 1999: 139). Es interesante observar que más que hablar de un cuerpo masculino que refleje el estereotipo de fortaleza, resistencia, potencia, etcétera, los jóvenes aludieran a la estética de éste y el papel que cumple en relación con las mujeres.

Es muy probable que lo anterior se relacione con la edad, la moda y los estilos de vida contemporáneos; sin embargo, también habla de cierto relajamiento de las prescripciones de género tradicionales.

En el caso de los hombres *gay*, la importancia del aspecto físico y la alta valoración de la estética del cuerpo resultan de gran valor para la sociabilidad *gay* y para el establecimiento de relaciones e interacciones sexuales y afectivas. No obstante, el cuerpo se considera como un instrumento que permite el acercamiento con otros hombres y la posibilidad de selección de parejas sexuales y afectivas. Sin embargo, fuera de este sentido que adquiere en algunos hombres *gay*, el cuerpo representa la parte más privada y reservada del individuo.

b) Las emociones y la sexualidad

El cuerpo no es meramente un conjunto de partes materiales de un ser vivo —como arterias, masa muscular, órganos y fluidos—, sino que es una entidad cargada de simbolismos, sensaciones y diversas emociones. En este sentido, la vida emocional de los hombres también se manifiesta en sus cuerpos.

En los hombres adultos, el tema del cuerpo parece ser aspecto impreciso, vago o quizá no consciente ni reflexionado. Sin embargo, en el siguiente comentario se observa, en general, este mismo desconocimiento del cuerpo y su forma casi automática de operación y funcionamiento. Se aprecia, asimismo, su lugar cercano con la intimidad y con la sexualidad.

Para retomar un poco lo del cuerpo. Hay una dimensión del ser uno mismo, de ese diálogo interior que cuesta mucho, pero debo reconocer que existe, que interactúa con estas reservas propias de la intimidad. El cuerpo es también como la conducta, digamos como muerto, enmascarado. Si uno observa, estamos llegando al resultado de un proceso de automatización, con todo lo material. Entonces, el cuerpo y las relaciones son algo automático [...] hay algo enmascarado, algo desconocido, quizá porque suponemos que lo conocemos mucho, pero es enmascarado en formatos, normas de convenciones de cómo funcionar. Yo creo que al pensar el cuerpo se vuelve a presentar estos niveles de ambigüedad, de intimidad, de relaciones, de la formación de un ser único en su relación con los demás. Creo que en buena medida en el cuerpo se reproducen todos estos elementos como impedimentos para relacionarte; por ejemplo, en la sexualidad es muy claro, muy típico en términos del cuerpo. A través del cuerpo tú reflejas mucho de tus inhibiciones, de lo que eres, de los espacios y de la intimidad, eso te da información. Uno cree, anda por la vida y establece relaciones a través de su cuerpo, pero con muy, muy escaso nivel de conocimiento de su cuerpo, de las necesidades que tiene, de explorar en términos de sus funciones, en términos de requerimientos (Grupo adultos).

La relación de los hombres con el cuerpo también representa una forma de intimidad consigo mismos y de autoconocimiento, así como de reserva. El cuerpo masculino, al parecer, se construye en términos de la contención y represión de diversas emociones, y representa el espacio más íntimo. Para los jóvenes, hay temores para desnudar tanto el alma –el yo– como el cuerpo por la pérdida de la imagen creada ante las mujeres. A su vez, los hombres adultos miran el cuerpo de las mujeres pero no el propio. Por su parte, los hombres *gay* perciben su cuerpo como un instrumento de sociabilidad y si miran el de otros hombres, si bien se trata de una mirada que implica una exposición de su deseo y riesgo de violencia. Los aspectos que comparten estos tres grupos de hombres son la distancia que interponen, la instrumentalidad del cuerpo mismo y la disociación racionalidad-emocionalidad.

En general, el cuerpo representa un reducto de la intimidad masculina, como lo refiere el testimonio que se presenta más adelante. Sin embargo, a diferencia del autoconocimiento y de la introspección, que experimentan los hombres como formas de intimidad consigo mismos, el cuerpo no es objeto de conocimiento ni de reflexión, simplemente se tiene y se usa, pues ahí está, por lo que la relación con él es casi silenciosa. En algunos casos también se racionaliza o intelectualiza sobre él y se le justifica ante determinado desempeño. En el ejercicio de la sexualidad, el cuerpo de los hombres, que se vive de forma automatizada, es el instrumento que da cuenta de sus sensaciones de placer, de su sensibilidad y de su erotismo; el cuerpo es también el que habla de su propia existencia, por lo que la sexualidad puede representar una forma mediante la cual se experimenta el cuerpo masculino.

Yo también creo que el cuerpo se relaciona mucho con la intimidad, porque el cuerpo es lo más íntimo que tienes y puedes hacer con él lo que quieras (Grupo jóvenes).

Estos procesos cognitivos, físicos, emocionales, identitarios y subjetivos de los cuerpos se verifican mediante un conjunto sostenido de actos corporales que tienen la capacidad de la acción y la transformación de los mismos (Butler, 1990). En este sentido, el género se concibe como una serie de expresiones originales y sustanciales que están siempre en un constante hacer. El “ser” hombre resulta de la misma construcción performativa en el hacer. Es decir, en el hacer cotidiano se construye el ser hombre.

La cultura de género produce cuerpos masculinos, sujetos que en la cotidianidad tienen que demostrar que son hombres mediante acciones constantes. A lo anterior se llega a través de la asimilación, la introspección y la incorporación de símbolos culturales, pautas de comportamiento, acciones y prácticas diversas que van modelando los cuerpos masculinos.

El cuerpo es una situación histórica, pues representa una manera de ir haciendo, dramatizando y reproduciendo una situación histórica. En este sentido, el cuerpo adquiere su género en función de una serie de actos que se renuevan, revisan y consolidan con el tiempo. Sin embargo, en la conciencia de los hombres, el cuerpo masculino ha perdido parte de su historia, puesto que simplemente se le tiene, se le posee o se es parte de él, pero sin que se tenga una conciencia ni contacto claro con él.

4.2 Plano interpersonal y social

Las relaciones interpersonales implican obligadamente relaciones emocionales entre las personas: de cercanía, alejamiento, rechazo o aceptación. La experiencia de la intimidad constituye un elemento central que permite a los sujetos diferenciar los vínculos personales en superficiales o profundos, y con ello experimentar determinados sentimientos, manejo de conflictos, relaciones de poder, resistencias y negociaciones.

Las emociones, entendidas como disposiciones sentimentales,⁸¹ posibilitan la sociabilidad, el establecimiento de vínculos y la vivencia de sentimientos como el amor, la amistad, la solidaridad, pero también contrapartes suyos como el odio o la aversión. En nuestra cultura, sentimientos como la ira y la agresión se asocian, particularmente,

⁸¹ Heller (1999: 129) considera a las emociones como sentimientos orientativos de contacto, es decir, como disposiciones sentimentales que nos orientan en la elección de personas y cuya proximidad o contacto pueden ser buenos para nuestra personalidad, o sobre las que se deben evitar. Además de que dichas emociones son puramente sociales e idiosincrásicas, por lo tanto dependientes del contexto histórico y cultural.

con la subjetividad masculina y con los hombres, en tanto que otros como el amor y la ternura, se identifican en mayor medida con la feminidad y con las mujeres.

El hecho de que los hombres sean capaces o no de desarrollar profundos sentimientos emocionales en una relación con otra persona depende, en gran medida, tanto de su contexto cultural como de su propia historia de vida. Sin embargo, socialmente se marea una tendencia en la forma en que lo experimentan hombres y mujeres y lo comparten con otros(as).

Desde la teoría social se ha señalado que la división sexual del trabajo fracciona la vida sentimental de las personas y marca roles afectivos para cada género. De este modo, a los hombres se les sigue asociando prioritariamente con los roles públicos e instrumentales, y a las mujeres con los privados, estéticos y afectivos. Es decir, la división sexual del trabajo produce una separación y una asimetría sexual de los roles afectivos (Lipovetsky, 1999: 19). Por lo anterior, al parecer, dicha división sigue reproduciendo hasta el presente el reproche de las mujeres hacia los hombres por su incapacidad para los aspectos sentimentales y, a la inversa, el de éstos hacia las mujeres considerarlas como enigmáticas, contradictorias, imprevisibles, “complicadas”, impulsivas e “invasoras”.⁸²

Desde esta perspectiva, se puede decir que los hombres presentan una suerte de analfabetismo en relación con la vivencia y la expresión de emociones como el cariño, el amor o la ternura. Asimismo, la ideología de género y, particularmente, el modelo dominante de masculinidad —que reprime y sanciona las expresiones relacionadas con la feminidad— hace que estas emociones se conviertan en hábitos sentimentales o requieran ser autorregulados y controlados por los mismos hombres para evitar que atenten contra su identidad: contra el yo del sujeto masculino.⁸³

Es decir, se genera tanto un aprendizaje que reprime determinados sentimientos como una forma estereotipada para expresarlos. En este sentido, habría que pensar en

⁸² *Ibidem*, pp. 25-34.

⁸³ Heller (1999: 132) señala que “tanto el carácter emocional como la personalidad emocional son hábitos sentimentales. Si reaccionamos con sentimientos idénticos o similares ante circunstancias, situaciones o acontecimientos semejantes, llegamos a habituarnos a esos tipos de reacción, o si nuestros tipos de reacción sentimental en general han adquirido unas formas rígidas, generalizadas, típicas”.

las formas en que los hombres viven sus sentimientos y las implicaciones que tienen sus expresiones en sus relaciones interpersonales. Es importante identificar el bienestar o malestar emocional en los hombres y las maneras en que se comunican dichos sentimientos, dado que la verbalización u otras expresiones comportamentales representan elementos importantes en la experiencia de la intimidad masculina.

4.2.1 Las relaciones amorosas de los hombres

Si la seguridad ontológica se finca fundamentalmente en la relación madre-hijo(a) y en la figura materna, se entiende el significado cultural que se atribuye a las mujeres como cálidas y amorosas. Asimismo, se comprende, aunque no por ello se justifica, que la tarea asignada a las mujeres sea responsabilidad de la vida afectiva de los hombres. ¿Cuál es la razón que mueve fundamentalmente a los hombres para establecer un vínculo de pareja? Al parecer, es el amor que pueden sentir por otra persona o sentir que son amados.

En el siguiente testimonio se aprecia la importancia que tienen las mujeres en la seguridad básica de los hombres. Tal parece que en las mujeres descansa la seguridad ontológica, incluso desde el momento del nacimiento del varón.

En mi caso ya son veinte años de casado, ya es una vida, y me he planteado que quizá el elemento más poderoso del hombre es el amor y la tolerancia de las mujeres que te brindan la seguridad básica (Grupo adultos).

En el plano social, tener pareja, establecer un matrimonio o tener hijos(as) permite cubrir parte de las prescripciones y demandas sociales —entiéndase por esto cubrir el requisito social del matrimonio y el de ser padre como prueba de ser un hombre “de verdad”—, pero también existen factores de índole subjetiva, como el deseo, los sentimientos, los requisitos de seguridad y la “necesidad” de amar y ser amados.

En las relaciones amorosas de los hombres, particularmente en los hombres jóvenes, se observa una relación ambivalente con respecto a las mujeres. Por una parte, los hombres buscan el cariño, la aceptación y la entrega de las mujeres, en el supuesto de que son ellas quienes dan seguridad básica. Por otra parte, consideran que

enamorarse de alguien o amarlo demasiado trae como consecuencia manipulación, abandono, debilitamiento; por ello viven sus relaciones amorosas con miedos y temores.

Cuando una persona se enamora se tiene que enamorar cincuenta por ciento con la cabeza y cincuenta por ciento con el corazón, no existe o no debe existir el amor pleno o el enamorarte totalmente. Es precisamente cuando ocurre que de repente pasa algo y tú eres el que sale más afectado, para mí no tienes que enamorarte al cien por ciento (Grupo jóvenes).

Cuando tú le dices a una chava "¡ay! te amo, te amo, te quiero" poco a poco comienzan a hacer que tú dependas más de ellas, de que tú te entregues más. Por eso muchos tipos se reservan más para no caer en la dependencia o no caer en el juego de ellas (Grupo jóvenes).

En el caso del enamoramiento, es muy ilustrativa la forma en que se vinculan hombres y mujeres. Según Freud (1914/1981), la persona, al enamorarse, dirige parte de la energía del yo hacia el objeto amado. Es decir, el yo se extiende y debilita a la vez, lo que fortalece al objeto investido de esa libido. Pero también hay diferencias en torno a la manera en que se dan estos procesos en hombres y mujeres.

El hombre ama de forma completa a su objeto y lo elige con base en la imagen de la persona que recibió cuidados y atenciones en la infancia, con lo que surge el estado de enamoramiento y, por ende, un empobrecimiento de la libido del yo en favor de dicho objeto. En cambio, en las mujeres, sobre todo en las más bellas, según Freud, la elección de objeto se da con base en sí mismas, es decir, de tipo narcisista, lo cual resulta desfavorable para estructurar un amor objetual regular. Por ello se observa que en las mujeres más bellas nace una complacencia hacia sí mismas que las compensa de las restricciones impuestas por la sociedad a su elección de objeto.

"[...] tales mujeres sólo se aman, en realidad, a sí mismas y con la misma intensidad con que el hombre las ama. No necesitan amar, sino ser amadas, y aceptan al hombre que llena esta condición" (*Ibidem*, p. 2025).

Lo anterior genera, según Freud, insatisfacción del hombre enamorado y dudas sobre el amor de la mujer, así como sus lamentaciones sobre los enigmas de su carácter, aunque existen muchas mujeres que aman conforme al tipo masculino.

Suponer que la persona que se enamora empobrece la libido del yo en favor del objeto, y en el caso de la persona que es amada, sea hombre o mujer, presenta un

fortalecimiento de su yo al convertirse en el objeto amado para el otro, constituye, más allá de un proceso intrapsíquico, un referente social que sigue reproduciendo la creencia popular de que, en una relación afectiva, quien más pierde es el que se enamora. Asimismo, representa una visión del enamoramiento que coincide con la propuesta del llamado narcisismo social, según la cual las personas también buscan enamorarse de otras que enriquezcan su autoimagen y posición social.

En el caso de los hombres entrevistados, se observa una renuencia a reconocer el hecho de estar enamorado más que el de no vivir esta experiencia. Sin embargo, esto no significa solamente que las mujeres amen y deseen ser amadas, y que los hombres sean amados y no deseen amar. En el caso de los segundos, sentir amor hacia otro ser los debilita, porque se sienten vulnerables y dependientes. Por ello, tanto hombres jóvenes como adultos temen que sean descubiertos sus “verdaderos” sentimientos, situación que los pondría en riesgo de caer en la manipulación de otros(as).

Según Izquierdo (1998), la mujer se posiciona como objeto de deseo –el ser para el otro– y el hombre como sujeto deseante: el que desea. Las mujeres desean ser deseadas y amadas, pero también necesitan demostrar que aman, mientras que, en esta performatividad de lo masculino, los hombres desean y cortejan a la mujer para enamorarla, pero siempre con la renuencia a aceptar que “necesitan” amar y no únicamente el ser amados. Como los hombres se sienten seguros con el apoyo emocional que reciben de las mujeres, necesitan ser amados pero temen expresar que aman. A su vez, las mujeres se sienten seguras bajo la protección de los hombres y necesitan demostrar que aman y que dependen de ellos, aunque temen revelar que son más independientes de lo que demuestran.

Los hombres trabajan y se esfuerzan por obtener el amor de los otros. No necesitan amar sino ser amados y quieren sentirse necesitados sin necesitar, aunque también se enamoran, y en algunos casos el ser proveedores o dueños de los recursos materiales les permite conseguirlo o incluso comprarlo. La subjetividad masculina se caracteriza por presentar un conflicto con la capacidad de “necesitar” y no únicamente de querer (Dimen, 2004), porque la necesidad remite a la infancia, a la dependencia, a la feminidad y al estar bajo el control y la dominación de otros.

Inmersos en un sistema de relaciones sociales, los hombres ocupan una posición de privilegio en la estructura social. Dicha posición exige comportamientos, actitudes, conocimientos, pensamientos y afectos que reproduzcan no solamente el proceso de continuidad y coherencia entre sexo, género, práctica sexual y deseo (Butler, 2001), sino también una compatibilidad entre apariencia, modales y medio (Goffman, 1971). Es decir, la imagen debe corresponder con las prácticas y las formas que los hombres emplean para demostrar su identidad de género. Esto nos habla del carácter performativo del género, que implica no nada más poseer un cuerpo biológico determinado, sino también demostrarlo con acciones y una apariencia que corresponda a dicho cuerpo. Tales procesos condicionan la vida emocional de los hombres y sus relaciones amorosas y de pareja. Las exigencias que perciben de las mujeres hacen que la intimidad se convierta en un vínculo que les pone en un terreno poco explorado, por lo que les resulta difícil manejarlo.

Al pensar en el enamoramiento en los hombres, se observan dos aspectos: 1. Mencionan abiertamente tener miedo de ser manipulados y dependientes de las mujeres. Podemos decir que, efectivamente, existe una sensación de debilitamiento, pero quizá no solamente por desplazar parte de la energía libidinal al objeto amado, sino también por el temor de verse descubiertos en su aparente fortaleza e independencia, de lo cual son conscientes. Puede decirse que los mandatos de la masculinidad hacen que se viva un *performance* continuo que permite construir una imagen que, según los hombres, corresponde a la que las mujeres esperan encontrar en ellos.

2. El hombre lucha por no enamorarse o, al menos por no demostrarlo, para no sentirse bajo el dominio de otra persona, pero necesita sentirse amado por las mujeres y necesita la compañía de ellas. Aun así, existe una negación o incomodidad para reconocer “necesidad” de amar y de ser amados, sobre todo porque “necesitar” remite a una condición de dependencia y vulnerabilidad.

Sin embargo, a pesar de la pretensión de independencia y de los temores manifiestos que externan acerca de las mujeres, para algunos hombres no es fácil o no saben vivir sin una relación de la cual reciban algún apoyo emocional. Al parecer, uno de los grandes temores de los hombres es la soledad. En este sentido, ya en otros trabajos se ha observado que los hombres, antes de terminar una relación, establecen

muchas veces otra (Jiménez, 2004). Son pocos los que se permiten estar solos un tiempo de su vida, sin establecer una relación de pareja –o al menos así lo indicaría el hecho de que antes de terminar una relación inicien otras–, o bien mantienen relaciones paralelas en que, al momento de sentir que aman a la otra persona, renuncian a su actual pareja. Pero en todo ello llama la atención el escaso espacio que se dan para vivir solos, consigo mismos, para cobrar conciencia de sus fracasos y analizar y reflexionar sobre sus vidas, su sexualidad y su vida afectiva.

Si bien en nuestra sociedad el machismo ha propiciado y validado la poligamia masculina, o justificado que los hombres busquen nuevas parejas femeninas al corto tiempo de una separación o de la muerte de la esposa, el discurso de los hombres refleja una necesidad de recibir apoyo emocional femenino. Los hombres también manifiestan temor de verse solos o faltos de recibir nutrimento afectivo.

El tema de la soledad fue discutido por los hombres heterosexuales adultos, pero más en el sentido de un desconocimiento de la misma, dado que la mayor parte de su vida han estado involucrados en diversas relaciones.

Yo me casé a los 25 años, después de una relación de ocho años, mi matrimonio duró tres años, dos entre azul y buenas noches y no funcionó, y estuve a punto de casarme en dos ocasiones más, pero no sé si esta presión de que me quiero casar es porque no quiero estar solo, no, ligerito, caminando bien (Grupo adultos).

Yo siento que no me conozco, yo nunca he vivido solo, la primera parte del cachito de mi vida fue totalmente dependiente de la mamá, la segunda dependiente de la esposa, y el tercer cachito de independencia en donde puedo vivir solo no lo he tenido, yo siempre he estado con alguien, no sé si no me conozco, no sé como soy yo, no sé cómo sería yo estando solo, entonces hay momentos en que añoro un poco esa soledad, pero no sé realmente como sea, nunca he estado allí, pero para mí sigue siendo una incógnita. ¿Cómo me desempeñaría con mi mujer, en mi trabajo, si no tuviera una pareja? Teniéndola, uno es diferente en la familia, papá, mamá, en la pareja, en el trabajo, si uno ve todo como se relaciona con sus hijos, con las nuevas generaciones, también no sé que haría sin hijos [...] pero pensando en la soledad yo nunca he estado solo, siempre he estado en función de alguien, y no sé como sería yo solo, no sé cómo buscarlo, no sé si lo esté buscando (Grupo adultos).

Si tu autoestima es baja te lleva en consecuencia a colocarte en relaciones dependiendo con una estructura emocional y afectiva coja, ¿qué buscas en las relaciones? soy gregario, gregario, gregario, este valor de la soledad, del crecimientoy enriquecimiento, en todas sus manifestaciones, es algo que uno quisiera, a veces busca uno a alguien porque no se tolera solo, no es capaz de

vivir su propio ser, cuando uno busca una relación, ¿cómo es que nos relacionamos con nuestras parejas? o ¿Cómo nos relacionamos si estamos constantemente cambiando de pareja? ¿Por qué ocurre eso? En mi caso yo sé que originalmente se dio sobre la base de no saber parte de mi mismo, y afortunadamente a lo largo de los años, pero con muchos costos y broncas pude encontrarme con mi compañera (Grupo adultos).

Es interesante observar cómo en los vínculos de pareja que establecen los hombres están presentes temores y responsabilidades más que por un bienestar o satisfacción de la misma. Aunque la mayoría de los hombres entrevistados no hablan sobre la carencia de afecto o una necesidad de mayor contacto y cercanía emocional, tampoco muestran intención alguna por mejorar su vida sentimental, por lo que se pueden inferir ciertas dudas o malestares de sus experiencias afectivas.

El caso de Lauro permite ver una aparente satisfacción de su vida emocional con relaciones de pareja cortas y, al parecer, poco comprometidas, o incluso esporádicas. Sin embargo, refiere aspectos muy idealizados de los vínculos amorosos, que en la mayoría de los casos no corresponden con la realidad, sino con el deber ser, con los modelos impuestos por la sociedad. Ello se puede interpretar de algunos de sus comentarios:

Era más sutil..., levantarse con ella, dormir con ella; más a gusto, más tranquilo que vivir la fiesta acelerada del chupe con el cuate. Ya es un poco más de responsabilidad vivir con ella como pareja, diferente, no tan a la ligera. ¡Ay! se siente y se vive con intensidad, con alegría, con muchas sorpresas. Hay un poco de calor, un poco de nuevas cosas. No sé, no es lo mismo tratar de pensar que puedes vivir con una mujer hoy y mañana tal vez no. Es un poquito de añoranza pensar que puede dejarte o que puede pasar algo y se rompa esa relación. Entonces, es parte de compartir amistad. Se vive diferente, ¿Qué tanto la quise? pues no sé que tanto. Fue creciendo algo grande entre los dos. Qué tanto la quise que nos dejamos. Nos tuvimos que separar porque había diferentes intereses. La dejé por habernos querido. No hay un valor que le pueda dar del cero al diez, pero siento que cambió mi vida.

Para Daniel y Pedro, las relaciones afectivas con las mujeres han sido problemáticas y con muchas desventajas. Al parecer, aunque desean establecer relaciones estables de pareja, señalan algunos obstáculos que impiden su realización. Algunas problemáticas las remiten a asuntos de índole general: la pérdida de autonomía, la negociación del tiempo, el trato cotidiano, la monotonía o los celos. También mencionan otras de tipo material, como el dinero y el trabajo doméstico, así como

problemas de tipo sexual. Aunque no expresaron la “necesidad” de estar en pareja, sí señalaron malestar en relación con sus limitaciones en cuanto al manejo y contacto con sus afectos y emociones.

Lo que pasa es que uno tiene amigas, pero nada mas serio. De repente llegas a estar con alguien, todo bien. Pero en la cotidianidad llegas a darte cuenta de que hay cosas que no te gustan { . . } los celos son complicados, pero también cosas de la casa, los gastos. También va haciendo el deterioro el cuánto aportas o no, de conflictos, y lo peor cuando no se habla de estos puntos, ¡ya! los dineros son los dineros, vamos a aportar. La rutina; como comer todos los días tortillas, hasta el cuerpo; en el sexo que se pone ahí y ya; porque eso lo hace más rutinario el asunto, cuando de repente se vuelve una especie de maniquí; la volteo a ver y ya sé lo que va a decir, lo que va a hacer. Eso es feo. Creo que es parte de no tener iniciativa. Ya sabes que va a apagar la luz, le van a rechinar los zapatos. Cuando ya no hay asombro, ya no hay más allá. Esa rutina rompe con la capacidad de asombro, y llega a molestarte. Yo creo que la búsqueda es de mantener el interés. Cuando conoces a una chava, platicas, te cae bien, sales y luego terminas en su casa. A mí me ha pasado sobre todo que de repente cuando tomo alcohol se me agudiza el olfato de una manera que ni yo me soporto. Así que llegas a su casa. Al otro día amanece con unos olores que no soportas. Tienes que correr, porque además esa brusquedad, la atmósfera que se crea antes y al final es patético. Esa parte de que se va, no se va, es terrible. Y si uno evita esto a lo mejor uno no va a tener grandes emociones, pero se las puede inventar uno mismo (Pedro).

Mi vida afectiva, en general, es bastante vacía y un poco solitaria. Realmente, no me he dado la oportunidad de conocer a las personas [...] Por otra parte está el perder esa independencia, el tener que compartir más, más de mi tiempo con una persona. Generalmente he estado solo, organizo mi vida como a mí me plazca. Hago lo que quiero generalmente, y puedo ir acá, puedo ir allá [...] andar con una persona es “ven acá”, “vamos a vernos”, no quiero, tengo flojera “¡ah! es que no me quieres ver”, y ese tipo de problemas que realmente me desespera bastante, más cuando uno empieza a conocerse. A veces no tener ganas de ver a la persona y no lo entiende, cree que tienes por ahí otra persona. Hay broncas y se rompe la relación y ya, bueno, así han sido (Daniel).

Por una parte, existe una exigencia social para vivir la vida emocional de determinada manera desde el mismo hecho de tener una pareja. Pero además está el factor que dicha relación tenga la calidad de íntima. Se trata de requisitos que cada individuo puede cubrir o no; sin embargo, el sentimiento que genera no tener una pareja, o no tener una relación “íntima”, produce no únicamente un sentimiento de devaluación en términos de reconocimiento social, sino también posibles sentimientos de frustración, de soledad o de incompletad que puede experimentar la persona. En este sentido, no lograr mantener una relación, como es deseable socialmente, podría implicar una autoestima devaluada.

Las justificaciones que dan algunos hombres para no involucrarse en relaciones que impliquen compromiso –como sostener que la felicidad está en la persona misma– revelarían una concepción de sujetos autónomos e independientes. Sin embargo, en todo caso, las satisfacciones, los logros y los reconocimientos que producen semejante sentimiento de felicidad se generan siempre en un contexto relacional, en la relación de un individuo con otro. Todo individuo vive en una red de relaciones sociales que le dan sentido a su vida y, por lo tanto, los sentimientos son producto de la interacción del individuo con su entorno. Si se piensa en la seguridad básica que todo ser humano necesita para manejarse adecuadamente en la vida social, en el caso de los varones se aprecia, quizás de manera más marcada, en comparación con las mujeres, que la negación de “necesitar” se enmascara con actos que denotan independencia y autonomía, justamente por el hecho de estar reproduciendo una cultura de género que sanciona tales aspectos en los hombres.

La cultura de género condiciona la vida interior de los hombres, así como su emocionalidad y afectividad. Las exigencias que perciben de las mujeres hacen que la intimidad se convierta en un vínculo que les pone en un terreno poco explorado que, por lo mismo, les resulta difícil manejarlo, pero aun así deben seguir aprendiendo de él.

4.2.2 La construcción de nuevas relaciones

La intimidad, vista en las relaciones de pareja, produce la idea de que en la actualidad se están construyendo relaciones más democráticas y satisfactorias para hombres y mujeres. Giddens (1998), dedicado al estudio de la transformación de la modernidad, señala la misma intimidad como parte de los cambios recientes. Las transformaciones en este aspecto se concretan en la llamada “relación pura”,⁸⁴ producto de los nuevos ámbitos de la vida personal, donde existe la elección voluntaria de con quién se quiere estar o compartir la vida y en la cual la confianza se genera a partir de una apertura mutua.

⁸⁴Si analizamos algunas de las características ideales en la relación pura que plantea Giddens, podemos ver algunos puntos que serían difíciles de ubicar en nuestra sociedad mexicana. Él considera que la relación pura: no está anclada en condiciones externas de la vida social o económica; la relación se busca sólo por lo que puede aportar a los contrayentes; implica el autexamen cotidiano, está organizada reflexivamente; hay “entrega” que sustituye al anclaje externo; se centra en la intimidad; depende de la confianza mutua entre los interesados; la identidad del yo se logra por el autoconocimiento y la intimidad con el otro.

Para este teórico, las relaciones puras basadas en relaciones simétricas entre dos individuos tienen un doble filo: dan la oportunidad de desarrollar una confianza cimentada en compromisos voluntarios y una intimidad intensificada, lo que genera seguridad y bienestar psicológico. No obstante, a la vez las llamadas relaciones puras implican tensiones y aun contradicciones internas, pues generan cargas enormes para la integridad del yo. En éstas siempre está presente la posibilidad de una disolución y, en determinadas circunstancias, la intimidad puede ser psíquicamente más perturbadora que gratificante.

En relación con esta visión, es difícil pensar en una democracia al interior de una relación de pareja heterosexual u homosexual cuando las asimetrías de género siguen siendo una constante y, como es sabido, la democracia social se mantiene aún como un ideal en países como el nuestro.

La relación pura es un concepto que se tendría que manejar con cuidado al tratar de aplicarlo en contextos culturales que se alejan de las sociedades democráticas. Si bien algunos hombres y mujeres jóvenes consideran ahora que viven en condiciones de mayor equidad y que las asimetrías de género han quedado en el pasado, habría que ver que determinadas prácticas demuestran lo contrario. Baste pensar en el incremento de la violencia y la explotación física y sexual hacia las mujeres para ser más reservados al respecto. Por ejemplo, el reconocimiento y el aumento de las prácticas sexuales de las mujeres no implican en ningún sentido un cambio en la percepción que los hombres tienen respecto de ellas o de las formas de dominación masculina. En el siguiente testimonio un entrevistado habla de las mujeres:

[...] Son amigas que me presentan mis primos, que de repente están medio descocadas [...] mmm...muy liberales [...] con las cuales sería difícil establecer una relación seria [...] quizá por la falta de fidelidad de su parte (Daniel).

En las relaciones democráticas no sólo debe existir un reconocimiento de la autonomía y el derecho del cuerpo de cada sujeto, sino también de la valoración que se establece en términos afectivos de ello. La vigencia de la doble moral y la percepción maniquea de la mujer buena y mujer mala son expresiones actuales de una sociedad que continúa desfavoreciendo y devaluando a las personas por su condición de género.

La transformación de las relaciones de los hombres respecto de las mujeres debe ir más allá del uso del lenguaje correctamente político. El reconocimiento de los otros como sujetos autónomos, con pensamientos, deseos y formas de ser distintas, no se logra exclusivamente con la racionalización o por el simple hecho de saber que se tiene derecho a ello, sino también con el sentimiento que acompaña al acto efectivo de reconocer al otro como sujeto con todo lo que ello implica.

Las relaciones entre hombres representan también un reto más en tanto prevalece en ellas una distancia dados los temores hacia el homoerotismo y los significados que se asocian ante las demostraciones afectivas y no violentas entre hombres, así como las viejas prácticas de competitividad y rivalidad entre los mismos.

Como bases de la intimidad, la emocionalidad y la afectividad están determinadas por los significados culturales del género. La masculinidad, constituida en oposición a la feminidad, rechaza diversas prácticas, actitudes, comportamientos y pensamientos que remiten a los referentes de la otredad, de aquellos que son diferentes, lo que no son ellos. Esto tiene implicaciones en la forma en que se relacionan los hombres tanto con las mujeres como con otros hombres. Ser “hombre” se construye en función del otro y se refleja ante el otro sujeto, quien le da su propia existencia y legitimidad.

En el caso de los hombres heterosexuales, relacionarse con el género opuesto les plantea ahora nuevos retos, particularmente en sus relaciones de pareja. A pesar de la vigencia de la importancia que tiene el rol de proveedor para los hombres y las mujeres, el incremento de las jefaturas femeninas y la mayor participación de éstas en el ingreso del hogar permiten pensar en una flexibilización de los modelos dominantes de género. A su vez, dicha flexibilización ha posibilitado un relajamiento del modelo de masculinidad tradicional, que implicaba una mayor rigidez en cuanto a no mostrar determinados sentimientos, ser el proveedor absoluto o no mostrar vulnerabilidad en ningún momento.

De igual forma, los hombres están demandando relaciones más afectivas, solidarias y respetuosas. En la vida emocional de los hombres, intervienen diversos

aspectos para que puedan mostrarse más cercanos, abiertos y honestos con las mujeres y con otros hombres. Un elemento fundamental para ello es la confianza, y ésta difícilmente puede existir en condiciones de inestabilidad. Tradicionalmente, el hombre ha percibido a la mujer como una amenaza, en tanto son depositarias de la vida afectiva de la pareja, lo que a juicio de los hombres, les confiere una herramienta y fortaleza que puede ser utilizada para la manipulación y control de los mismos. El hombre evita y se niega al acercamiento y al compromiso por temor de ser objeto de poder de otro, en este caso, de una mujer.

La subjetividad es uno de los aspectos más sobresalientes en la experiencia de la intimidad de los hombres, en donde la biografía personal, las relaciones primarias más significativas y la significación personal se entrecruzan con las condiciones sociales, económicas y culturales e históricas para dar cuenta de esta experiencia social.

Capítulo V

Reflexiones finales

1

El estudio de la experiencia de la intimidad en los hombres ha permitido reflexionar sobre diversos aspectos de la vida social. En primera instancia, reta a concebir la intimidad de forma integral, como una dimensión de lo social y un punto de intersección entre los mundos personal-subjetivo e interpersonal-social, que se concentra en el vínculo afectivo y permite establecer una conexión con uno mismo o con otra persona. Dicho enfoque integra una compleja interrelación de factores de diversa naturaleza, como la cultura de género, las formas de sociabilidad, la identidad, la vida emocional, la subjetividad masculina, las relaciones de poder entre hombres y mujeres. Implica también varios niveles, y condiciones sociales, así como la relación interpersonal e individual.

Las condiciones sociales, económicas y políticas, como nivel más amplio, constituyen el marco y los referentes que permiten conformar espacios propicios para la intimidad. El interpersonal, donde la interacción entre sujetos estructura dinámicas de interacción específicas y permite establecer lazos y vínculos entre individuos. El nivel individual, donde la forma en que esas condiciones y relaciones son asimiladas, resignificadas por la propia historia del sujeto y que dan sentido a su experiencia de la intimidad.

Vista desde la experiencia masculina, la intimidad permite observar la interconexión entre sentimientos, poder y cultura de género, así como la articulación entre la “naturalización” de los sentimientos y el ejercicio de poder. Los sistemas sociales en que se ejerce el poder se mezclan con las maneras de amar y de vivir los afectos y las emociones. Este aspecto no se representa sólo en la subjetividad, sino también en la estructura y la organización social.

El género, como un organizador de la vida social, se materializa en los sistemas y en las instituciones, así como en los cuerpos y las subjetividades masculinas y femeninas, que reproducen a la vez el mismo orden social del que son producto. De este modo, ser hombre o mujer conlleva formas particulares de vivir las emociones. Pero, además, las formas de vivir las emociones se constituyen a partir de modelos social y culturalmente construidos pero que, sin embargo, las personas desean alcanzar.

En las relaciones interpersonales se ha llegado a conformar un modelo idóneo de vínculo, que se considera íntimo. La literatura sobre el tema refiere que una relación íntima es aquella por la que, de revelaciones y confesiones, las personas llegan a compartir y a conocerse mutuamente. En algún sentido, se tiende a pensar que la intimidad es una forma de comunicación verbal, física, emocional, intelectual o espiritual, y por lo tanto, tiende a vivirse como un descubrimiento de los misterios del otro para sentirse cerca y compartir información muy personal con la finalidad de llegar al conocimiento mutuo, y todo ello, al parecer, para lograr tan anhelada intimidad.

Esta forma de concebir la intimidad mediante el intercambio de información personal y privada, hace que los individuos tiendan a la búsqueda de relaciones que consideran “honestas” y “sinceras”. Al menos aparentemente, el mantener lazos comprometidos, confiables y emocionalmente tranquilizadores, dan sentido a la vida de una persona, le brindan bienestar y cubren sus necesidades emocionales. Sin embargo, las formas en que se vive la vida en la actualidad no son favorables para tales demandas dados los cambios y las transformaciones sociales y culturales de la sociedad contemporánea.

Las condiciones económicas, políticas y sociales actuales –que se reflejan en la falta de empleo, la migración, la competitividad y la desconfianza en líderes, partidos y gobiernos– producen inseguridad, inestabilidad e incertidumbre respecto del futuro. Las formas de vida contemporáneas –caracterizadas por una tendencia hacia el individualismo, por la aparición de mundos y relaciones virtuales que posibilitan infinitas formas de representarse, construirse e imaginarse– generan también inseguridad en los vínculos interpersonales. Más que nunca, los hombres observan ahora versatilidad del yo e imágenes creadas para espacios, grupos o relaciones sociales diversas. Son mundos posibles que el sujeto construye en sus diversas relaciones

interpersonales, pero donde tales formas de vida llevan a considerar la artificialidad, la superficialidad y la impersonalidad como elementos inherentes a los vínculos sociales.

En las formas de sociabilidad actual, los jóvenes y adultos entrevistados perciben un mundo social renuente al encuentro, al acercamiento y al compromiso, que por lo mismo es más artificial, impersonal, centrado en algún interés concreto y poco sincero. Si bien se señala que el individualismo acentúa los intereses de la persona en detrimento de lo social, el narcisismo habla de que se busca encontrar en lo social aquello que haga que sienta y enriquezca el yo del sujeto. Por ello se buscan relaciones que contribuyan de forma positiva a la imagen del sujeto ante sí y ante los otros; es decir, se trata de buscar en lo social aquello que haga sentir al sujeto como quiere y desea.

Lo anterior plantea una paradoja pues, por una parte, hay una tendencia a cultivar y valorar el individualismo, los asuntos personales y el yo, lo que, en casos extremos, lleva al aislamiento casi total del sujeto de sus vínculos interpersonales más significativos. Por otra, se anhela y se busca establecer relaciones tanto íntimas, sinceras y cálidas, como plenas de confianza, apertura y compromiso. Al mismo tiempo que las formas actuales de sociabilidad producen una sensación de insinceridad, las personas buscan establecer relaciones “íntimas” caracterizadas por la honestidad y la confianza mutua. Esta situación se da mediante una selección de los individuos a los que se les permite estar cerca y formar parte del círculo de amigos.

Entre lo que se observó en los testimonios de los hombres, se puede mencionar la pérdida de confianza en la sociedad y en los valores sociales que predominaban en décadas pasadas, así como una mayor competitividad y rivalidad entre hombres y mujeres. En el caso específico de los hombres jóvenes, se apreció también una atención particular a cuidar la imagen que proyectan hacia los demás, y en evitar mostrar lo que hay detrás de dicha imagen. Lo anterior se hace con la finalidad de no salir dañado y de proteger su yo “verdadero”.

Las formas de sociabilidad actuales propician un manejo claro y consciente de las diversas máscaras y del derecho a la reserva. De manera más manifiesta, los hombres entrevistados piensan en la intimidad en términos de confiar particularmente a

los amigos, aspectos personales y privados, es decir, develar parte de la reserva personal por medio de confesiones o revelaciones. Sin embargo, en un discurso mucho más reflexivo hacen referencia al autoconocimiento y a la introspección como la experiencia más significativa de vivir la intimidad.

a) La intimidad como revelación de información

El modelo de intimidad supone que compartir información personal y privada lleva al conocimiento mutuo. En este sentido, se entendería que dicha intimidad se logra o experimenta cuando una persona “sabe” y comparte aspectos privados con otra, y que ello las hace sentirse cercanas emocionalmente. Sin embargo, habría que pensar en el tipo de información que se comparte y las implicaciones que esto tiene en la vida de cada sujeto.

Si por conocimiento entendemos una conciencia de la realidad, esto es, llegar a saber la naturaleza o cualidades de una cosa mediante la inteligencia,⁸⁵ entonces la intimidad podría interpretarse como el conocimiento del otro. Y, en algún sentido, llegar a conocer la verdad del otro.

Por el material vertido por los entrevistados, sabemos que los hombres seleccionan y fraccionan la información que comunican a sus familiares, su pareja o sus amigos, según la pertinencia y la conveniencia del tipo de relación, el tipo de información o el interés que muestren los sujetos por compartir tal o cual información. Ante ello puede decirse que el conocimiento mutuo es relativo siempre. Asimismo, se entiende que en una relación íntima no es la comunicación de datos o información cotidiana lo que está en juego –pues esta no llega más allá de la necesaria para el adecuado funcionamiento y operación de la interacción social–, sino la información valiosa y significativa relacionada con aspectos internos y relativos a la llamada reserva.

Si por conocimiento se entiende también el descubrir la reserva o los secretos que los sujetos han acumulado a lo largo de su historia particular, la revelación de

⁸⁵ Fundación Cultural Televisa (1981) Diccionario Anaya de la Lengua

información personal lleva a interrogarse cómo lidiar con los conflictos inherentes a la sociabilidad e interacción personales. La reserva y el secreto constituyen elementos que permiten una mejor interacción personal, una cohesión de grupo y una delimitación de fronteras que posibilitan una protección individual y colectiva.

Ahora bien, si por medio del conocimiento se pretende saber los misterios o las fantasías de los otros, entonces se atenta contra la misma condición de su subjetividad, pues se anula su cualidad de sujeto autónomo en tanto se constituye como un objeto al que se le niega el derecho a su diferencia y a su subjetividad.

Aunque una relación interpersonal no es íntima exclusivamente por las confesiones que comparten sus integrantes, con frecuencia se llega a pensar en ello. De manera manifiesta, entre las expectativas que tienen los hombres sobre la intimidad está la de compartir información muy privada, pero ello les genera inseguridad al tener que revelar su “verdadero” yo, al descubrirse ante el otro. Esto da pie para que la información personal y privada se comparta con diversas personas, dependiendo del tipo de vínculo y de las posiciones de los interesados.

Aun cuando los entrevistados tienden a pensar la intimidad como una revelación o una confesión de aspectos de la reserva, no la viven de esa manera. Por ello, en las relaciones interpersonales, los hombres tienden a alejarse de vínculos que impliquen que el otro conozca sus contradicciones y sus debilidades. Prefieren eludir el compromiso emocional antes que perder la autonomía y libertad.

En los testimonios, se observan algunas confesiones o revelaciones de información personal hechas de manera circunstancial o anónima. Lo anterior da cuenta de las dificultades de algunos hombres para compartir aspectos internos con personas cercanas. En momentos que propician confianza o privacidad pueden hablar de sus problemas pero, una vez que transcurren éstos, sólo queda cierta complicidad en torno a algo que nunca pasó, de lo que no se volverá a hablar, pues no hay una continuidad ni un reconocimiento posterior de ello. Sobra decir que las confesiones hechas a desconocidos, a prostitutas o a amigos no representan expresiones de intimidad puesto que se trata sólo de confesiones circunstanciales.

El tipo de comunicación que establecen los hombres en los vínculos interpersonales lleva a pensar que, paradójicamente, tanto un fuerte hermetismo como un exceso de comunicación generan conflictos en la interacción social. Una de las consecuencias negativas que produce la renuencia de algunos hombres a establecer vínculos emocionales con una adecuada comunicación es el desdibujamiento de la importancia y de la presencia del otro en la vida personal del sujeto.

En este sentido, en algunos casos se llega a olvidar que el sujeto es tal en tanto ha establecido una serie de relaciones con otros. Asimismo, la intimidad no implica una transparencia en las relaciones. Como señala Irigaray (1998: 60), respetar el misterio del otro es respetar su cualidad de sujeto: “dejar ser al otro, no poseerlo en nada, contemplarlo como una presencia irreductible, saborearlo en tanto bien inapropiable, verlo, escucharlo, tocarlo sabiendo que lo que percibo no es mío [...] jamás reducido a un objeto o a un instrumento”.

Una relación íntima no requiere revelar el mundo interior pues, además de imposible, resulta de un dominio y posesión absolutos que elimina toda posibilidad de diálogo y reciprocidad. El respeto al silencio de la otra persona significa respetar la vida y la identidad ajenas como las propias. Así, considerar como irreductible esa posibilidad del misterio es lo que permite establecer una intersubjetividad “física, sensible, pensante, con el otro en tanto otro”.⁸⁶

Las relaciones íntimas establecidas por medio de la revelación y la confesión, de la compulsión a la cercanía o de la sola expresión de los sentimientos llevan al desencuentro y la anulación del vínculo. Asimismo, si hay renuencia o se vive con temor a compartir o a socializar aspectos significativos con otras personas, se cae en la posición de bloquear o evitar forjar un vínculo, lo que reduce el círculo de interacción y la persona termina por refugiarse en la privacidad para protegerse del mundo externo.

En la masculinidad y la forma en que los hombres la viven, la reserva y el secreto constituyen instrumentos que les permiten establecer una frontera que separa la

⁸⁶ *Ibidem*, p. 131.

representación de sí ante los otros, de su sentimiento de interioridad y mismidad. La exigencia social de representarse ante los otros con respecto al “verdadero” sentir.

b) La intimidad como autoconocimiento

El sentido con que los hombres construyen individual y colectivamente la intimidad no considera la revelación ni la confesión de información personal como medios que lleven al conocimiento del otro o a lograr dicha intimidad, sino la forma en que ellos establecen comunicación consigo mismos.

En los conceptos que los hombres tienen sobre la intimidad, se encuentran, en primer lugar, el conocimiento de sí mismos y la introspección -ambos como requisitos para poder establecer una relación cercana con otros-, y en segundo lugar, la intimidad como el producto del vínculo interpersonal. Esto nos habla de que la experiencia subjetiva de la intimidad masculina se centra en el sujeto mismo. Al parecer, el sentido de autonomía del hombre está determinado por la manera en que la cultura de género conforma la subjetividad masculina a las demandas sociales de la interacción personal.

Para los hombres entrevistados, la intimidad representa un derecho individual a la privacidad, a la reserva y al diálogo interno. Sin embargo, si se piensa que la intimidad se da en primer lugar con el sujeto mismo, ello reafirmaría una mayor atención en el individuo, en el yo del sujeto, en comparación con una visión relacional, que daría prioridad al vínculo interpersonal, al hecho de hacerse y construirse en función de los otros.

Privilegiar el aspecto individual sobre el relacional es una tendencia ligada a la subjetividad masculina. Al respecto, Irigaray (1998:27) señala que el sujeto femenino privilegia casi siempre la relación entre sujetos, la relación con el otro género y la relación entre dos personas, mientras que los hombres establecen una relación en términos de yo, “sujeto masculino, y los otros: las personas, la sociedad, consideradas como ellos y no como tú”, una relación entre lo uno y lo múltiple.

Al autoconocimiento subyace la idea de que ser consciente de la propia vida hace libres a los hombres, que cuanto menos dependiente se sea, mayor será la autonomía. Si bien, el autoconocimiento es fundamental para la vida personal y social – puesto que posibilita la capacidad del individuo para darse cuenta de sus necesidades, sentimientos, pensamientos y deseos, así como para responsabilizarse de lo que le corresponde a su propia vida y lo que pone en juego en las relaciones con otros– al pensar todo desde la propia mirada y posición se sobredimensiona la capacidad individual y se resta importancia al vínculo intersubjetivo.

La emoción, base del vínculo íntimo, significa estar implicado, por lo que al hecho de rehusar o evitar la conexión con el otro subyace una relación problemática determinada la dicotomía dependencia-independencia. En un contexto así, el sentido de dependencia también puede ir asociado al de carencia y de “necesidad”.

La pérdida de independencia representa uno de los temores más apremiantes en la experiencia masculina pues, como se ha visto, éstos pretenden no enamorarse o, al menos, no hacerlo evidente, y no muestran abiertamente sus pensamientos y sentimientos para no caer en una dependencia. Existen miedos, temores y desconfianzas que hacen que los hombres dudan el comprometerse emocionalmente.

Los temores y miedos que sienten los hombres son de índole diversa. Así, con la pareja no se muestran tal como son porque hacerlo representa un riesgo de dominio y control sobre ellos, además de posibles reclamos y reproches. También temen perder la imagen que se construyen de seres fuertes e incontrolables. Otros temores suyos son no poder cubrir las expectativas de los demás; fracasar en la vida profesional, el matrimonio y la pareja; sufrir una separación; padecer la soledad; ser descubiertos en su fragilidad; ser rechazados por las mujeres y por otros hombres; no poder con la responsabilidad de la pareja y la familia; no ser buenos protectores y el ser manipulados.

Los hombres prefieren conducir por su cuenta, en silencio, el trabajo de la intimidad: es un diálogo interno e intransferible. Asimismo, consideran que la forma de solucionar los problemas es por sí mismos, que la solución está en ellos, que la felicidad no depende de terceros y que la intimidad es en primera instancia una experiencia

propia. Sin embargo, también consideran que una de las enormes ganancias es el apoyo emocional o seguridad básica que reciben de las mujeres.

La información proporcionada por los entrevistados –como es la inquietud por el autoconocimiento, la introspección y la reflexión personal, la intimidad consigo mismos antes que con otros, el cuidado de la reserva, la construcción de imágenes y actuaciones permanentes– permite observar el modo en que los hombres se convierten en objetos para sí mismos en aras de salvaguardar su autonomía y eludir la dependencia.

II

La hipótesis de trabajo de esta investigación plantea que este modelo de intimidad es producto y a la vez proceso de la cultura de género. Esto lleva a considerar la intimidad como una relación interpersonal en que los sujetos sociales reproducen formas asimétricas de vincularse a partir de su condición de género, con lo que reproducen y se reedita la propia cultura de género.

En el presente trabajo se concluye que el modelo de intimidad abordado aquí tiende a reproducir la cultura de género porque, en primer lugar, la intimidad se concibe como el conocimiento del otro sin reconocer las asimetrías de poder entre lo masculino y lo femenino.

El modelo dominante de pensar que el estar en intimidad es conocer al otro por su reserva, sus secretos o por las partes más privadas es no reconocer su derecho a la diferencia y autonomía del otro. Es no reconocer en el otro la cualidad de sujeto en tanto se le toma como un objeto al que se le niega el derecho a su diferencia y subjetividad.

En la dinámica de la relación intergénerica, se observa en los hombres entrevistados el cuidado que ponen en proteger lo que se encuentra en el trasfondo del escenario, así como el temor que sienten de ser descubiertos y de sentirse acosados por sus parejas mujeres para revelar aspectos de su vida interior.

Igualmente, concebir la intimidad como una experiencia consigo mismos es no reconocer y no otorgarle al otro la cualidad de sujeto. En un sentido, el otro –en este caso las mujeres– no son consideradas como un interlocutor y medio para el propio autoconocimiento. El vínculo en ambos casos está dado en una relación asimétrica sujeto-objeto en tanto no se reconoce la subjetividad del otro. Por el contrario, se pretende darlo por conocido o desconocido para anular la posibilidad de diálogo, conocimiento y transformación mutua.

Si en las formas de intimidad a que los hombres hacen referencia; a) la tendencia a pretender “conocer” al otro, pero sin una propia afectación y transformación; b) a la intimidad consigo mismos, que implica una tendencia a la individualidad en oposición a la relacionalidad, en ambos subyace un sentido de autonomía. Ésta se considera como una característica de la masculinidad. Los sujetos que viven la intimidad como una experiencia en que no se reconoce o no existe la presencia del otro reproducen, en sus vínculos interpersonales, uno de los principales referentes simbólicos que remiten a la masculinidad dominante vigente en la cultura de género.

Al reiterar que se es un hombre “independiente”, se reproduce una idea de “hombre de verdad” que, a su vez, reproduce el sistema binario, dicotómico y asimétrico. De este modo, desde la masculinidad parece necesario resguardar, a cualquier precio, la autonomía y la independencia amenazadas por las ataduras de los vínculos cercanos y, por ende, por la dependencia, pues ello implica el control de unos individuos sobre otros. Si el poder es un afecto,⁸⁷ la intimidad, como una cualidad del vínculo afectivo, implicaría el ejercicio de una influencia de uno sobre otros, así como de otros sobre uno.

El sentido de dependencia va ligado a la sujeción y a la subordinación y, por ende, al poder. Si el poder es, según Foucault (1979), un conjunto de relaciones positivas y productivas –que mediante una vasta tecnología atraviesa las relaciones sociales y produce efectos de dominación a partir de cierto tipo peculiar de estrategias y tácticas específicas–, se entendería que una forma en que se materializa y concreta este

⁸⁷ Fernández (2000: 53) señala que el poder es una instancia afectiva “porque, con sus desplantes notorios y descriptibles, perfectamente controlables, ejerce efectos desconocidos sobre lo incontrolable; toca y revuelve lo innombrable y, obviamente, no se puede decir qué es lo que hizo al ejercerse”.

poder está en los vínculos afectivos e íntimos que establecen las personas, particularmente en las relaciones primarias y más significativas.

Por su lado, Butler (2001:12) sostiene que “La sujeción es el proceso de devenir subordinado al poder, así como el proceso de devenir sujeto”. Así, se es sujeto en tanto se han introyectado las leyes del juego, se ha entrado en el orden del lenguaje y en el orden social. La dependencia, como estado original del sujeto, también permanece en la psicología, la identidad y la vida emocional de los individuos. Con todo, en el caso de los hombres no se reconoce tal dependencia.

Asimismo, menciona la misma autora, que para persistir psíquica y socialmente debe haber dependencia y formación de vínculos,⁸⁸ aunque el “yo” sólo puede emerger negando su formación en la dependencia, las condiciones de su propia posibilidad. Para ello, se requiere una ocultación de tal condición. La intimidad en los hombres es el resultado de la negación de la dependencia necesaria para la existencia de la condición masculina.

La intimidad, entendida como intercambio de revelaciones y apertura de cuerpo y alma, atenta contra la subjetividad masculina. Se demanda de los hombres apertura y compromiso, y ellos responden de manera individualizada y dirigen dicha intimidad hacia sí mismos. La vulnerabilidad a la que se sienten expuestos en sus relaciones interpersonales no se ve recompensada en todos los casos, por los vínculos afectivos que establecen. Por tal motivo, la apariencia y la superficialidad a que obliga el modelo de intimidad basado en la revelación refuerza la construcción de imágenes que acepten las mujeres, y ello refuerza a su vez la cultura de género.

Si bien, los hombres consideran que en las relaciones interpersonales siempre hay un interés o beneficio que permite establecer de vínculos –de ahí la hipocresía funcional en la interacción social–, uno de los miedos más presentes en los hombres, particularmente los jóvenes, es el verse descubiertos, el que los demás se den cuenta de que “realmente” no son lo que proyectan a los demás. Se les pide absoluta sinceridad pero temen no ser aceptados, y no se puede ser “íntimo” y “falso”.

⁸⁸ *Ibidem*, p. 19.

Al parecer, en los hombres se da una relación sujeto-objeto, misma que establecen con el mundo, las mujeres y los otros. La instrumentalidad de la intimidad representa un recurso para proteger su posición privilegiada en el orden social. A los hombres les atemoriza que salgan a la luz su interioridad, sus secretos, sus reservas y sus debilidades; también les asfixia la cercanía con otra persona, el compromiso, la entrega y la continuidad; y les aterra la dependencia y la pérdida de autonomía. Pese a todo ello, se enamoran, se comprometen y establecen relaciones de intimidad. Sólo que, la forma que adquiere su experiencia de la intimidad se apega, en mayor medida, a la distancia que protege su posición de privilegio en las relaciones de género.

La dominación y la subordinación pasan por la afectividad y la emocionalidad. No hay sentimiento que no implique una reacción, una liga, una conexión con el mundo. El estudio de la intimidad, en tanto representa una cualidad en el vínculo emocional interpersonal, se vincula estrechamente con las formas en que se estructuran las relaciones y el ejercicio del poder. En el caso de la experiencia masculina, este aspecto ha representado un elemento fundamental en las relaciones interpersonales que establecen en este mundo social.

Por lo tanto, si la intimidad se instituye como un vínculo de confianza y no se visibilizan las relaciones asimétricas en la conformación de los géneros —en la producción que la cultura de género hace de los sujetos masculinos y femeninos—, no podrán establecerse vínculos afectivos que generen seguridad en los lazos interpersonales y sociales. Ello dificulta, asimismo, construir lazos que permitan una convivencia y otras formas de compartir con los otros que se base en el respeto a la diferencia, la singularidad y la equidad. Lo anterior no es una propuesta de otro deber ser o una nueva moralidad, sino más bien un cuestionamiento a las formas en que se demanda vivir la emocionalidad en los vínculos interpersonales en la sociedad actual.

Resultaría arriesgado plantear un modelo universal de intimidad masculina dado que existen muchas particularidades y una gran pluralidad en las formas de ser hombre y de experimentar la intimidad. De igual modo, la experiencia de la intimidad masculina no es universal ni es idéntica para todos los hombres, pues está sujeta a la cultura de género y a las condiciones sociales que la enmarcan y a las formas particulares de

sociabilidad que se configuran en el cuerpo social, así como a otras categorías de distinción como la clase social, la edad y la orientación sexual de las personas.

La intimidad correspondería más bien a una demanda de las clases medias que la han proclamado como un bien personal y social. La forma predominante de entender la intimidad –como la revelación de información personal y privada que lleva a las personas a establecer mayor cercanía– guarda una relación muy estrecha con la historia de la burguesía y con la modernidad.

Por una parte, los hombres que compartieron en el presente trabajo su visión y construcción de sentido en torno a la intimidad reflejan un modelo que corresponde a un deseo o expectativa social de la clase media, que valora formas tradicionales de interacción y agrupación social. Estas formas, como la familia, les otorgaban un sentimiento de estabilidad y continuidad, pero a la vez también se están enfrentando con la coexistencia de nuevas maneras de estar con la gente –como la supuesta democratización de la vida privada de los individuos o las parejas polígamas heterosexuales y gays–. Por otra, la intimidad, vista por los hombres como un autoconocimiento, corresponde también al mismo sector de población con acceso a una educación, una formación profesional y estilos de vida particulares.

Las diferencias generacionales entre los hombres se manifiestan en el sentido de que los hombres adultos han vivido cambios económicos, culturales, particularmente en relación con el aspecto de género, de forma más drástica que los jóvenes. Los adultos resaltan de forma más específica la relación con los padres y la diferencia con el trato y educación que proporcionan a sus propios hijos. También reflexionan sobre la acumulación de experiencias. Por su edad, fueron más proclives a pensar en el rumbo de sus vidas: qué quieren, qué han hecho y hacia dónde quieren ir, es decir, fueron más reflexivos. Son conscientes de las crisis económicas y de la situación política del país. Aunque en menor medida, también se han planteado preguntas en torno a su vida afectiva y emocional, a su vida sexual, al porque de sus problemas con las mujeres y sus miedos se refieren más al fracaso y a ser manipulados. Sin embargo, están más conscientes de las condiciones adversas para el diálogo interno que el intento por su realización.

A su vez, los hombres jóvenes están más preocupados por la imagen que proyectan hacia las mujeres y por lograr ser aceptados. Sus temores los dirigen al hecho de ser rechazados y engañados. A pesar de que hablan de mantener relaciones más equitativas al interior de la familia y relaciones más cercanas con los padres, en comparación con los hombres adultos comparten una visión pesimista y más temerosa con respecto a establecer vínculos cercanos, honestos o a expresar pensamientos y sentimientos a otros. Las experiencias de los jóvenes –alejadas aún del matrimonio, de la paternidad y de la vida laboral, entre otros aspectos–, hacen del sentido de la intimidad un aspecto importante y necesario, pero amenazante y difícil de lograr.

Si bien, a partir de una muestra reducida no se puede hablar de una experiencia *gay* de la intimidad, sí nos permite observar una serie de características compartidas que representan un punto de coincidencia de diversas subjetividades. Dichas características hablan y forman parte de la complejidad de un sujeto social, que no se reduce a su condición homosexual, sino solamente al sentido que se construye colectivamente de un aspecto de la vida emocional de estos hombres, de su experiencia de la intimidad.

La experiencia de los hombres *gay* está marcada por la persistencia de un rechazo social por la orientación sexual y, en su caso, el punto central continúa siendo la disyuntiva de callar o decir a las personas de su entorno social su preferencia sexual; es decir, en términos coloquiales, permanecer en el clóset o salir de él, a pesar de que consideran más abierta y permisiva la sociedad actual.

En cuanto a la revelación de información personal, los hombres *gay* tienden a socializar experiencias de tipo sexual de manera más frecuente que otros aspectos personales o de carácter interno. Así, se observa en ellos la capacidad de separar o desligar con mayor claridad la experiencia sexual de la emocional. Los vínculos que se establecen para la interacción sexual no implican un involucramiento emocional ni necesariamente llevan a las personas a intimar una con la otra, en el sentido de conocer a otro. Por lo tanto, la experiencia de la intimidad en los hombres *gay* parece estar más centrada en el sentido de solidaridad, de complicidad y de apoyo, así como en compartir con sus pares algunos aspectos de sus vidas privadas.

Se puede observar que los hombres *gay* comparten la idea del autoconocimiento y la introspección como una manera de experimentar la intimidad, aunque difieren de otros hombres en cuanto a las formas de establecer vínculos emocionales y las expectativas que se depositan en los mismos. Existe un punto de diferencia de los hombres *gay* con respecto a los otros dos grupos restantes. Los esquemas de relación y la dinámica de la sociabilidad *gay* mantienen características particulares en cuanto a las formas de vincularse sexual y emocionalmente –dentro de la misma clase media, en los hombres *gay* coexisten estilos de vida, acercamiento o distancia respecto al modelo de pareja heterosexual monogámica o a la dicotomía masculinidad-feminidad–, que hacen que éstos dirijan sus temores, aún mayores que los heterosexuales, hacia sí mismos. Es decir, en ellos mismos existe una incapacidad para reconocerse como sujetos y ver al otro como un igual y no como un objeto de uso y desecho.

Como he señalado con anterioridad, sin pretender plantear un modelo de intimidad masculina, resulta fundamental identificar los aspectos que comparten los hombres y que podrían representar referentes asociados a la masculinidad. Existe una construcción de sentido que comparten estos individuos y que podría dar forma a esa categoría analítica llamada “masculinidad” y su cristalización en las formas de interacción y relación interpersonal. Entre los referentes más recurrentes se encuentran las ya reconocidas dicotomías vinculadas a lo masculino y lo femenino, que si bien son referentes simbólicos, no por ello significa que carezcan de un peso importante en lo concreto o que un sujeto se ubique exclusivamente en uno u otro polo.

Sin buscar reproducir un esencialismo de lo masculino, en el presente trabajo se ha observado un permanente esfuerzo de los hombres por acercarse a una forma de relación que privilegie la independencia y la individualidad, un cubrir requerimientos y una discontinuidad, a la vez que se esfuerzan por un alejamiento de la dependencia, la relacionalidad, la necesidad y la continuidad.

El estudio de la intimidad requiere considerar la importancia y el papel de la reserva como un elemento central en la interacción personal, así como en las formas de articulación y funcionamiento de la sociabilidad y de los grupos sociales. La reserva, según se concibe en las relaciones interpersonales que establecen los hombres, no es solamente un armazón, sino que representa un punto estratégico de protección,

negociación y de ataque que les permite hacerse, construirse y conformarse como sujetos “masculinos”.

Pensar la masculinidad como una posición en las relaciones de género implica una condición social que se otorga a quienes mantienen una continuidad y coherencia entre el parecer y el hacer masculino. Por ello, los individuos, hombres o mujeres, que ostentan dicha posición deben llegar a ser, en una performatividad constante, el sujeto autónomo que se supone deben ser para ser reconocidos y legitimados por la comunidad.

III

Finalmente, se puede decir que la intimidad, como estilo de relación social determinada por el género, cumple un papel importante en las formas de socialización en la sociedad contemporánea. Como cualidad del vínculo afectivo, la intimidad permite a los sujetos estar y sentirse cerca unos de otros. Este tipo de vínculo da lugar, por medio de toda una serie de sentimientos psicosociales –como la confianza, la solidaridad, la fidelidad o el reconocimiento del otro– a la interacción, la convivencia, las relaciones y vínculos que los sujetos construyen en su entorno para crear maneras de estar con los otros.

El género, como un organizador de las relaciones sociales, conforma y habilita cuerpos para desempeñar funciones y dinámicas de relación que reproducen un orden caracterizado por asimetrías basadas en la condición sexual. Por una parte, la vigencia de los roles tradicionales de género y de los modelos estereotipados del ser hombre y ser mujer reafirman la identidad masculina, un sentido de sí como “hombres de verdad”. Sin embargo, también existe una conciencia de representarse de determinada manera ante los otros, así como una noción que se tiene de ser para sí mismo, para el propio interior. Los hombres presentan formas de pensarse desligados de esos roles y centrados en la imagen de su ser interior.

La experiencia de la intimidad requiere una relación sujeto-sujeto, de un respeto mutuo y un reconocimiento de la individualidad y autonomía personales. Por lo mismo, algunos hombres que temen o rehuyen a la intimidad no permiten una relación de igualdad. Se vinculan desde otro lugar, desde lo instrumental, desde lo utilitario y no se

arriesgan al cambio y transformación mutua. Por ello, la intimidad necesita como base un vínculo afectivo que posibilite una conexión profunda con el otro ser, una unión que no es fusión ni confusión, sino siempre la dualidad de seres independientes y únicos, un vínculo que permita compartir aspectos profundos y significativos para la persona, pero no exija la confesión de la reserva o de la revelación obligada.

El trabajo personal sobre la vida emocional de los hombres posibilita que éstos puedan reconocer, reflexionar y cuestionar el modo en que se ha construido su masculinidad y cómo se han conformado los afectos y su estrecha relación con el dominio y la subordinación. En este sentido, la intimidad puede ser un elemento que permita la transformación de las relaciones entre los géneros. Una transformación así implicaría combatir la asimetría y buscar mayor equidad entre hombres, entre mujeres, y entre ambos, dado que la intimidad representa un aspecto fundamental en la experiencia de los hombres.

Bibliografía

- Almeyra, Guillermo (1998) "El estado en la mundialización". *Economía Siglo XXI*, número 1, año 1.
- Alonso, Luis Enrique (1995) "Sujetos y discurso: El lugar de la entrevista abierta en la prácticas de la sociología cualitativa". En Delgado, J. M. y Gutiérrez, J., *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Síntesis, Madrid.
- Amuchástegui, Ana (2005, Octubre 6) El mito virginal. *La jornada*, Suplemento Letra S.
- Augé, Marc (1996) *El sentido de los otros*. Paidós Básica, Barcelona.
- Badinter, Elizabeth (1993) *XY la identidad masculina*. Alianza Editorial, Madrid.
- Bank, Barbara (1995) "Friendships in Australia and the United States". *Gender and Society*, Vol. 9, Num.1.
- Baz, Margarita (s/f) "La intervención grupal: finalidades y perspectivas para la investigación", documento sin publicar
- Béjar, Helena (1995) *El ámbito íntimo. Privacidad, individualismo y modernidad*. Alianza Universidad, Madrid.
- Beck, Ulrich (2000) *Risk society. Towards a new modernity*. Sage Publications, Great London.
- Berger, Helen; Shaffer, Leigh; Freeman-Witthoft & Freund, Hugo (1998) "Friends and lovers". *Journal of Social and Personal Relationships*, Vol.15, 623-636.
- Bergcr, Raymond M. (1990) "Men together: understanding the gay couple". *Journal of homosexuality*, Vol. 19, No. 3.
- Blanco, Amalio (1988) *Cinco tradiciones en la psicología social*. Morata, Madrid.
- Blasband, David y Peplau, Letitia A. (1985) "Homosexuality", *Journal of sexual behavior*. Vol.14, núm. 5.
- Blazina, Christopher (2001) "Part objects, infantile fantasies, and intrapsychic boundaries: An object relations perspective on male difficulties with intimacy". *Journal of Men's Studies*, Vol. 10, No. 1.
- Bourdieu, Pierre (2000) *La dominación masculina*. Anagrama, Barcelona.
- Butler, Judith (1990) "Performative acts and gender constitución: an essay and phenomenology and feminist theory". En Sue-Ellen Case, John Hopkill, *Performing feminisms: feminist critical theory in theater*. University Press, Baltimore and London.
- Butler, Judith (2001a) *El género en disputa*. Paidós y PUEG-UNAM, México.

- Butler, Judith (2001b) *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Cátedra, Madrid.
- Buunk B. y Driel, B. (1989) *Variant Lifestyles and Relationships*. SAGE Publications, Newbury park .
- Burin, Mabel y Meler, Irene (2000) *Varones: género y subjetividad masculina*. Paidós, Buenos Aires.
- Cabaj, Robert P. (1988) "New thinking on sexuality and homosexuality". *Psychiatric Annals*, Vol.18 January.
- Canales, Manuel y Peinado, Anselmo (1995) "Grupos de discusión". En Delgado, J. M. y Gutiérrez, J., *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Síntesis, Madrid.
- Castilla Pinto, Carlos (2001) *Teoría de los sentimientos*. TusQuets, Barcelona.
- Chodorow, Nancy (2003) *El poder de los sentimientos. La significación personal en el psicoanálisis, el género y la cultura*. Paidós, Argentina.
- Christopher, Scott y Sprecher, Susan (2000) "Sexuality in marriage, and other relationships: A decade review". *Journal of Marriage & Family*, Vol. 62, No. 4.
- Clare, Anthony (2002) *Hombres. La masculinidad en crisis*. Taurus, Madrid.
- Colgan, Philip (1987) "Treatment of identity and intimacy in gay males". *Journal of Homosexuality*.
- Connell, Robert. W. (2003) *Masculinidades*. PUEG-UNAM, México.
- Cruz, Salvador (1997) "Estructura y Funcionamiento de la Pareja Gay Masculina" *Tesis para obtener el grado de maestro en psicología*, Facultad de Psicología, UNAM.
- Cruz, Salvador. (2005, septiembre) *Subjetividad masculina: cuerpo y vida emocional en hombres jóvenes*. Ponencia presentada en el Coloquio "Relaciones de género al inieio del siglo XXI: una reflexión colectiva", en la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México.
- De Lauretis, Teresa (1986) "La tecnología de género". En Ramos, E. Carmen *El género en perspectiva*, UAM-Iztapalapa, México.
- Deutsch, M. y Krauss, R.M. (1992) *Teorías en psicología social*. Paidós, México.
- Dimen, Muriel (2003) *Sexuality, intimacy, power*. Hillsdale, New Jersey.
- Dobón, Juan (2001) *Lo público, lo privado, lo íntimo. Consecuencias de la ley en el sujeto*. Letra Viva e Instituto de Investigaciones del Campo Psico-Jurídico, Buenos Aires.

- Domínguez, R. Héctor (2001) *La modernidad abyecta. Formación del discurso homosexual en Hispanoamérica*, Universidad Veracruzana, Ver., México.
- Donati, Pier P. (1999) "Familias y generaciones", *Desacatos*, CIESAS, Otoño, núm. 2
- Fernández Christlieb, Pablo (2000) *La afectividad colectiva*. Taurus, México.
- Foucault, Michel (1990) *Tecnologías del yo. y otros textos afines. Introducción de Miguel Morey*. Paidós y Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.
- Frank, Alvin (1996) "Intimacy and individuation" en Akhtar, Salman y Kramer, Selma *Intimacy and infidelity*. Jason Aronson, New Jersey.
- Freud, Sigmund (1914/1981) "Introducción al narcisismo". *Obras Completas*, Tomo II, Madrid
- Fuchs, Eduard (1996a) *Historia Ilustrada de la Moral Sexual. Renacimiento*. Vol. 1, Alianza Editorial, Madrid.
- (1996b) *Historia Ilustrada de la Moral Sexual. La época burguesa*. Vol. 3, Alianza Editorial, Madrid.
- Fundación Cultural Televisa (Ed.) (1981) *Diccionario Anaya de la Lengua* (2ª Ed.), México.
- Galande, Emiliano (2001) *Sexo y amor. Anhelos e incertidumbres de la intimidad actual*. Paidós, Buenos Aires.
- Gergen, Kenneth J. (1992) *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Paidós, Barcelona.
- Giddens, Anthony (1998a) *Modernidad e identidad del yo*. Ediciones Península, Barcelona.
- Giddens, Anthony (1998b) *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Cátedra, Madrid.
- Goffman, Irving (1971) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Goffman, Irving (1991) *Los momentos y sus hombres*. Paidós, Madrid.
- Graham, Allan (1998) "Friendship, sociology and social structure". *Journal of Social and Personal Relationships*, Vol. 15 (5).
- Greeff, Abraham y Malherbe, Hildegard (2001) "Intimacy and marital satisfaction in spouses". *Journal of Sex & Marital Therapy*, Núm. 27, 247-257.
- Guevara, Elsa (2004) "Las transformaciones de la intimidad. Masculinidad y modernidad en México: un ejemplo con jóvenes de la UNAM" *Tesis para obtener el grado de doctora en Ciencias Políticas y Sociales*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.

- Gutmann, Matthew (2000) *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México*. El Colegio de México, México.
- Harvey, Steven (1999) "Hegemonic Masculinity, friendship, and group formation in an athletic subculture". *The Journal of Men's Studies*, Vol. 8, No. 1.
- Heller, Agnes (1999) *Teoría de los sentimientos*. Filosofía y Cultura Contemporánea, México
- Irigaray, Luce (1998) *Ser dos*. Paidós, Buenos Aires.
- Izquierdo, María Jesús (1998) *El malestar en la desigualdad*. Cátedra, Madrid.
- Izquierdo, María Jesús (1999) "La construcción conceptual de la desigualdad social de las mujeres". III Congrés Català de Sociologia. La desigualtat a Catalunya. Cal un nou contracte social? Lleida 20 i 21 de març.
- Izquierdo, María Jesús (2001) "Razón y sentimiento en las relaciones de pareja: ¿del contrato al diálogo?". Congreso "Los hombres ante el nuevo orden social, Emakunde, Donostia San Sebastián, España, 13 al 15 de junio.
- Izquierdo, María Jesús (2003) "Del sexismo y la mercantilización del cuidado a su socialización: hacia una política democrática del cuidado". Reunión Emakunde, Donostia San Sebastián, España.
- Jamieson, Lynn (2002) *Intimacy. Personal relationship in modern societies*. Polity Press, Cambridge.
- Jiménez, Lucero (2003) *Dando voz a los varones. Sexualidad, reproducción y paternidad en algunos mexicanos*. CRIM-UNAM, México.
- Kane, Franklin (1997) "Competition and intimacy: Part two; our relationships with others". *A Men's Journal*. Núm. 25.
- Kramer, Selma (1996) "The development of intimacy and its relationship with the ability to have friends" en Akhtar, Salman; Kramer, Selma *Intimacy and infidelity*. Jason Aronson, New Jersey.
- Kurdek, Lawrence (1991) "Correlates of relationship satisfaction in gay and lesbian couples: Integration of contextual, investment, and problem-solving models". *Journal of Personality and Social Psychology*. Vol. 61, No. 6.
- Kurdek, Lawrence (1998) "Relationship outcomes and their predictors: Longitudinal evidence from heterosexual married, gay cohabiting, and lesbian cohabiting couples". *Journal of Marriage & Family*. Vol. 60, No. 3.
- La Cecla, Franco (2005) *Machos. Sin ánimo de ofender*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto y Muffe, Chantal (1991) *Hegemonía y estrategia socialistas*, Siglo XXI, México.

- Lagarde, Marcela (1997) *Identidad de género y feminismo*. Instituto de Estudios de la Mujer, Universidad de Costa Rica, Costa Rica.
- Larousse Ediciones (1991) *Diccionario Enciclopédico Ilustrado* (5ª Ed., Vol 3), México.
- Lasch, Christopher (1999) *La cultura del narcisismo*. Editorial Andrés Bello, Barcelona.
- Lemieux, Robert y Hale, Jerold (2000) "Intimacy, passion, and commitment among married individuals: Further testing of the triangular theory of love". *Psychological Reports*, 87, 941-948.
- Lemus, H. Rosalia (2001) "Concepto de matrimonio, intimidad y características de masculinidad-feminidad a través del ciclo vital de la pareja" *Tesis para obtener el grado de maestra en psicología clínica*, Facultad de Psicología, UNAM, México.
- Lewis, Robert (1978) "Emotional intimacy among men". *Journal of Social Issues*. Vol. 34, No. 1.
- Lipovetsky, Guilles (1999) *La tercera mujer: permanencia y revolución de lo femenino*. Editorial Anagrama, Barcelona.
- Lisak, David e Ivan, Carol (1995) "Deficits in intimacy and empathy in sexually aggressive men". *Journal of Interpersonal Violence*, Vol. 10, No. 3.
- Luco, Alfonso (2001) "El sexo imaginario" en Olavarria, José *Hombres: identidad/es y violencia*. Red Masculinidad/es Chile, FLACSO, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile.
- Mackey, R.; Diemer, M. y O'Brien B. (2000) "Psychology intimacy in the lasting relationships of heterosexual and same-gender couples". *Sex Roles*. Vol. 43, No. 3/4.
- Maffesoli, Michel (2001) *El eterno instante. El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas*, Paidós, Buenos Aires.
- Margel, Geyser (2001) "La búsqueda de lo colectivo: intervención en grupos", en Tarrés, Ma. Luisa (Coord.) *Observar, escuchar y comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. Porrúa, COLMEX y FLACSO, México.
- Marks, Stephen R. (1994) "Intimacy in the public realm: The case of co-workers", *Social Forces*. March, 72(3) 843-858, The University of North Carolina Press.
- Martin, James y Knox, Jo. (1997) "Loneliness and sexual risk behaviour in gay men". *Psychological Reports*, Vol. 81, 815-825.
- McCabe, Marita (1999) "The interrelationship between intimacy, relationship functioning, and sexuality among men and women in committed relationships". *Canadian Journal of Human Sexuality*, Vol. 8, No. 1.
- Minello, Nelson (2003) *La masculinidad en México al fin del milenio. Tesis para obtener el grado de doctor en Sociología*. CIESAS Occidente, México.

- Morales, J. Francisco (1994) "Atracción y relaciones interpersonales" en Morales J. Francisco, et al *Psicología social*. McGraw Hill, España
- Muñiz, Elsa (2002a) *Cuerpo, representación y poder. México en los albores de la reconstrucción nacional. 1920-1934*, Porrúa-UAM-A, México.
- Muñiz, Elsa (2002b) Cultura de género y democracia. *Revista Omnia*, UNAM, Marzo, México.
- Nardi, Peter M. (1992) "Seamless souls. An introduction to men's friendships" in Nardi, P. *Men's friendships*. Sage Publications, London.
- Olavarria, José (2001) *¿Hombres a la deriva?*. FLACSO, Santiago de Chile.
- Olson, D.H. (1975) *Intimacy and the aging family. Reality of aging*. College of Home Economics, University of Minnesota.
- Ortiz, Víctor (2004) "Máscaras de la muerte" *Tesis para obtener el grado de doctor en Ciencias Sociales*. Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Xochimilco, México.
- Osnaya Moreno, Mabel (2003) "La intimidad en las parejas mexicanas, su conceptualización, variables que la influyen y correlatos" *Tesis para obtener el grado de doctora en psicología, Facultad de Psicología*, UNAM, México.
- Pardo, José L. (1996) *La intimidad*. Pretextos, Valencia.
- Pasini, Willy (1992) *Intimidad. Más allá del amor y del sexo*. Paidós, México.
- Pease, Bob (2002) "Men and intimacy: Masculinities, emotions and relationships", *Men and Gender Relations*. Tertiary Press, Victoria, Australia.
- Petrella, Riccardo (1997) "Mundialización e internacionalización. La dinámica del orden mundial emergente", *Viento del Sur*. Número 10.
- Prager, Karen (1995) *The psychology of intimacy*. The Guilford Press, New York.
- Prager, Karen y Buhrmester, Duane (1998) "Intimacy and need fulfillment in couple relationships", *Journal of Social and Personal Relationships*. Sage Publications, London.
- Riso, Walter (1998) *Intimidades masculinas*. Grupo Editorial Norma, Bogotá.
- Rubin, Gayle (1996) "El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo" en Lamas, Marta *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. Porrúa-PUEG-UNAM, México
- Scott, Joan (1996) "El género: una categoría útil para el análisis histórico" en Lamas, Marta *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. Porrúa-PUEG-UNAM, México

- Seidler, Victor (1995) "Los hombres heterosexuales y su vida emocional", *Revista Debate Feminista*. Año 6, Vol. 11, abril, México.
- Seidler, Victor (2001) *La sinrazón masculina*. Paidós y PUEG-UNAM, México.
- Sennett, Richard (1978) *El Declive del Hombre Público*. Ediciones Península, Barcelona.
- Sennett, Richard (1980) *Narcisismo y cultura moderna*. Editorial Kairós, Barcelona.
- Severiano, María de Fátima (2005) *Narcisismo y publicidad. Un análisis psicosocial de los ideales del consumo en la contemporaneidad*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Spalding, Julian (1991) "Love & intimacy". *Valley Men*, Vol. 4, No. 3.
- Sternberg, R. J. (1986) "A triangular theory of love". *Psychological Review*, 93, No. 2, 119-135.
- Svoboda, Steven (1999) "The new intimacy: Interview with Judith Sherven and Jim Sniechowski". *A Men's Journal*, Núm. 38.
- Strikwerda, Robert y May, Larry (1992) "Male friendship and intimacy". *Hypatia*, Vol. 7, No.3.
- Teicher, Manfredo (2002) *Teoría vincular del narcisismo*, Letra Viva, Buenos Aires.
- Twohey, Denise y Ewing, Michael (1995) "The male voice of emotional intimacy", *Journal of Mental Health Counseling*. Vol. 17, No. 1.
- Verhaeghe, Paul (2001) *El amor en los tiempos de la soledad. Tres ensayos sobre el deseo y la pulsión*. Paidós, Buenos Aires.
- Watier, Patrick (2005) *Georg Simmel sociólogo*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.
- Wagner-Raphaël, Lynne I.; Scal, David y Ehrhardt, Anke (2001) "Close emotional relationships with women versus men: A qualitative study of 56 heterosexual men living in an Inner-City neighborhood". *The Journal of Men's Studies*, Vol. 9, No. 2.
- Whitehead, Stephen M. (2002) *Men and masculinities*. Polity Press, Cambridge

Anexo 1

Entrevistados

Descripción de los entrevistados:⁸⁹

Entrevistas individuales

Entrevistado	Edad	Status marital	Hijos	Orientación sexual	Estudios
Manuel	47	Sin pareja	No	Heterosexual	Lic. en Literatura Hispana
Felipe	43	Con pareja	Una hija	Heterosexual	Comunicólogo
Lauro	32	Sin pareja	No	Heterosexual	Estudiante de Psicología
Gonzalo	37	Con pareja	No	Gay	Bailarín
Daniel	27	Sin pareja	No	Bisexual	Lic. en Diseño Gráfico

Entrevistas grupales

Grupo heterosexual adultos

Entrevistado	Edad	Status marital	Hijos	Estudios
Juan	47	Con pareja	Una hija Un hijo	Dr. en ciencias políticas
Ángel	45	Con pareja	Un hijo de la pareja actual	Dr. en ciencias de la comunicación
Pedro	40	Con pareja	Un hijo	Mtro. en Ciencias
Antonio	39	Sin pareja	No	Lic. en Administración

Grupo hombres gay

Entrevistado	Edad	Status marital	Hijos	Estudios
Nicolás	40	Con pareja	No	Lic. en Derecho
Javier	37	Con pareja	No	Médico General
Enrlio	32	Sin pareja	No	Lic. en Contaduría

⁸⁹ Cabe señalar que los nombres de los sujetos fueron sustituidos por seudónimos asignados por el investigador, lo anterior para mantener el anonimato de los participantes.

Grupo jóvenes estudiantes 1⁹⁰

Entrevistado	Edad	Estudios
Andrés	19	Lic. Economía
Pablo	18	Lic. Economía
Juan	20	Lic. Economía
Antonio	20	Lic. Economía
Saúl	18	Lic. Economía
Miguel	20	Lic. Administración

Grupo jóvenes estudiantes 2

Entrevistado	Edad	Estudios
José	22	Est. Lic. en Administración
Luis	22	Est. Lic. en Administración
Alejandro	20	Est. Lic. en Administración
Armando	23	Est. Lic. en Administración
Miguel Ángel	24	Est. Lic. en Administración

⁹⁰ No se indagó sobre la orientación sexual de los jóvenes, únicamente señalaron el ser solteros y el no tener hijos.

Anexo 2

Datos sociodemográficos

Cuadro 1
Total de población al 2000

Total	Hombres	Mujeres
97,483,412	47,592,253	49,891,159
Total de población en el D.F. al 2000		
Total	Hombres	Mujeres
6'674,674	3'129,927	3'544,747
De 20 a 24 años	400,924	431,593
De 40 a 54	634,073	737,891

Para 2000. INEGI. XII Censo General de Población y Vivienda

Cuadro 2
Estado civil de la población masculina en el D.F.

	Total	Soltero	Casado	U.libre	Separad	Divor	Viudo	Otro
20 a 24	400,924	289,068	58,556	47,845	3,089	645	199	1,522
40 a 54	634,073	54,476	453,632	77,894	21,614	17,121	7,997	1,339

Cuadro 3
Horas promedio de trabajo doméstico y extradoméstico a 2004

Total	Hombres	Mujeres
58.1	54.1	62.7
D.F.		
58	54.5	61.5

Promedio de horas de trabajo doméstico y extradoméstico por entidad federativa según sexo, 2004

Cuadro 4
Porcentaje de hombres con estudios de educación superior en el D.F.

	De la población total	Hombres	Mujeres
Total	20 %		
Mayores de 15 años	20.0	23.7	16.8
Mayores de 25 años	22.1	27.2	17.6

Cuadro 5
Religión católica

Total	Hombres	Mujeres
20 a 24 años	47.2 %	52.8 %
40 a 50	47.9	52.1

Anexo 3

Guía de Entrevista

I Encuadre

La reunión es parte de una investigación que se está llevando a cabo con motivo de una tesis de doctorado en Ciencias Sociales. El tema es sobre la masculinidad y los hombres. El propósito de esta entrevista es conocer la experiencia de los hombres en cuanto a sus relaciones afectivas con otras personas.

El trabajo, en esta entrevista, consiste en establecer un diálogo entre los asistentes para reflexionar colectivamente sobre la afectividad en las relaciones interpersonales que establecen los hombres.

II Funcionamiento y reglas de la entrevista

Para el trabajo en el grupo se requiere:

- El respeto a los comentarios de todos.
- Hablar en primera persona, de la propia experiencia y no de los hombres en general.
- Hablar abiertamente y de forma sincera.
- No hablar fuera de esta reunión sobre los aspectos personales que se comenten aquí.
- Opinar sobre los comentarios y experiencias que surjan en la discusión.

III Preguntas

Las relaciones

Un punto de partida para iniciar la discusión es pensar en las siguientes preguntas:

- ¿Cómo vivimos los hombres nuestras relaciones más cercanas con otras personas?
- ¿Cómo vivimos los hombres nuestra vida afectiva?
- ¿Cómo han sido sus experiencias más cercanas con las personas? Si alguien quiere comenzar a hablar puede hacerlo.
- ¿Con quiénes han sido?
- ¿Qué dificultades ustedes han identificado en esas relaciones?
- ¿Qué tan satisfactorias han sido estas relaciones?
- ¿Con qué personas tienen la confianza para ser ustedes mismos?
- ¿Con qué personas pueden hablar de aspectos muy personales o importantes para ustedes?
- ¿Con qué personas recurren en caso de problemas serios, delicados o urgentes?

Los sentimientos

- ¿Cómo expresamos los hombres nuestros sentimientos?
- ¿Qué es lo que les hace sentir a la gente cercana?
- ¿Qué sentimientos han surgido en sus relaciones más cercanas?
- ¿Cómo comparten la cercanía con otros/as?
- ¿Con quiénes hablan cuando están enojados, preocupados, temerosos?
- ¿Cómo demuestran sus sentimientos a las demás personas?
- ¿Cómo identifican sus estados de ánimo?
- ¿Que hacen cuando están deprimidos, alegres, decepcionados, temerosos o frustrados?

Amor-Sexo

- ¿Qué tan difícil es para ustedes separar el amor del sexo?
- ¿En qué medida se expresa el afecto en su vida sexual?
- ¿Qué lugar ocupa la relación amorosa o sexual en el resto de sus vidas?

El cuidado hacia los demás

- ¿A quien han cuidado en su vida?
- ¿Quiénes los han cuidado?
- ¿Cómo ha sido cuando han tenido que pedir apoyo o ayuda de las demás personas?

Actividades

- ¿Qué actividades representan para ustedes mayor satisfacción o les generan mayor placer?
- ¿Qué tipo de cosas propician en ustedes mayor bienestar?

Comunicación

- ¿Confiesan cosas muy personales e íntimas a otras personas?
- ¿Le preguntan a otra/s persona/s su opinión o su sentir cuando ustedes tienen que tomar decisiones?
- ¿Qué temas no pueden ser discutidos con otras personas?
- ¿Disfrutan de las conversaciones muy personales?

El cuerpo

- ¿Qué importancia tiene el aspecto físico en su vida?
- ¿Ustedes cuidan su peso?
- ¿Hacen ejercicio?
- ¿Cuidan la alimentación?
- ¿Con que frecuencia se enferman?
- ¿Con qué frecuencia van al médico?
- ¿Qué hacen cuando están enfermos?
- ¿Qué tipo de cuerpo quisieran tener?
- ¿Hay partes del cuerpo más placenteras en una relación sexual?
- ¿Qué partes desnudas del cuerpo muestran más?
- ¿Qué implica para ustedes mostrar el cuerpo desnudo?